

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

15 DE OCTUBRE DE 1898

Nº 164

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

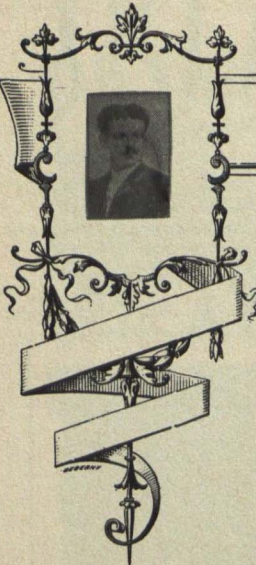
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



DEL MUSEO DEL LOUVRE. — Cuadro de Greuze

A MANUEL DIAZ RODRIGUEZ



Nadie me ha presentado á usted con las formalidades de estilo; pero usted me perdonará que yo mismo lo haga sin detenerme en ellas, porque quiero espontáneamente con usted, porque me parece usted una persona de consideración..... y por aquello del talento, que se le derrama á usted del cerebro

como una maravilla, como una lluvia de oro, como una cascada de pétalos de rosas.

Tampoco le conozco á usted personalmente. En EL COJO ILUSTRADO he visto su retrato, y nada más. Pero le conozco á usted de espíritu, de alma, de cerebro—como usted quiera llamar á la causa genésica del arte—que es lo que me basta, lo que me deleita y sinceramente admiro en la personalidad de usted.

Ni menos sabía yo que existiera un Díaz Rodríguez que escribiera, y que escribiera tan admirablemente bien. Como jamás su nombre había llegado á mis oídos, y como yo ignoraba por completo que usted se permitiera el lujo de gastar tanta gala y tanta pompa como artista, cuando vi que los periódicos de Caracas le ponderaban á usted con motivo del apareamiento de su precioso libro *Sensaciones de viaje*, hablando de éste en términos tan lisonjeros, creí que todo aquéllo era el resabio de derramar elogios á diestra y á siniestra sin razón, un poco de bombo sin explicación posible, una exageración de las que en Venezuela se acostumbra.

Tantos elogios salieron á la calle para poner muy alto el valor del nuevo libro; tantas flores les echaron á su talento de usted y á su pluma de artista refinado, y tal sorpresa me produjo al mismo tiempo que *Sensaciones de viaje* recibiese el premio anual de la Academia Venezolana, que al fin quise aplacar la sed creciente de mi curiosidad, y pedí á París un ejemplar del libro.

Naturalmente, yo tenía mis prevenções, y continuaba en la creencia de que todo aquéllo no era sino el prurito de la hipóbole, no sólo por los elogios de la prensa, *si que también* (según que dice Guzmán Blanco) por la medalla de la Academia Venezolana, pues es preciso que usted sepa que yo tengo la convicción profunda, no sé si fundada ó infundada (y si hubiere blasfemia me retracto), de que la Academia se equivoca algunas veces de un modo lamentable, y de que por lo mismo hay ocasiones en que no premia sino las obras literarias que dan sueño, guarnecidas de lugares comunes demasiado viejos y aderezadas á la usanza antigua.

Pero al fin he leído el hermoso libro de usted, y he comprendido claramente que á todo el que dijo bien de él sobrábale razón para encomiarlo, no menos que para canonizarle á usted como escritor de pura raza. Por lo que hace á mí, créame usted que desde luego coloco al grande artista en el calendario venezolano de los que han sido y son mejores, y que le hago uno de los santos de mi devoción.

Como cada quien posee una manera espe-

cial de ver las cosas, comienzo por decirle que usted no se parece á ningún escritor venezolano, y que por lo mismo se me figura francés de los de hoy, con ventanas abiertas hacia el divino colorista que se llamó Theophile Gautier. Como escritor correcto y puro, que no desvía ni violenta la índole del castellano, es usted español, y español de clara estirpe. Por lo demás es francés, de esos que se llaman modernistas, y desde luego se conoce que en usted han dejado huella honda escritores como Catulle Mendés y Armand Silvestre. El estilo breve de usted, la ausencia que en él se advierte al punto de lugares comunes y manoseados adjetivos, el colorido brillante, el refinamiento artístico, la reminiscencia frecuente de vocablos, giros y maneras que emplean aquellos escritores para expresar las cosas, le denuncian á usted como admirador y discípulo de ellos, que les imita con verdadero éxito, pero sin adibicar su propia personalidad, las energías de su temperamento, la arrogancia de su índole y la hermosura de su manera artística, en la cual tiene que entrar forzosamente, como carácter distintivo, la naturaleza especial del castellano. Usted no es un escritor español neto, sino un francés que escribe correctamente en español.

Rubén Darío, Julián del Casal, Mannel Gutiérrez Nájera, Enrique Gómez Carrillo, Ismael Enrique Arciniegas, y pocos más de los de verdadero ingenio, han fundado en América una escuela literaria, y á ella pertenece usted sin duda. En dicha escuela pululan los imitadores serviles, los que han dado en la flor de figurarse que la originalidad consiste en el hipébaton descabellado y en ahogar todo en un océano de azul, los que se la pasan con ciertos libros vetustos en la mano para extraerles mil vocablos que no son de uso frecuente y significación extensamente conocida, que emplean como se les ocurre, y que por un lado les hacen palabreros y por el otro ininteligibles. Son esos imitadores sin talento, sin juicio y sin gramática, la peste brava y negra de la literatura americana y su descrédito; pero usted no está entre ellos, sino que va adelante, de la mano con los primeros que nombré, entre los porta-estandartes de la escuela, inaceptable aun en Rubén Darío, á pesar de su talento originalísimo, cuando raya en la extravagancia vacía de sentido, en la mera y caprichosa combinación musical de los vocablos, en lo churrigueresco y gongorino.

Y permítame usted la siguiente digresión.

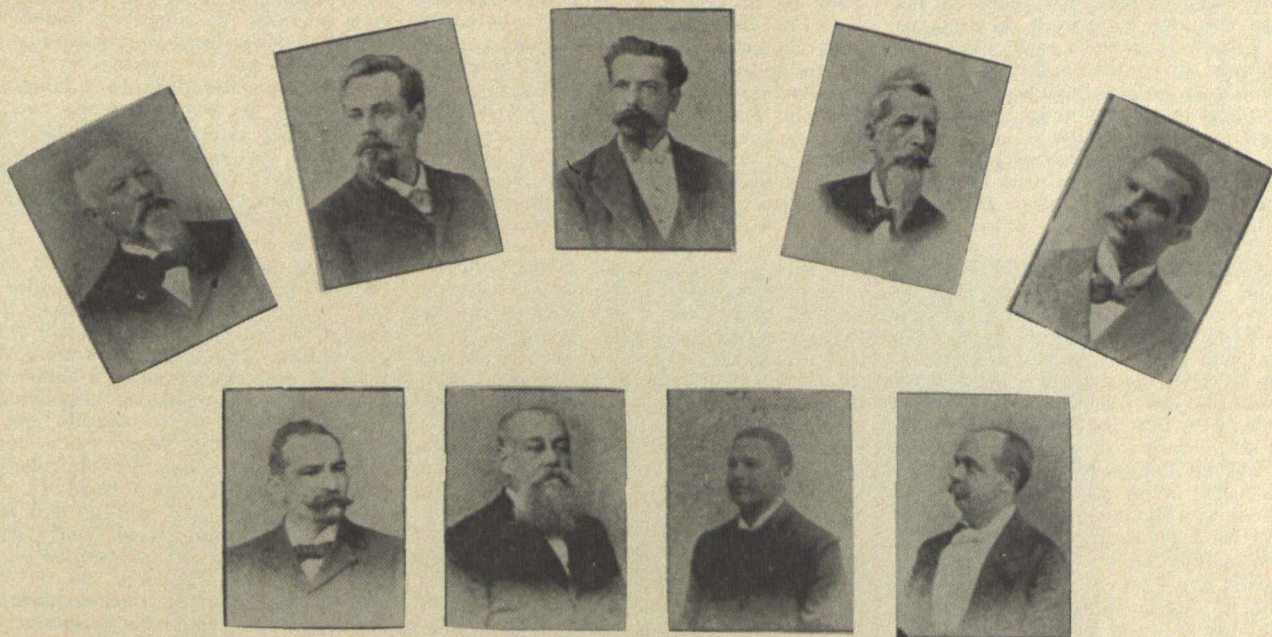
Cayó en mis manos hace poco un número de uno de los periódicos ilustrados que gozan de más fama en nuestra América, la cual, como lo sabe usted mejor que yo, se paga mucho de todo género de novedades literarias, por peligrosas que sean, y las coge con loco frenesí para imitarlas. El número del periódico antedicho está consagrado al distinguido poeta de la Habana Julián del Casal, con motivo del primer aniversario de su fallecimiento. Figuran ahí tres ó cuatro artículos escritos por imitadores de esos á que antes me refiero, los cuales, en vez de haberse puesto á hablar de un modo formal acerca de la personalidad de aquel ingenio, de su temperamento, de la escuela á que pertenecía y que ayudó á fundar, de la forma especialísima de sus versos, y de tantas otras cosas que merecían la pena de la reflexión, del estudio serio y de la análisis cuidadosa, se dieron á la tarea de componer enigmas literarios, por no decir galimatías, á fuerza de esfinges, misterios, vírgenes pálidas, piedras preciosas y grandes lirios blancos. Una serie de hipóboles insólitas, un aluvión de

imágenes montadas unas sobre otras, un hipébaton que hace pruebas de fuerza como los saltimbanquis, y muchas canéforas, y muchos kakemonos, y una dosis de azul que supera á la del Mediterráneo entero: hé ahí todo, colega, y que Julián del Casal escribía muy bonito, y que arte como el suyo pocos, y que *tal y demás*, como dice cada rato el personaje de Pereda en *La Montañez*; pero lo que es alguna cosa de sustancia..... ni aproximadamente. Pues bien, á todo eso le llaman sublime no pocos individuos; y una de dos, colega: ó yo no entiendo lo sublime, lo cual es muy probable, ó los imitadores, y aun el mismo Rubén Darío con no poca frecuencia, digan lo que quieran sus *incondicionales*, son unos disparateros. Usted perdone, si blasfemo como un descamisado, y adelante.

Hasta ahora no sé qué admirar más en *Sensaciones de viaje*: si el estilo mágico, ó la originalidad de las imágenes, ó la manera extraña de describir las cosas que han pasado por los ojos de usted, despertando en su corazón de artista aquellas sensaciones. Tiene usted un talento extraordinario, una originalidad que encanta, un estilo que subyuga por lo breve y desenvuelto, un arte que parece filigrana, y un gusto literario que dan ganas de coger el bello libro tal como si fuese una copa de alabastro á maravilla cincelada y henchida de perfumes. Me gusta su manera de describir el arte y la naturaleza: se fija usted en el conjunto excelso, en la síntesis suprema, y es eso lo que canta, porque su prosa tiene algo de himno, de música triunfal, unas veces ciudadana, otras rústica, ó campestre, ó como usted quiera llamarla.

Y ya en este punto se me antoja compararle á usted con dos escritores de muy diversa índole y altura intelectual, y que ambos han escrito de sus viajes como usted. Raya Castelar en lo sublime en sus *Recuerdos de Italia*; pero yo creo que aquella prosa, por ser la de Castelar, que resulta orador en todas partes, es más propia de la tribuna que de las páginas del libro. Además, lo que Castelar expresa se eleva con mucho sobre la realidad de lo que ha visto, y la realidad no tiene aquel aspecto de grandeza abrumadora con que él la reproduce idealizándola. Acostumbrada la imaginación á ver las cosas desde lejos como al través de un lente milagroso, y á darles el aspecto del ensueño, cuando se encuentra en presencia de la realidad—después de haber leído al gran tribuno—el libro es superior á ella. Castelar magnifica lo que, entrando por sus retinas luminosas, ha ido á conmover su grande espíritu y á sacudir todas las fibras de su corazón; pero lo magnifica por medio de la hipóbole descomunal, deforme, gigantesca. Lo que describe no tiene las proporciones de lo humano, sino la excelsitud de lo divino. Todo lo idealiza con su pluma, por pequeño que ello sea, y la naturaleza es en su libro el paraíso, y el arte el mismo cielo.

Miguel Eduardo Pardo pinta los aspectos, los detalles, los pormenores de la realidad, tales como ellos son. La verdad domina en los cuadros del escritor venezolano, y cuando se les mira palpitantes en la realidad sensible, se les encuentra exactos á los que están allá en las páginas del libro. Una bailarina de Pardo, por ejemplo, baila como mujer, tiene formas de mujer, atrae, seduce y enamora con las gracias de la mujer; pero una bailarina de Castelar se convierte en algo aéreo, vaporoso, sobrehumano; en una especie de fantasma luminoso que no tiene relación ni semejanza alguna con la mujer que hemos visto bailar sobre las tablas. Pardo describe y pinta lo que han visto sus ojos; Castelar, lo que ha sido magnificado por su imaginación maravillosa y exageradamente idealizado por su genio.



EL CONSEJO DE GOBIERNO

Gral. Víctor Rodríguez.—Dr. Jesús Muñoz Tébar.—Gabriel Picón Febres.—Gral. Manuel Salvador Briceño.—Dr. Antonio Sosa Súa
Dr. Manuel Antonio Fouceca.—Gral. Marco Tulio Saluzzo.—Domingo A. Hernández.—Gral. N. Augusto Bello

Usted se parece más á Pardo, pero idealiza más que él, seguramente porque la imaginación de usted es más poética. Pardo ama el pormenor, no obstante la brevedad de sus esbozos; usted sintetiza en un período admirable todo un aspecto bello de la vida. En Pardo hay más vehemencia, más fuego, más animación y brillante colorido; en usted, más belleza literaria, más cariño hacia la forma limpia, más arte, en suma. Sin que tampoco esto pueda afirmarse en absoluto, porque hay períodos de Pardo al través de cuya música se escucha el ruido del cielo que ha hecho encajes admirables en la piedra, y hay períodos de usted en que la imaginación deslumbra como un sol. Por último, en usted encuentro yo lo que quisiera hallar en Pardo con mayor claridad y precisión: conocimiento del idioma, y gentileza y distinción y señorío en su manejo.

¿Quiere usted que yo le diga francamente cuál es el capítulo que más me gusta de *Sensaciones de viaje*? Ese que se titula *Aldea lombarda*, ese que abre el libro con los encantos de la naturaleza y de la vida rústica, ese que conduce á los demás como un caminito de rosales, acacias y enredaderas hacia las arcadas, cornisamentos y galerías suntuosas de un palacio hecho en mármol. Allí hay frescura, belleza verdadera, sol que ríe y aire que canta y trae perfumes. Se conoce que usted puso en ese cuadro el corazón, quizás por la nostalgia, quizás por el recuerdo de su tierra, de estas aldeas nuestras que son todas cariño, ingenuidad que acaricia, dicha regalada, naturaleza espléndida y céfiro cargados de fragancia. La casa se ve tal como es, y dan ganas de habitarla; Clotilde por muy poco se sale de la página, y casi se la escucha hablar; cerca del que lee parece resonar el ruido necio de la morra; y aquella higuera, y aquel coche polvoriento, y aquellas tertulias prolongadas hasta las altas horas de la noche, y aquel chico burlador que se chorrea bonitamente por la tapia, después de gritar su travesura, son detalles admirables que se ven como de bulto, que usted hace sentir con la sinceridad y hechizos de su pluma, y que dejan en el alma así como el recuerdo delicioso de algo que hemos vivido en compañía de usted.

Allí el artista no ha podido ni querido substraerse á la influencia del realismo, el cual es la verdad, y la verdad, según de-

finición muy conocida, es lo que es (*verum est id quod est*). Por lo mismo le ha salido aquel cuadro encantador, y además, porque lo ha pintado con sus colores propios. Considerada respecto de las nuestras, aquella es una aldea culta y civilizada; y si usted hubiese hecho una aldea lombarda con colores y elementos de las venezolanas, de seguro que le sale una hibridez chocante y fea. Y hago esta observación, porque en Venezuela nos hemos propuesto tres ó cuatro fundar la escuela criolla, la literatura autóctona, y los críticos la quieren, pero con elementos exóticos, lo cual equivale á no quererla. Desean que se funde definitivamente una literatura en que se reflejen nuestras costumbres, nuestra naturaleza, nuestras preocupaciones y nuestro especialísimo lenguaje; pero en cuanto alguien pinta las cosas como son, y para retratar un tipo busca la concurrencia de todas aquellas circunstancias que deben darle su fisonomía y relieve en el medio en que se agita, y pone á hablar á un campesino como él habla, y no como hablan los ciudadanos estudiados y leídos (que tampoco en la conversación familiar hablan en libro ni en discurso), los críticos le caen al escritor á tergiversaciones, dieterios y calumnias, que es como les cumple á los pedantes que no saben lo que dicen y se empeñan en presumir de sabios. Aquellos señores quieren literatura venezolana, y lo afirman con mucha seriedad; pero si Romerogarcía, por ejemplo, que es el fundador de la escuela por más de una razón de mucho peso, hace una novela netamente venezolana, les parece vulgar y la miran encogíendose de hombros. Es un criterio raro, y por lo mismo no me entra en la cabeza, por más luminosa que sea la de los críticos. En cambio, cualquier impresionista se pone á hacer leyendas húngaras ó de cualquiera otra parte de la tierra, con el título de venezolanas, y ya me tiene usted á los críticos diciendo que aquélla sí es literatura propia, y que así, de ese modo peinado, melifluo, insoportable, es como deben hablar los campesinos, verbi-gracia, y no en el estilo brutal, desgobernado y rústico en que hablan los campesinos venezolanos. Pero bien, ¿por qué razón? Porque así lo quieren los críticos, y no queda otro recurso que callarse, porque ellos saben mucho. Y ahora, enténdame usted lo que trato de expresar: no es

que se pida que nuestros campesinos (por no referirme sino á ellos) conversen en las páginas del libro con las bárbaras incorrecciones que usan en la realidad, porque ni en ello habría belleza, que es el fin del arte, ni con tal procedimiento se llegaría á otra cosa que no fuese la ruina inevitable de la literatura. Lo que se busca es que, dentro de la corrección gramatical, se vea la índole, el carácter, el colorido propio del lenguaje de nuestros campesinos, que es lo que le dará en el libro fisonomía y color de realidad.

A pesar de ciertas notas alegres, de algunas pinceladas ardorosas, *Venecia* tiene algo de elegía. Después que se llega al fin del cuadro, queda en el alma una impresión dulcemente melancólica, entremezclada de secreto miedo. El silencio de la ciudad, las aguas muertas, la nota negra de la góndola, los alcázares de piedra abandonados, el puente de los Suspiros, que se levanta entre el palacio Ducal y las Prisiones y cuyo solo recuerdo aterroriza, porque por él pasaban, despidiéndose del mundo y de la luz, los que eran sepultados para siempre en las tinieblas de los calabozos ó sumergidos en las aguas del canal durante el silencio de la noche; todo contribuye á dar al cuadro cierto aspecto de tristeza que contrasta con la deliciosa alegría que, al meternos en *Florenxia*, llega á nuestros oídos como un cántico.

Florenxia es un himno triunfal, un himno pagano donde usted ha puesto amor y admiración. Bajo su pluma luminosa y henchida de colores, parece una ciudad encantada. Luégo que se leen aquellos párrafos, se desea vivamente ir á ella, para admirarla, para contemplarla en éxtasis, para amarla con el amor que inspira Atenas al través de las edades, porque Florenxia es la Atenas del Renacimiento. La pintura de ella es admirable, el colorido regio, las síntesis soberbias. La descripción que usted hace de la Sabina de Juan de Bolonia, el párrafo en que condensa la gloria del Renacimiento, la reproducción (porque así quiero llamarla) de la Magdalena del Ticiano, y aquella confesión fetikista ante la Venus de Canova, son trozos magistrales que yo admiro y que me suenan cual regalada música.

Roma es un canto épico, consagrado sobre todo á la grandeza de la Roma antigua. Me

gusta ese culto de usted por la ciudad madre, cuyo recuerdo no perece, ni jamás perecerá, porque el derecho es la armonía de los hombres, el equilibrio de los pueblos, la razón de las nacionalidades, y Roma lo creó para gobernar el mundo. Del hombre á la familia, de la familia á la gens, de la gens á la fratria, de la fratria á la ciudad, de la ciudad á la provincia, de la provincia á la nación, de la nación al imperio formidable, ella lo creó todo: el derecho y el deber, el sentimiento religioso y el hogar, el entusiasmo por la gloria y el respeto á la virtud; y cuando ya cayó el imperio, en pedazos convertido, lleno de úlceras hediondas y cubierto de vergüenza, siguió Roma presente en la memoria de los hombres para gobernar el orbe con la fuerza del derecho. Y á pesar de que yace en el sepulcro de los siglos, y de que aquel su gran poder es apenas un recuerdo, puede decirse hoy de ella lo que de España se dijo en los tiempos más brillantes de su gloria: que el sol no se pone en sus dominios, porque el derecho de todas las naciones descansa sobre el derecho de la inmortal ciudad.

Como yo nunca he estado en Roma, y por lo mismo no puedo emitir juicio acerca de las opiniones de usted en lo que se refiere, por ejemplo, á las obras creadas por el arte, se me ocurre una observación. Taine, Castelar, doña Emilia Pardo Bazán y Bolet Peraza, por no citar sino á esos cuatro, hablan de la basílica de San Pedro como de una maravilla, no sólo en el conjunto sino también en los detalles, si bien todos concuerdan en que la fachada no dice relación con la cúpula soberbia y con el aspecto interior de la basílica. En el capítulo de usted, San Pedro resulta punto menos que un iglesiaño feo de villorio. De la estupenda catedral, usted se limita á mencionar la cúpula, la estatua de San Pedro, la rica ornamentación y lo que en las naves acontece cuando las llenan el ruido y movimiento de los rumbosos festivales; pero se queda uno esperando que usted, por medio de esas grandes síntesis que usa, nos dé una idea clara y perfecta de aquel monumento arquitectónico. Lo cual quiere decir que la pluma de usted se vuelve perezosa en presencia de lo que á usted le produce antipatía; y la antipatía contra la gran basílica se le conoce á usted por encima de la ropa desde cuando llega á la plaza de San Pedro en el ómnibus que viene de la plaza de España. Repito que no puedo formar juicio, y que por lo mismo no sé quién tiene la razón: si usted ó los otros escritores.

En Nápoles es donde usted se parece más á Pardo en la manera de describir las cosas, y la vieja Partenope, ebria de sol y vino fresco, aparece con verdadero aspecto de ciudad. Todo allí tiene relieve, calor de movimiento y color de realidad *vivida*. Venecia, Florencia y Roma son las ciudades con que uno sueña antes de visitarlas, dándoles con la imaginación, que todo lo exagera cuando no conoce la realidad y está llena de lecturas y recuerdos legendarios, el aspecto de lo maravilloso; Nápoles es la ciudad que se ha visto con los ojos, que se ha hollado con los pies, que se ha sorprendido en todos sus detalles, desde la avenida espléndida poblada de carrozas, hasta la calleja sucia, reducida y pestilente. Las primeras tienen la poesía del ensueño; la segunda, la exactitud de lo real.

Lo más que puedo decirle como elogio del capítulo siguiente, es que me parece que yo también he estado *Alrededor de Nápoles*. Con este capítulo sucede como con *Aldea lombarda*: que está lleno de frescura, de ingenuidad risueña y poesía eglógica. Huele á rosas purpúreas, y sabe á uvas frescas, y deslumbra con los centelleos del sol, y encanta con el azul del golfo. ¡Caramba que tiene usted mano admirable para pintar las

cosas de la naturaleza y de la vida *rusticana*. La descripción del Vesubio es magistral. En cuanto á la de la Gruta Azul, no es que no me guste, sino que la encuentro inferior á la de Méndez y Mendoza y á la de Bolet Peraza. Y la razón de ello consiste en que usted ha descrito lo prodigiosa gruta por un modo reflejo, si así puede decirse, mientras que Méndez y Mendoza y Bolet Peraza lo han hecho directamente, dándonos una idea exacta de aquel milagro, de aquel raro prodigio, de aquel ensueño permanente de la naturaleza.

En *Constantinopla* casi todo es desvaído, borroso, visto como á vuelo de pájaro. Ni líneas precisas, ni salientes contornos, ni relieve alguno. En suma, que el capítulo está bueno para recordar á Constantinopla, á grandes rasgos, después que se ha leído á d'Amicis. Y no es que me parezcan pocas las páginas, sino que me habría gustado más precisión en todo, como la tienen, por ejemplo, el detalle de los perros y la escena religiosa de los dervises.

Uno de los elementos que más directamente contribuyen á la belleza de su estilo, es el elemento poético, y por eso tiene mucho de cadencioso y rítmico. No sé por qué se me figura que usted ha hecho y hace versos; y si esto no es verdad, declaro que tiene usted un oído admirable para hacerlos brillantes y sonoros, y que inconscientemente los escribe. En el libro saltan los versos por doquiera, rotundos, arrogantes, seguros de sus acentos rítmicos; y para que usted vea cómo es cierto, colocaré en seguida algunos endecasílabos magistrales, que son los versos que más abundan en el libro:

.....castillos solitarios
como reyes caídos en desgracia.

.....aldeas esparcidas
por el suave declive de las lomas.

.....cuanto más
entorpeció la fiebre sus oídos.

..... una sonrisa
en la cara de estupefacción del misterio.

.....imponente
por su interior grandioso y desolado.

.....bronces y mármoles
cien al sol serenos y gloriosos.

.....en carrozas y á pie
la multitud contenta de la cida.

.....es el símbolo de
la juventud eterna de Florencia.

.....enjambre burlón
de las alegres cuentos de Boreaccio.

.....del Tiber se alza
coro inmortal de mármoles y estrofas.

.....en que beben
los inmortales néctar y ambrosía.

.....la pagana alegría,
alegría de selvas encantadas.

.....del cuello fluye
un torrente de curvas deliciosas.

.....pasa el cetro
de las manos de Zeus poderosas
á las finas y blancas de Afrodita.

.....Dios pasa
como una tempestad sobre los mares
y llena como un grito el universo.

.....los divinos acordes
que brotan bajo el arco numerosos.

.....la miel que bajará
las floridas pendientes del Parnaso.

No sólo por la tendencia que apunto—ignoro si consciente ó inconsciente—en el sentido de rimar las frases, sino también por

la concurrencia de un gran número de palabras poéticas, de adjetivos melodiosos, de cláusulas musicales y de imágenes bellísimas, el elemento poético aparece en la prosa de usted enteramente definido, y vibra en todas las páginas del libro como una cuerda limpiada de oro. Además, usted trabaja el estilo con amor, con amor de buen artista, evitando las cacofonías, rehuendo las asonancias y empleando los epítetos con verdadera propiedad. Por último, la índole, el temperamento, la originalidad de usted son esencialmente poéticos, lo cual se echa de ver no ya sólo en la manera de contemplar las cosas y en el género de sensaciones que despiertan en su alma, sino también en los aspectos que escoge de la naturaleza, del arte y de la vida para ponerse á hablar de ellos en síntesis verdaderamente magistrales.

Antes de hacer punto redondo, quiero manifestar á usted un deseo, con el cual no creo encontrarme muy fuera de camino. Ese deseo consiste en verle á usted en adelante más venezolano, más criollo, más patriota, no en el estilo, que puede usted dejar como hoy le tiene, sino en los asuntos que escoja para lucir las gallardías de su ingenio. Nuestra naturaleza es rica, nuestra leyenda precolombiana inagotable, fecunda nuestra historia, dignas de estudiarse nuestras costumbres; y es á los hombres como usted á quienes toca trabajar por el engrandecimiento de la Patria, contribuyendo á la fundación definitiva de una literatura propia.

Le felicito á usted sinceramente por su admirable libro; perdone si he barbarizado en lo que dejo escrito, y créame su decidido admirador.

1897.

GONZALO PICON-FEBRES.



CASO

Á un cruzado caballero,
Garrido y noble garzón,
En el palenque guerrero
Le clavaron un acero
Tan cerca del corazón,

Que el físico al contemplarle,
Tras verle y examinarle,
Dijo: «Quedará sin vida
Si se pretende sacarle
El venablo de la herida.»

Por el dolor congojado,
Triste, débil, desangrado,
Después que tanto sufrió,
Con el acero clavado
El caballero murió.

Pues el físico decía:
Que en dicho caso, quien
Una herida tal tenía,
Con el venablo moría,
Sin el venablo, también.

¿No comprendes, Asunción
La historia que te he contado,
La del garrido garzón
Con el acero clavado
Muy cerca del corazón?

Pues el caso es verdadero;
Yo soy el herido, ingrata,
Y tu amor es el acero:
Si me lo quitas, me muero.
Si me lo dejas, me mata!

DE ARTURO MICHELENA

EXPOSICION EN EL SALON OCCIDENTAL DEL CAPITOLIO

I

L juicio de la inmensa obra de Michelena no podrá ser por plumas como á ésta á la que se ha encomendado; ni á serlo completo, cabría dentro de los lími-

tes asignados á las columnas de EL COJO ILUSTRADO. Ciento setenta obras, próximamente, del glorioso artista, deslumbran las paredes bañadas por la luz que á torrentes penetra por las amplias y siempre abiertas ventanas del antiguo salón de Gabinetes del Palacio de Gobierno en el Capitolio.

Llamaríase, como se debe, inútil empeño ponderar ahora la obra técnica, cuando ya fue sublimada por veredicto insospechable en la nueva capital del Arte. Ni sería sino repetición insoporrible de las expresiones hasta hoy admitidas en el estudio y examen de todos los salones y que en la mente han traído, de puro divulgados, aun los que de paso van por el taller, decir otra vez cómo ha sido de constante el cuidado de Michelena en colocar siempre dentro de los límites de la escuela á que perteneció todas las manifestaciones de su genio, haciéndolas grandes por la excelencia.

Todo lo que exigieron y tuvieron en cuenta las escuelas; cuanto indicaron los preceptistas del Arte; aquello que creyeron mandar Alberti y Leonardo, Dolce y Vasari, todo lo acató y reverenció el venezolano ilustre, colocándose en el medio justo, á igual distancia de la académica rigidez de los luchadores por el triunfo de la línea y los relámpagos oscuros del impresionismo contra el que protesta About.

Nuestro maestro ha tenido la "buena manera," la *vaga et bella*, que dijo la escuela italiana y que á todos los contornos y claros-oscuros, á todo lo que resalta enérgicamente en los primeros planos y se disuelve como visión de ensueño en las penumbras del fondo, dá la elegancia triunfante de un período de la tribuna de los Rostros, de un apóstrofe de Cicerón ó de un giro hermosamente ondulado y rítmico de Herrera en nuestra castellana poesía de la edad de oro; por donde van en comunión inexcusable al seno inerte del Arte cuando de él fue evocado.

II

Aquel gran lienzo de la *sobriettá*.—PENTHESILEA,—aquel combate gallardo de los elementos de la pintura, el dibujo y el colorido, el encendido y el violáceo cabalgando sobre la línea maestra en el seno de los raudales de un crepúsculo soñado por Homero, es digno del siglo de León X y realiza la suma exigencia que se hace á los



INFANCIA. — Cuadro de Stepanoff

maestros: forma, color y movimiento. Ese cuadro participa del Arte y de la Historia; esto es, de lo sublime y de lo grandioso. Por el primero viene de aquella estirpe de visiones que el mundo no podía contener ni soportar, por lo cual las envió Miguel Angel camino de los cielos y los infernos; por la segunda deriva de las guerras mitológicas de Ilión, de la raza guerrera de Marte, de la suprema eclosión del mundo,—mundo único,—que incubó la Grecia. Tiene la proporción, la simetría, la "conmodulación" de los cuadros excelentes; toca en el siglo XIII, llega al décimo-cuarto y alcanza hasta el siglo XVI, los que pudieran llamarse la trípode del Renaci-

miento; aproxima, en su factura, Giotto y Cimabué á Rafael y el Perugino. Alza á oír un himno épico, detiene en éxtasis, proclama la apoteosis de la forma humana y de la carne triunfantes; en mantos y senos de mujer y ancas y cuellos de corceles sobre los que llueve luz multicolora de crepúsculos y arreboles de Occidente.

III

La Caridad es la gran tiniebla del dolor y la miseria hecha refulgente en una penumbra de colores que la mano mágica de Michelena ha hecho caer sobre el lienzo como si apenas quisiera hacer concebir cuán ténbres y solos están los tugurios en que agonizan los que mueren sin pan y sin abrigos: ni la faz sonrosada de la aristocrática dama que viene,—ella misma aterida,—á visitar á la moribunda recumbente, exhala ni un solo fulgor que exceda el tono melancólico de la luz que baña la tela.

Carlota Corday, aparte del episodio conmovedor del suplicio de la vengadora, es un alarde de maestría en el conocimiento del arte: luz del vestíbulo de la prisión, que penetra por la puerta de la celda y cae sobre el rostro inefable de Carlota; luz del cielo que entra por la claraboya; luz del fuego con que enciende el carcelero su pipa, en actitud de marchar, se conjuntan y se expanden por el calabozo, degradan y resplandecen, se avivan ó se extinguen en una gama de intensidades que levantan y exaltan aquellas figuras cuyas fisonomías hablan las impresiones y emociones que determinó la inconcebible complejidad de la Revolución.

El Granizo dice hasta dónde puede dominar Michelena su intenso amor de artista. Dada la inclemencia de aquellos momentos en que sume en incurable pavor la impiedad del invierno septentrional, nuestro artista no ha extremado la expresión de sus figuras. Apenas dos toques le han bastado para comunicar excelencia á la composición y movimiento del cuadro: la luz que penetra, como un chorro de nieve, por la hendedura del cristal y va á quebrarse bajo la "cómoda,"—haciendo fulgurar las pupilas del felino que allí se refugia;—y la luz reflejada por la superficie húmeda de la vidriera, hacen todo el efecto: en la fisonomía del anciano, todavía la noción de

su deber varonil ante una mujer que solicita el amparo del antiguo jefe; y en el rostro suave y fresco del niño que en su seno se arrebujó, el horror y el espanto de la inocencia terrorificada.

Al lado de *La Gelée*, cayéndole el sol como á un tendido, esotra tela de *La vara rota*, que hizo suspender las retóricas del croniquerismo parisién, obligándolo á recordar y evocar los que de Holanda iban al Campo de Marte y á los Elíseos, y que en Holanda eran buenos, como únicos dibujantes y pintores de animales: el toro de Michelena,—de quien apenas vio sin sentir la altiva arrogancia de nuestro salvaje dominador de la pampa,—tiene la verdad y el vigor de toda la irresistible naturaleza tropical: el toque pastoso de las ancas bastaría para recomendar y hacer esperar aun de los que apenas se iniciaron en el Arte.

Pero no sólo fue el artista hasta probar en esas cinco telas todo el poder de su genio. Como si pretendiera revelarnos que puesto á un empeño exclusivo habría sido siempre eminente, hizo aquella alta *Virgen*, derivada de los tiempos, para la pintura consoladores, de Cimabué; *Virgen* que viene protestando contra los bizantinos, aunque resulta del hastío de Bizancio.

Como del réprobo de la leyenda, se puede decir de esos cuadros: son legión.

Aquí una alegoría en esbozo, Bolívar presidiendo los inmortales en el Panteón; allí el Bautista de la Independencia, cuasi moribundo en su nueva Maqueronta, pero siempre grande en el dolor; ideado por Michelena tal como lo lleva en su mente el pueblo americano.

Ese cuadro de *La Carraca* lleva el sello de un patriotismo delicado y consciente: la posición, la expresión de Miranda son como una elocuente síntesis de tantas esperanzas irrealizadas, de tanto esfuerzo infeliz, de tantas energías por largos años probadas en cuantos fueron pueblos y sucesos; tiene aquel rostro de rasgos enérgicos el sello del más hondo desencanto en conjunción con cierta indefinible expresión de altivez: es un vencido que reta todavía al infortunio; es un superviviente sereno y triste de los grandes días del siglo último. Bien pedía toda aquella vida ilustre una tela que en los días postreros dijese cómo fue de grande y magnífica. El héroe tuvo los más gloriosos campos de batalla que vieron dos siglos y su memoria ha tenido al glorioso artista nacido de las generaciones que Miranda soñó libres.

De otro lado un lienzo místico, *La agonía del Huerto*, alta, profundamente dolorosa como agonía de un dios.

Pintor mitológico, heroico, místico; paisajista, retratista, dibujante excelente, en aquel salón se concibe hasta dónde pudo alcanzar su gloria, entre otras gentes y en otros tiempos.

El autor de esta rápida noticia no encuentra posible detenerse ante cada tela, en juicio digno de ella, por la inmensa amplitud de competencia que reclama la obra de Michelena.

El examen y observación de sus retratos pide, sobre tiempo y holgura, constante práctica en la crítica de los salones, y ya están muy lejos en la mente aquellos que ante sus miradas pasaron en mejores días como en una sorprendente y rápida visión de viajero. El doctor Ríos, el benemérito y venerable facultativo y académico, tiene en la tela en que ha fijado su imagen el artista la serena calma de su prudencia y sabiduría: allí mira y habla el notable higienista y terapeuta.

Y así, vivo y de realce, está el señor doctor Sanavria.

Pero en donde se adivina puso solicitud

y alma el artista egregio, como si tratase de llevar á juicio solemne una de sus obras que tuviese la vida, la suavidad, el relieve de un Vernet ó de un Chardin, es en el retrato de la señora esposa del señor Zuñiga. Aquella luz pudiera provocar el canto de Goethe y la consideración de Delacroix al "bello tacto" y aquel colorido es de la estirpe eminente de Goya y de Ribera: tan delicado, tan tierno es. Va desde las tonalidades castísimas de la carne "sonrosada y alba," hasta las claridades llameantes del traje, quebrando matices en una escala maestra por sobria y sostenida.

III

De los cuadros bosquejados, de aquellos que apenas metió en color Michelena, dos dicen de la concepción y grandiosas inspiraciones del pintor: *El Descendimiento* uno de ellos, que tiene los escorzos, las palpaciones del *Entierro de Cristo* de Dyck; y *La última cena*, el lienzo por excelencia antiético de la gloriosa Penthesilea. Ese cuadro, inconcluso, podría entregarse solamente al Veronés: cualquiera otra mano puesta sobre aquellas manchas habría de ser mano profana. Entona aquella luz de luna sobre las faldas de Sión el himno melancólico y tristísimo que en cita única elevaron un día los patriarcas y los profetas, las sibilas y las vírgenes desde las cumbres de la ciudad de Dios, prometida Jerusalem. A la teogonía gnerrera, heroica, sublime, inmortal, del grandioso paganismo, va á sustituir la dulce, celestial teogonía de las promesas mesiánicas. Y el único profeta, el gran apóstol y arcángel, el más grande é invencible de los demiurgos, asume en la actitud que esa tela de Arturo consagra, la imborrable concepción que desde el hogar traemos de aquel que vino á decir á los hombres por dónde la intensa potencia del cerebro y de la razón, llega y llegará en todos los países y en todos los tiempos á arrollar y someter la soberbia potencia triunfante por míseros días de los que oprimen solios de sacros imperios.

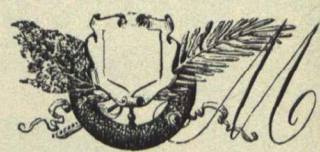
Pero la figura eminente, la primera, la notable figura de ese cuadro,—apenas diseñada,—es la de Iscariote. Detiene y obliga á recordar toda la leyenda ese Judas brutal. En su actitud, en su fisonomía, en su expresión, el mísero ex-favorito de Magdalo revela y guarda toda la epopeya nazarena. El gran vencido, el antiguo doctor de la ley sinaica, aquel supremo carácter viril, que tuvo de Elías y de David, de Absalón y de San Pablo, está medio sentado al extremo de la mesa, férreo y apretado el puño, convulso el brazo, sombría la faz, inculta la áspera barba de los censores mosaítas, oyendo la palabra del futuro Crucificado, con la expresión conmovedora de quien se duele de que ya el odio le haya hecho pequeño é incapaz por haber vencido con viles armas á tanto valor convencido y eminente: esa actitud y esa cara de Iscariote son la protesta y el arrepentimiento, la cólera y el rubor, la audacia y la ignominia en conjunción admirable: las riberas del saero Jordán y las ondas del Tiberías; Gethsemaní y Bethsaida no vieron jamás, en todo el proceso de redención, momento tan augusto como ese momento de la vil revancha del airado hebreo. Ese es el Judas que un día pondrán los psicólogos en la historia: fuerte, rabioso, dolorosamente vencido, vergonzosamente doliente.

IV

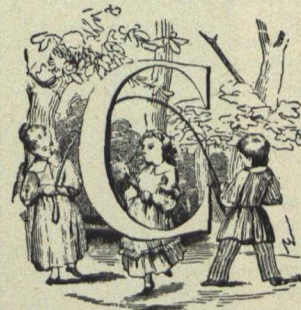
En otro día y por otra pluma ha de hacerse la consagración de ese esfuerzo y de esa gloria del artista venezolano: vendrá una hora menos urgida que la que vivimos: sol de luz inextinguible de justicia y amor iluminará la tierra nuestra y en el genuino

Panteón de nuestras reliquias intocables y de nuestros hermanos ilustres, se verá entonces á Michelena recibiendo de la Inmortalidad el galardón de los afanes que por ella y para ella tuvo en desgraciados tiempos.

ELOY G. GONZALEZ.



PARA ALGUNOS DE MI GENERACION



ONTIGO hablo, joven de mi país, de mi edad y de mi raza moral. Te hablo fraternalmente porque conozco tu historia que es casi la mía.

A los diez años cargado de libros pusiste

los pies en la escuela. Ya tu madrina ó una vieja tía te había enseñado á deletrear y á rezar. Con igual seguridad recitabas, sin penetrar mucho ó nada el sentido de las palabras, el Padre Nuestro y los cuentos del Libro Primario: "Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores" . . . "A Juan se le cayó la gorra en el fango por no haber llevado barboquejo" . . . "Jorge cortó con su hacha el hermoso cerezo de su padre . . ."

En la escuela el maestro te tiraba de las orejas para hacerte comprender las lecciones y hacértelas repetir de memoria; tus compañeros te iniciaban en los pequeños vicios y ferocidades. Después, en el colegio, leíste á Paúl de Kock cambiastes *trompis* y estampillas, aprendiste á buscar en el Diccionario los términos obscenos y estudiaste latín y griego; del latín recuerdas la primera declinación y del griego el alfabeto. Entre tanto suspirabas por las mujeres de teatro, y estuvistes tan tristemente enamorado que de noche llorabas sobre tu almohada con un nudo de lágrimas en la garganta, copiabas versos en las páginas de tu álgebra, y aun soñabas en un idílico matrimonio.

Con el bozo naciente entraste en la Universidad y cumpliste con la tradición de ser un estudiante revoltoso y enemigo del gobierno, silbaste á los transeúntes y á los diputados en la barra del Congreso. Tu primer artículo fue un artículo de oposición, en donde decías poco más ó menos "¡paso á la juventud!" "¡abajo los tiranos!"

Antes de cumplir los diez y siete años ya eras bachiller y habías ido con tu teodolito al hombro y con pan y queso en el bolsillo, á levantar un plano en los alrededores de la ciudad, para tu grado de agrimensor. Pasaste seis ó siete años en las aulas, medio distraído pero puntual, para ser médico, abogado ó ingeniero. Con ahogada voz leíste tu tesis y entre abrazos recibiste el título de Doctor, y seguido de amigos, que mientras tu sudabas la gota gorda se entretenían diciendo dicharachos en los corredores, destapaste algunas botellas de cerveza y oíste algunos discursos congratulatorios.

La mañana siguiente te encontré hecho un Doctor, y tu experimentabas, con melancolía, el fin de tus estudios y el comienzo de un malestar. Eras un hombre, los demás te lo aseguraban—aunque tu no te dabas cuenta exacta de ello, y entrabas en la Vida.

¡Entrabas en la Vida! . . . ¿Con qué bagaje? Con tu diploma sellado y firmado, tu



PARTIDA EMPESADA. — Cuadro de G. Simoni

cerebro lleno de definiciones, tu memoria fatigada, raquítico de cuerpo, inhábil para la acción y con una religión vacilante ó sin religión. Como abogado novicio tenías escrúpulos de conciencia y los crímenes y demandas no sólo te daban asco sino que huían de tí; como médico te faltaban enfermos; como ingeniero . . . los albañiles bastaban para la construcción de una casa. ¿Qué hacer? Tu título te invalidaba para un oficio, y como un desesperado que espera algo te lanzaste en busca de un empleo público.

* * *

El día siguiente de las revoluciones fue un día amargo para tí ¡oh mi hermano! Los hombres en quienes habías puesto tu fe traicionaron tus ilusiones. La Idea, interpretada por los políticos, se rebajaba al nivel de una vulgar ambición. En la confusión del bien y del mal has estado á punto de ser un sectario. Sin embargo, buscabas una orientación en la obscuridad, la buscas porque tu espíritu no se ha acostumbrado á la resignación y está ansioso de verdades.

Pero mientras tales luchas se libran en tu alma, otros compañeros de más fortuna ó voluntad, te señalan como un desertor ó como un mercenario de la pitanza nacional. Y en secreto te avergüenzas de tu holganza y te ocultas ruborizado entre los que esperan su sueldo en la taquilla de la tesorería. Comprendes que tu juventud y tu inteligencia deben obrar en una dirección más libre y que tus manos lacias y pulidas deben encallecerse y empuñar la piqueta y el estandarte.

Aun es tiempo ¡oh hermano mío! de enlancearnos ante nosotros mismos, sin esperar que la polilla y los años caigan sobre nuestra cabeza atormentada y antes que en la silla de la oficina pública se marque la forma de nuestras espaldas.

* * *

Si no te doy un método de energía es porque no lo tengo, pero quizás juntados lleguemos á encontrarlo.

En mi opinión debemos reformar nuestra vida interior primero que tentar una influencia sobre los demás. Averiguar nuestras aptitudes y encauzarlas. La valoración sincera de las creencias que debemos adoptar nos comunicará una nueva fuerza viril. La verdad de hoy puede no ser la verdad de ayer; no temamos contradecirnos rectificando un error. Si somos unitarios ó federales, socialistas ó anarquistas, digámoslo y probémoslo. La mentira pudre la conciencia.

No vayamos asidos á la espada ó la levita de los hombres que no piensan como nosotros porque son de otra época.

No nos sonrojemos de prepararnos para una profesión de las calificadas de humildes; un trabajo físico es el más digno y el más sano de los *sports*, á pesar de lo que en contra diga la hipocresía elegante; el cerebro adquirirá su equilibrio y las ideas saldrán fuertes y lozanas cuando los brazos no permanezcan ociosos. La fuerza que empleamos en los ejercicios gimnásticos podemos emplearla en mover una máquina ó dirigir un arado. Un taller que fuera al mismo tiempo un círculo artístico, ó filosófico ó científico ¡oh la bella y fácil utopía!

Mil proyectos se agolpan en mi mente en estos balbuceos de energía y de regeneración pero que yo ¡oh hermano mío! no me atrevo á enunciar bajo la mirada hostil y burlesca del Hombre Práctico.

* * *

¿Será posible que muramos en la inercia, oh joven de mi país, de mi edad y de mi raza moral.

(*)

1898.

(*) El autor de este artículo olvidó firmarlo. Esperamos que este distinguido colaborador nos autorice para dar su firma.



HOMO SUM!

Punto brillante en el espacio inmenso, es astro que con vértigo rutila; átomo errante, á mejorar propenso, goza, padece, con afán cavila.

De dónde viene? Su ansiedad constante como un incendio arrasador le quema; gusano con alientos de gigante, es del misterio pavoroso emblema.

Rico de amor, radioso de hermosura, de excelencias ocultas impulsado, de Dios se juzga sorprendente hechura, á la vida inmortal predestinado.

Y entonces, á la luz de su delirio, por su sendero sin temor avanza; y, si al peso vacila del martirio, le alienta con sus dones la esperanza.

Y cruza mares, denodado y fuerte, en pos de un mundo que su mente sueña; y, en lucha formidable con la suerte, la abate como un dios, y la domeña.

O hiende audaz la sideral esfera, y, victorioso el rayo encadenando, le circunscribe la fatal carrera, muestra sublime de su genio dando.

Y es un Colón! un Franklin! Tales nombres, envueltos entre ráfagas de gloria, son encanto y orgullo de los hombres, y pasmo y maravilla de la Historia.

O la sublime libertad, atada al borde obscuro de espantoso abismo, pone en las manos redentora espada, y enciende el corazón en patriotismo.

Y es Hidalgo! Es Bolívar! Son los grandes espíritus de empuje y de nobleza. No! la empinada cumbre de los Andes no es digno pedestal de su grandeza!

Otras, envuelto en bruma tenebrosa
avanza á tientas por su senda oscura,
paz esperando, tras su vida odiosa,
en la callada y honda sepultura!

O ya, dudando, en su profundo anhelo,
de su origen divino ó miserable,
alza la vista conturbada al cielo,
buscando á Dios, con ansia inacabable.

Y al ver al cielo mudo á sus clamores,
indiferente á su pesar profundo:
¿es Dios—exclama—un sér que los dolores
agolpa despiadado sobre el mundo?

Dónde está su justicia soberana?
en dónde—dice—su bondad suprema? . . .
y alza los puños, en su angustia vana,
y amenaza, sacrilego, y blasfema.

Y sin fe, sin amor, sin esperanza,
sin aliento, dudando de sí mismo,
es el genio fatal que al mundo lanza
de funestos errores al abismo.

Otras, ansioso de la paz soñada,
en la contienda asoladora, impía,
duda encontrar, al fin de la jornada,
lo que en secreto el corazón ansía!

O altivo, en pos de perennal memoria,
el alma presa de entusiasmo sumo,
con afán corre, y su radiante gloria
ve con tristeza que se trueca en humo!

O, adverso al culto de ideal belleza,
á todo grande sentimiento extraño,
al ignorante arrastra, en su vileza,
con halago ruín y torpe engaño!

O encenegado en crapulosa orgía,
la vida pasa, al bien indiferente,
selo vil ostentando, al claro día,
sobre la abyecta, envejecida frente!

Y así . . . unas veces con la faz radiante,
á la rosada luz de la esperanza,
Otras, sin fe, con paso vacilante,
ó entre sombras, avanza. . . siempre avanza!

¿A dónde va, sin detenerse, á dónde,
creyente, timorato, audaz, ateo?
¿á qué divina aspiración responde
ese perpetuo afán de su deseo?

No halla en la ciencia la secreta clave,
y la fe apenas su ansiedad escuda:
envuelta en el misterio, sólo sabe
que ama y espera, que padece y . . . duda! . . .

Y cuánto asedia al corazón, ó vibra
en lo más hondo del cerebro humano:
las recias luchas que el carácter libra,
y las insidias del placer insano . . .

Lo que sublima, y lo que abate; todo
lo sé ya, lo comprendo, lo imagino:
homo sum! á la par hecho de lodo
y de fulgores del Amor divino!

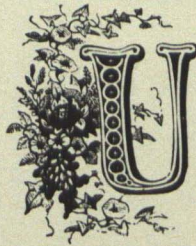
ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

México: 1898.



NARKISS

FLORES DE EGIPTO



UNA noche que erraba al
través de las ruinas, de
columnata en columnata
y de arriate en arriate,
llegó Narkiss, sin darse
cuenta de ello, hasta el
recinto del tercer templo.
El seto de nopales ocul-
taba las hiladas de pie-
dra; y los pilares de már-

mol verde y las pesadas cornisas de los pórticos, que de repente saltaron ante él sin base aparente, semejaban una arquitectura de ensueño, un encantamiento del claro de luna, un espejismo de las arenas. Narkiss penetró en el templo. Primero, creyó desfallecer: una atmósfera pestilente reinaba allí, cargada de olores de sangre y de cadáveres, saturada de perfumes de flores y también de perfumes de aromas; lotos deshojados tapizaban las baldosas, así como también grandes pétalos rojos, de una flor desconocida para Narkiss. Trébedes de bronce se escalonaban al rededor de una gran mesa de ónix; el nardo, el benjuí y la mirra se consumían allí lentamente y largas espirales de humo azulado desarrollábanse como velos en el aire caliente. Narkiss se detuvo; la gran mesa de ónix era roja en partes, roja como si en ella hubiesen exprimido por montones las extrañas flores de púrpura cuya lluvia de pétalos había gustado á Narkiss; las paredes lucían desnudas y sombrías, claras sin embargo como el agua de los gemas de sus collares, y bien que lavadas con incienso por los sacerdotes, exhalaban en ese aire saturado de aromas, un olor especial que dilataba las narices del joven Faraón. Una emoción nueva encendía sus pupilas, constreñía su corazón, hinchaba su pecho; habría deseado permanecer siempre bajo la alta columnata aérea, que tan delgada se hacía en medio de las tinieblas azuladas, siempre allí, en medio á los vapores violáceos de las trébedes, entre esos perfumes de matanzas, de lotos y de incienso. Dio por tres veces la vuelta al altar, posó las manos sobre la mesa húmeda, é instintivamente apoyó en ella la cabeza; fue esto como un reposo; mas, habiéndose extinguido dos trébedes, la hediondez de los pantanos se hizo más fuerte repentinamente, la pestilencia del Nilo dominaba en el templo, y sofocado por el aliento del río, Narkiss se incorporó bruscamente.

Con el fin de alejarse de esos olores de limo y de podredumbre se dirigió apresuradamente hacia una salida; desde allí, el agua reverberaba, lejana, detrás de una columna, y una frescura llegaba de ese lado, como exhalada por la blanca floración de magnolias gigantes. Se habría dicho una velada de blancuras en la noche y, sin saberlo, el joven descendió hacia el Nilo.

Por los veinte escalones desprendidos de una escalera de malaquita llegó hasta él el Faraón; y allí, entre una doble fila de esfinges acurrucadas bajo haces de juncos cubiertos de lianas y de hojas enormes, el nieto de Isis á quien nada conmovía, juntó las manos sobre su collar de esmeraldas y abrió desmesuradamente la boca; el pavor y el goce detuvieron al joven y la admiración ahogó su grito.

Entre una confusión de tallos, de hojas y de ombellas estallaba el rugido, la fiebre de la fuerza, el bullimiento de la vida, la fermentación del gérmen y la amenaza de una vegetación exasperada, recalentada, triunfante, gigantesca y hostil, flores más grandes que tamaras de dátiles, plantas más altas que palmeras, vegetales translucidos, como hinchados por una savia luminosa, por transparencias de verde-mar y de jade y espirales de ser-

piantes que vienen á terminar en cohetes de corolas y de pétalos que semejan una lluvia de estrellas; campos enteros de papiros salpicados de montones de astros, cálices de forma y de color desconocidos, de una rigidez de metal; otros redondos y blancos, botones de maravillosos lotos que parecen huevos de avestruz, nimbados de hojas enormes, y todo eso se torcía, se arqueaba, se desmeleaba, se enlazaba, se ahogaba, se unía para desaparecer, para juntarse, coagulado en la limpidez de una recortadura de bronce sobre la pálida extensión de los oscuros pantanos que á la luz de la luna semejaban un espejo de plata.

Un viejo pórtico se derrumbaba á algunos pasos, desdoblado en el agua muerta su silueta arruinada, y con el, la secular escalera de las esfinges se desdoblaba también entre los papiros y los grandes nenúfares nacidos en el carnero; tallos y cálices tenían en la sombra extraños resplandores azules.

Era allí donde los negligentes hieródolos, después de los sacrificios venían á arrojar los cuerpos mutilados de las víctimas; no se ofrecía á Osiris sino la cabeza y el corazón de los toros inmolados; cadáveres de todas clases eran arrastrados desde el altar hasta la vieja escalera, y de allí eran sumergidos en el fango del río, y sus aguas pútridas estaban llenas de sangre. Las moscas y los mosquitos pululaban allí en las horas de sol, acechados por los zapsos y por inmundos reptiles con cabeza de tortuga; por la noche volaban sobre el carnero mureílagos y pálidos vampiros; y es en esa ignominia, en esa floración del asesinato y del virus, donde terminaba el ensueño divino del joven Faraón.

El carnero! ya él ni sentía su hediondez horrible; el carnero! no veía él ni la podredumbre, ni el virus, ni los animales muertos tirados en los últimos escalones, ni los reptiles adormecidos sobre las hojas, ni las serpientes arrolladas á sus pies, en los troncos de árboles purulentos y las flores fosforescentes.

La vista alucinada, las pupilas dilatadas, los dedos de las manos abiertos, y las palmas tendidas ante él, Narkiss, enervado, descendía hacia el agua. Al rededor de Narkiss, la fragilidad de los iris, la feminidad de los lotos y la obscenidad de los yaros, iluminaban como llamas de jaspe, de berilo ó de ópalo; bajo el reflejo de la luna, los lampiros semejaban pedrerías errantes en la noche, reptiles que lucían otros tantos esmaltes sobre las hojas. A lo lejos veíase el resplandor metálico del Nilo, y en esa magia del claro-oscuro, en ese encantamiento de las tinieblas y del agua, de la corrupción, y de las flores y de las hojas, misterioso y moviente tapiz tejido por las savias y la noche, Narkiss, deslumbrado, no veía sino una flor de ensueño, largo y flexible tallo nacarado como una perla, balanceado por un movimiento rítmico y cuyo cáliz delicado, modelado como un rostro, le sonreía á proporción que descendía hasta ella.

Extraña floración del Nilo, había brotado entre las hojas de los nelumbos y los tallos sedosos de los papiros. Una flor, no sería más bien alguna divinidad de las agnas ignorada en Menfis y que reinaba en esas regiones mal conocidas? Un sér humano no habría podido vivir, de ese modo, en el agua, en ese fango, cautivo de las lianas y de las cañas.....Alguna hija de reyes, tal vez, encantada allí por los demonios, pues élla, como él, centelleaba por sus pedrerías, joyas y corolas movíanse á lo largo de sus caderas pálidas, prendíanse resplandores sobre su piel, en derredor de su cuello, y como él, la criatura aparecida llevaba una diadema formada por tres círculos de esmalte ligados entre sí por pequeños lotos de oro y escarabajos de turquesa. Como él, élla mostraba

el hombro derecho mordido por una serpiente de metal cuya cola se enrollaba en el puño delgado, y su mano derecha, como la suya, parecía brillar bajo una gloria de anillos! Pero más límpidas que todas las gemas de su frente y de sus dedos, dos pupilas de vida, de un azul de agua nocturna, irradiaban inmensas en sus pupilas, y sin haberlas visto jamás, Narkiss reconoció los ojos alucinantes y fijos de la figura mágica surgida á su encuentro. El Faraón se prosternó sobre las gradas y el nieto de Isis adoró á Isis.

En el fondo cenagoso del carnero la flor de rostro humano continuaba sonriendo.

Entonces, Narkiss, las manos juntas, la mirada fija en la imagen alucinante, en éxtasis, traspasó la última grada de la escalera de las esfinges y penetró en el pantano.

El esqueleto de un buey degollado, que se podría allí sobre una losa, apretado un instante por el pie desnudo, resumó; un hilillo de sangre rosada se extendió sobre el limo; una serpiente molesta da en su sueño, se desenrolló. La superficie del agua estaba inundada de resplandores azules provenientes de los besos de la gran diosa, de la gloria nocturna de los yaros y del esplendor nacarado de las ninfeas.

El día siguiente, á los primeros rayos del alba, los sacerdotes de Osiris encontraron muerto al joven Faraón, sumergido en el fango, en medio de los cadáveres de las víctimas y de la inmensa podredumbre acumulada allí desde hacía muchos siglos. De pie sobre el limo, Narkiss se había asfixiado con las exhalaciones pútridas del pantano; pero sumergido hasta el cuello en la cloaca, dominaba con la cabeza las floraciones siniestras abiertas á su alrededor en forma de corona; y como una flor encantadora, su rostro exangüe y acicalado, su faz de adolescente, sus sienes ceñidas por una diadema de esmaltes y turquesas, se destacaba por sobre el fango; y sobre esa frente muerta, mariposas nocturnas se habían posado, las alas abiertas, y dormidas.

Isis había reconocido á Isis, é Isis había llamado á sí, la sangre de Isis.

Así en una clara noche de junio, murió Narkiss, nieto de la gran diosa y príncipe del reino de Egipto.

JEAN LORRAIN.

SOBRE UNA TUMBA

¡Qué cerca y al par qué lejos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
¡Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche.
De ella arriba todo es día.
De ella abajo todo es muerte.
De ella arriba todo es vida:
Día y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea.
Y esa sólo es la distancia
Para la cual no hay medida!

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.



JULES LEMAÎTRE



Jules Lemaitre acaba de publicar sus folletines dramáticos con el título de *Impresiones de teatro*. Se gusta allí algo ingenuo que viene del corazón y un no sé qué extrañamente experimentado que viene del espíritu.

Y es bueno que esto sea así. Es bueno que el corazón sea inocente y que el espíritu no lo sea. Los ángeles, que son todo candor, harían seguramente mala literatura y nadie se imagina que un serafín se halle en posesión de la ironía filosófica.

Ante las cosas humanas, M. Lemaitre no conserva siempre su seriedad. Pero se sabe que á las veces abandona de buen gusto su seriedad, tan encantadora es así su fantasía. Ese letrado que ha recibido todos los grados, lanza al aire su birrete y se divierte por todas partes con travesuras de escolar. Es Fantasio pescando con cordel las pelucas más venerables. Es picante y delicioso el ver alguna pillada acompañar á tan docto y poético talento; gozamos con ello como con un espectáculo raro. Siendo la pedantería la costumbre ordinaria de multitud de gentes, nos admiramos cuando un hombre de mérito lleva la naturalidad hasta el descaro. Qué olvido de sí mismo se revela allí, qué sim-

plicidad, y también, qué filosofía! Pero lo más amable que tal vez encontramos en M. Lemaitre es la tristeza repentina que se apodera de él por haber sido cruel en su travesura. Son sus bruscos enternecimientos. Pues existe de todo, hasta melancolía, en esa alma movable, fluida, ligera y encantadora semejante á la de algún Puck que hubiera estudiado humanidades.

M. Jules Lemaitre es un espíritu muy fino y muy sutil cuya feliz perversidad consiste en dudar sin cesar. Es el estado á que lo ha conducido la reflexión. El pensamiento es una cosa horrible. No hay por qué admirarse de que lo teman naturalmente los hombres. Al mismo Satán, lo llevó á la rebelión. Y sin embargo, Satán era hijo de Dios. Es el ácido que disuelve el universo, y si todos los hombres se diesen á pensar á la vez, el mundo dejaría de existir; pero no debemos temer este peligro. El pensamiento es la peor de las cosas y también la mejor. Si es verdad que lo destruye todo, se puede decir también, con justicia, que lo ha creado todo. No concebimos el universo sino por él, y cuando nos demuestra que es inconcebible, no hace más que reventar la bomba de jabón que había formado.

Propiamente, es en lo que se ocupa M. Jules Lemaitre todos los lunes, con una gracia diabólica. Lo dice todo y desea no haber dicho nada. Su enfermedad consiste en comprender demasiado. Qué autoridad no habría adquirido si fuese menos inteligente? Pero él ve el anverso de las ideas. Una perspicacia tal

no se perdona jamás. Concilia lo que á primera vista no parecía conciliable; por instinto, lleva en su alma encantadora é inquieta, la rica filosofía de Hegel: si encuentra ideas enemigas, las reconcilia abrazándolas todas juntas. Luégo, las manda á pasear. Es esa ciertamente la sabiduría: mas no la perdonan. En política como en literatura, lo que más estimamos en nuestros amigos, es la parcialidad de su espíritu y la estrechez de sus designios. Cuando se es de un partido es necesario, primero, aceptar sus prejuicios. M. Jules Lemaitre no pertenece á ningún partido. Su inteligencia es absolutamente libre. Lo tengo por un verdadero filósofo que contempla el mundo; y si se ha enamorado del teatro, es por que, sin duda, ha visto en él una especie de microcosmo. En efecto, el teatro es un mundo en miniatura. Qué es una comedia, sino una serie de imágenes formadas en el misterio de un mismo pensamiento? Y esa definición conviene igualmente á una pieza de teatro y al universo visible. Las imágenes nos impresionan; ignoramos el pensamiento que las reúne; es necesario que nos lo muestren. Es ese el oficio del filósofo ó del crítico dramático, según que se trate del plan divino ó del plan de M. Alexandre Dumas.

M. Jules Lemaitre se ocupa hasta de teatro en sus folletines dramáticos y M. Francisque Sarcey le presenta su enhorabuena. Pero M. Jules Lemaitre se ocupa mucho de otra cosa en esos estudios tan diversos y siempre nuevos, ó más bien, no se ocupa

sino de una sola cosa, que es el alma humana.

Todo lo refiere á ella. De allí, el interés de esas páginas escritas á diario y que junta, como un hilo de oro, el sentimiento filosófico.

M. Jules Lemaitre no tiene doctrina; pero posee una filosofía moral. Esa filosofía es amarga y dulce, indulgente y cruel, y buena por encima de todo. Sabiduría de la abeja que hace sentir el aguijón y que da la miel! Estoy segurísimo de que si se pudiese amar sin odiar, M. Jules Lemaitre no odiaría jamás. Pero es un voluptuoso que no perdona que la fealdad entristezca la fiesta de la vida. Ama á los hombres, los quiere felices; cree que existen más especies de virtudes de las que generalmente se encuentran en los manuales de moral. Es de esos hombres que no le desean mal á nadie, que son tolerantes y benévulos y que, careciendo de fe propia, comulgan con los creyentes. Llaman escépticos á esa clase de gente. No creen en nada; eso los obliga á no negar nada. Están como los demás sometidos á todas las ilusiones del espejismo universal; son juguetes de las apariencias; y á las veces ciertas formas vanas los hacen sufrir cruelmente. Necesitamos descubrir el vacío de la vida: á veces, una flor nos bastará para calmarlo. Es así como M. Jules Lemaitre, ya sensual y ya asceta, se juega con los juegos de la escena y gusta en el teatro la ilusión de una ilusión. El nos ofrece impresiones exquisitas que repercuten en mí, os lo aseguro, de una manera deliciosa.

Amo el teatro infinitamente cada vez que me habla de él. Me ha hecho gustar á Melhac como no habría podido hacerlo solo y me ayuda á encontrar en los diálogos de Gyp un sentido místico y sobrenatural. Me sirve también de mucho para la comprensión de Corneille y de Molière, pues nadie lo aventaja en cultura clásica. En fin, él me ha revelado aspectos nuevos del genio de Racine, que sin embargo yo conocía bastante bien.

Sin alabarme, considero esto como un mérito. Pero á quien Jules Lemaitre deja ver mejor en su galería, es á sí mismo. Se muestra bajo máscaras diversas. Lejos de criticárselo, le felicito por ello. En efecto, la crítica no vale sino por quien la ha hecho, y la más personal es la más interesante.

La crítica es, como la filosofía y la historia, una especie de novela para el uso de los espíritus finos y curiosos, y toda novela, viéndolo bien, es una autobiografía. El buen crítico es aquel que cuenta las aventuras de su alma en medio de las obras maestras.

Creo haberlo dicho ya, no existe la crítica objetiva, como tampoco el arte objetivo, y todos aquellos que se lisonjean con exhibir en sus obras otra cosa que no sea su yo, están engañados por la más falaz filosofía. La verdad es que no salimos nunca de nosotros mismos. Es una de nuestras miserias más grandes. Qué no daríamos por ver el cielo y la tierra, durante un minuto, con el ojo de facetas de la mosca, ó por comprender la naturaleza con el cerebro rudo y simple del orangután? Pero esto nos está prohibido. No podemos, como Tiresias, ser hombres y acordarnos de haber sido mujer. Estamos encerrados en nuestra persona como en una prisión perpetua. Lo peor que podríamos hacer, según me parece, es reconocer de buen grado esa horrible condición y confesar que hablamos de nosotros mismos, cada vez que no tenemos la fuerza de callar.

La crítica es la última en fecha de todas las formas literarias; terminará, quizá, por absolverlas todas. Ella conviene admirablemente á una sociedad muy civilizada cuyos recuerdos son ricos y cuyas tradiciones son ya largas. Está particularmente apropiada para una humanidad curiosa, sabia y pulida. Para prosperar, ella supone más cultura de

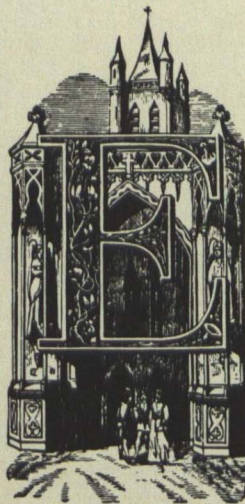
la que exigirían todas las demás formas literarias. Tuvo por creadores á Saint-Evremond, Bayle y Montesquieu. Precede á la vez de la filosofía y de la historia. Le ha sido necesario, para desarrollarse, una época de absoluta libertad intelectual. Reemplaza la teología, y si hemos de solicitar al doctor universal, al Santo Tomás de Aquino del siglo XIX, no es acaso en Saint-Beuve en quien debemos pensar?

ANATOLE FRANCE.

SIMÓN BOLÍVAR

—
CONFRATERNIDAD HACIA ESPAÑA
—

I



EXISTEN grabadas en la historia unas memorables palabras proferidas por Bolívar en ocasión solemne, las cuales han dado motivo, no sólo á los ataques acerbos de sus enemigos ó contrarios, sino también á la censura de algunos amigos y admiradores del grande hombre.

Estas palabras son las siguientes: «Españoles y Canarios, contad con la muerte aun cuando seáis indiferentes, si no tomáis parte activa en favor de la independencia de América.»

Algunos partidarios han dicho: Lástima que Bolívar cometiera este error.

Algunos contrarios han llegado hasta el extremo de aplicarle por ellas el dictado de asesino.

Unos y otros se han equivocado en su juicio, acaso por no haber acertado á levantarse á la altura necesaria para juzgar al hombre y sus palabras.

Juzgar asesino á Bolívar por este rasgo de su vida, único en que se pusiera en discusión sus sentimientos humanitarios, sería lo mismo que juzgar asesino al Sol, porque en las áridas llanuras del África sus rayos dan la muerte. Sería lo mismo que juzgar asesina á la Naturaleza, cuando bramando el huracán, la tempestad desata sus furias y fulmina rayos. ¡Error!

II

Quando en la atmósfera se acumulan en gran cantidad los gases ó efluvios mefíticos, la vida se haría imposible si no sobreviniera la tempestad con sus rayos y todos sus horrores; y la tempestad viene, precisamente en el momento supremo, á combatir la muerte y á dar la vida.

Después de la explosión, purificada la atmósfera por el fuego eléctrico, la naturaleza se regenera; y entonces vive el hombre, viven los animales y viven las plantas. Para lograr tan benéficos resultados ha sido necesario todo ese estruendo, todos esos horrores, toda esa muerte.

¿Cuántos vivientes, racionales é irracionales, cuántos árboles habrán perecido? Eso no puede calcularse, y pasado el cataclismo ni se piensa más en ello. Es que la naturaleza no puede dar la vida, sin dar también la muerte.

III

Así como la atmósfera natural antes de la tempestad, así estaba la atmósfera política y social de Venezuela antes de las solemnes palabras pronunciadas por Bolívar. Los errores acumulados de tres siglos, reagravados con hechos horribles recientemente cometidos, la habían emponzoñado de tal suerte, que la vida era ya imposible, y todo habría perecido en el país.

Empero llegó la hora suprema de la regeneración y el Omnipotente toca á Bolívar; y Bolívar exasperado brama con la furia de la tempestad: su aliento es el huracán, «su voz el trueno, su mirada el rayo.» En medio de la densa obscuridad que reina, no hay más luz que la que relam-

paguan sus ojos. Hasta la Naturaleza parece conjurarse. La tierra tiembla con estridor: los Andes gigantescos bambolean sobre sus bases macizas de oro; y todo, todo parece que va á hundirse en los profundos abismos de la muerte.

IV

¡Mentira! De esta conmoción infinita, de este esfuerzo supremo brota la luz, á cuyos destellos se firma el célebre armisticio de Trujillo; primer efecto de esas palabras, iris de esperanza que brilla en el cielo de la patria, y triunfo moral de Bolívar. Sobreviene luego la faunosa batalla de Carabobo, su triunfo material, que decide para siempre la suerte de sus armas; y de allí á poco los albores de la paz asomando por oriente, iluminan con sus puros y benéficos resplandores el ámbito de la República.

Pasó la tempestad, vino la calma; y Bolívar, ese mismo Bolívar, el de las tremendas palabras, grito de guerra á muerte, lanzado contra sus íntimos sentimientos, y que nunca se llevó á efecto sino parcialmente; se apresura á abrogarlas, y pronuncia entonces las más dulces y apacibles frases que pudieran salir de los labios americanos: Los Españoles, dice, son nuestros hermanos y nuestros amigos y aliados naturales.

V

Hé ahí el resultado. Después de la tempestad, la bonanza; después de la muerte, la vida.

Bolívar, cual Neptuno, hiere con su tridente el mar embravecido; y el mar se aplaca luego.

Bolívar en su grandeza es sólo comparable á la grandeza de la naturaleza.

Bolívar pronunciando tales palabras y haciendo los prodigios que hizo, no era un simple mortal. Bolívar era el instrumento del Todopoderoso, que, «árbitro de la paz y de la guerra,» da la muerte y da la vida en su nombre; pues que sometido á las leyes fatales de la naturaleza, grande cual ella, para dar la vida se ve obligado á dar también la muerte.

Es necesario remontarse á esa altura para poder juzgarle con acierto; y una vez allí encontramos que Bolívar no fue culpable: que Bolívar cedió á una necesidad imperiosa de los momentos.

Sus palabras no fueron sino un acto indispensable de represalia, justificado por los acontecimientos que precedieron, tanto como por las consecuencias ó resultados que acarrecó.

VI

En lo que menos pensaba Bolívar era en derramar la sangre española: lo que menos deseaba era eso. ¿Sabéis lo que pasaba por su mente al lanzar las tan censuradas palabras? Su pensamiento era el mismo que anima á la naturaleza cuando su oscurece el sol y desata deshecha la tempestad: Combatir la muerte, purificar y dar la vida.

Bolívar no odiaba á los españoles; todo lo contrario, lo amaba. En su elevado espíritu, en su noble corazón no tenía cabida el mezquino sentimiento del odio.

Además; ¿qué otra cosa era él mismo, sino un español? ¿Qué eran los venezolanos todo que le acompañaban, sino españoles? ¿Qué era, en fin, Venezuela sino una parte integrante de la gran monarquía española?

Odiar Bolívar y los venezolanos á España y los españoles, sería odiar á una madre, sería odiarse á sí propios, y esto es absurdo, esto no cabe.....; pues no hay que confundir las pasiones efímeras que enciende la guerra, por vehementes y poderosas que sean, con los sentimientos permanentes del ánimo.

VII

Era solamente que estaba decretado en los consejos del Infinito, la división de la familia, y Bolívar señalado como apóstol de este grande acontecimiento; y Bolívar cumplió su misión.

Lo que sobrevino fue una querrela de familia: combate entre una hija que, llegada á su mayoría, debe y quiere, impulsada por la fuerza irresistible de los acontecimientos, separarse de la madre; y una madre que por amor se opone á ello, como es natural, pues nadie se desprende sin dolor de lo que posee, y mayormente cuando se trata de joya tan preciada. Si en la madre hubo sobra de tenacidad, como dicen algunos, ¡bendita tenacidad que tanto honra á una madre!

VIII

Para hacer frente á esa madre, para combatir á la grande y poderosa España de Bailén

era necesario un gigante, y ese gigante fue Bolívar; y Bolívar era igualmente un español. España no fue vencida por ninguna potencia extranjera; y este es el mayor elogio que puede tributársele.

En la contienda no hubo, pues, beligerantes extranjeros, y en las disensiones domésticas, una vez pasadas, no hay vencedores ni vencidos. Los lauros cosechados por unos y por otros son glorias de familia, que á todos pertenecen.

El tiempo con su bálsamo o consolador cicatriza las heridas, y las generaciones subsiguientes olvidan las rencillas y miserias, para sólo recordar los grandes hechos de sus predecesores, sean nacidos en esta ó en aquella provincia, hayan lidiado por tal ó por cual causa; y se honran en reclamar esas glorias como herencia común de que son partícipes todos.

IX

Así se explica como Venezuela, al celebrar la apoteosis de Bolívar, llama á los españoles residentes en ella y les ofrece — *Un puesto de preferencia, como homenaje de respeto y confraternidad hacia nuestra antigua madre patria.* — (Son las palabras oficiales.) Y los españoles, generosos, acuden entusiastas al fraternal llamamiento; y, apenas transcurrido medio siglo, se enorgullecen al celebrar las glorias de Bolívar, pues sólo sienten ya que celebran glorias de familia; y con una elevación instintiva de ideas, digna del mayor encomio, olvidan todo resentimiento y perdonan hasta el agravio inferidoles en las memorables palabras.

X

Estos sentimientos de confraternidad irán repercutiendo cada día con mayor fuerza, y andando los tiempos quizá se levanten estatuas á Bolívar aun en tierras mismas de la península española. Esto sucederá cuando la idea generosa por que combatió Bolívar, imperante hoy en América, extienda su dominio benefactor por el viejo mundo. ¿Acaso no esté muy distante ese día!

Y entonces todo será conciliación, paz y amor entre los hijos de la gran familia que habla el idioma de España, de esa España madre del invicto Pelayo y madre de Simón Bolívar.

BALDOMERO RIVODÓ.

Caracas: 1874.



LA LITERATURA Y LA CIENCIA

—
POR GEORGES RENARD

I

La literatura y la ciencia persiguen distintos fines: la una tiende á agradar, la otra á instruir; la una busca, ante todo la belleza, la

En algunas obras puede no atenderse sino á estos dos fines: un tratado de álgebra ó de geometría requiere pocas cualidades literarias; un cuento de hadas ó un poema fantástico casi nada tiene que hacer con la ciencia; pero hay libros mixtos, que tienen doble carácter: por ejemplo, los escritos que tratan de las ciencias concretas y están llamados á dar descripciones del mundo exterior, ó aquellos que exponen alguna vasta teoría, en los cuales entra la filosofía y la historia.

En casi todas las épocas, en esta especie de dominio indiviso, la literatura y la ciencia libran encarnizado combate. La cuestión de fronteras no ha sido resuelta. Cada una sucesivamente predomina y es bastante fácil indicar como alternan sus victorias. En los períodos realistas la ciencia que comprueba, acumula y ordena los hechos reales, triunfa é invade el territorio de su vecina; en los períodos idealistas la literatura que no puede crear la belleza sin tener delante de los ojos un ideal, se desquita y vuelve á ocupar una parte del terreno que se le había conquistado. Al considerar los siglos en conjunto, pudiera decirse que la ciencia ha obtenido ventajas y engrandecimientos definitivos; pero esto no sin derrotas parciales sobre los puntos en que había indebidamente avanzado y donde no podrá jamás establecerse. ¡Duelo útil que estimula, fortifica y estimula á los dos adversarios! ¡duelo intermitente, además, que no impide entre ellas un cambio de buenos oficios cuando cada una permanece en el lugar que le corresponde. Es importante observar en los diversos momentos de la existencia de un pueblo, la naturaleza de las relaciones que ellas tie-

nen en conjunto.

II

¿Cómo puede la literatura ejercer sobre la ciencia acción benéfica y legítima? Primeramente, y sobre todo, dándole lecciones de buen decir, como sucedió en Francia en el siglo XVIII. Entonces coexistían en muchos hombres preocupaciones científicas y miras literarias, lo cual es uno de los rasgos salientes de aquella época, y un hecho de grandes consecuencias. Montesquieu estudia los animales y las plantas y piensa poner más tarde una invocación á las musas al frente de *El espíritu de las leyes*. En la Academia de Ciencias, Fontenelle, autor de tragedias y de poesías bucólicas, hace el elogio de los sabios; Voltaire presenta sus memorias sobre el fuego. En la Academia



CONDESA DE BLESSINGTON. — Cuadro de Tomás Lawrence (Pintor inglés, llamado el 2º Reynolds.—Desde la edad de 5 años se dio á conocer como pintor y fue el ídolo de la sociedad elegante de Inglaterra.)

otra la verdad; lo cual no quiere decir que la literatura al procurar, en primer término, la excitación del placer estético descuide ó desdeñe los datos suministrados por la experiencia y los resultados adquiridos por el saber humano; pues está obligada teniendo en cuenta los tiempos, los géneros literarios y el gusto de los individuos, á ponerse de acuerdo con lo verdadero y con lo verosímil. Esto no indica que la ciencia, en sus esfuerzos por aclarar el misterio que nos envuelve, haga caso omiso de la elegancia, de la corrección, de todos los atractivos que el arte presta á la exposición de las ideas y de los hechos; pues ella también, de acuerdo con los tiempos, las materias tratadas y los gustos individuales, aspira á despertar la atención de las inteligencias que quiere antes de todo esclarecer.

Francesa, d'Alembert, geómetra y matemático, lee el panegírico de los doctos; y Buffon pronuncia su famoso discurso sobre el estilo; y Diderot, enciclopedia viviente, es al propio tiempo el precursor del drama burgués y de la teoría de la evolución.

La ciencia, uniéndose de este modo á la literatura, le presta señalados servicios, pues pone al alcance de todo el mundo lo que apenas conocía un estrecho círculo de iniciados; derrama el placer, los goces y la gracia, sobre las nociones más abstractas; quita á su hermana, laboriosa, pero muchas veces pedante, su aspecto áspero, y la hace no solamente accesible á los profanos sino agraciada, amable y seductora.

Una de las glorias de la literatura francesa, acaso la que más le ha captado la admiración del mundo, es la de ser una gran vulgarizadora. ¡Verdad inútil la que permanece un pozo, aunque sea un pozo de ciencia! Es necesario sacarla, vestirla, adornarla, para introducirla en los salones, en las familias y en las escuelas; pero de este modo no solamente se le da el brillo á que tiene derecho sino se aumenta el número de las que la conocen, se despiertan las dominadas vocaciones, se incitan las que van naciendo á la ardua tarea de acrecentar la suma de nuestros conocimientos, se hace brotar una mies más abundante de sabios, porque la selección de los futuros ingenios se opera sobre un medio más amplio y á un nivel más elevado. La literatura al extender la ciencia le prepara una legión de amantes y triunfos positivos para el porvenir.

Hay sin duda una condición indispensable para que la literatura no haga mal creyendo hacer bien: que sepa subordinarse á la que quiere ayudar; que no satisfaga á costa de la verdad su predilección por la belleza. Si pretende hacer pasar al primer rango su deseo de agradar ó de divertir, que es su principal razón de ser, viene á convertirse en una especie de servidora dueña; en una aliada que manda, y, ¡adiós el provecho de su intervención! La ciencia emperifollada, engalanada, encintada, no sólo pierde la calma austera y viril, sino que está expuesta á perder al mismo tiempo la precisión, que es su cualidad esencial. A fuerza de ser embellecida y afeminada puede convertirse en falsa. Fontenelle, cuando escribía su astronomía galante, para el uso de las marquesas, rodaba sobre una pendiente peligrosa que lo llevaba muy de prisa á la astronomía romanesca; Buffon cuando describe los animales, en términos de una nobleza impecable, se ve tentado á sacrificar un pormenor de grosera apariencia á la elegancia de la frase académica.

Este peligro se deja sentir en las obras esencialmente científicas; pero es más ostensible y más grave en los géneros intermedios entre la literatura y la ciencia, tales como la historia y la filosofía. En el momento en que el espíritu literario predomina y toma la mayor parte, la exactitud es víctima de la retórica y de los efectos del estilo. Hay filósofos que reemplazan las razones austeras con efusiones sentimentales, y los argumentos con tiradas oratorias; hay historiadores que se deslizan hacia la ficción, que ponen en boca de sus personajes palabras soberbias y discursos sonoros, que rehúsan los documentos mortificantes, diciendo: —« Mi juicio está formado; » que serían capaces, como Pablo Luis Courier, de vituperar á Plutarco el que no hubiese hecho ganar á Pompeyo la batalla de Farsalia si esto podía redondear el período. Felizmente á medida que se avanza, los métodos son más severos y la separación es más neta entre las dos colaboradoras que trabajan en esta clase de escritos. A la ciencia corresponde cada vez más la constatación de los hechos particulares y generales, la investigación de los efectos y de las causas, la crítica de los textos, de las fechas y de los documentos, á la literatura el cuidado de la coordinación, de las proporciones, del estilo. La filosofía por experimental y científica que se la suponga, no estará nunca eximida de

poner toda la luz, y toda la armonía posible en la exposición de los sistemas, cada día más vastos, á los cuales va á parar; la historia por erudita y prudente que sea, no escapa á la necesidad de ser una resurrección y por lo mismo una obra de vida y de arte. Esto nos conduce al segundo servicio que la literatura presta de cuando en cuando á la ciencia, á la cual en ciertos casos se adelanta, facilitándole el camino ó á lo menos abriéndole nuevos rumbos é indicándole las direcciones.

En el dominio de la ciencia pura el hecho es asáz raro, pues no son muchos los descubrimientos sugeridos por los simples escritores. Con todo, una imaginación viva puede encontrar en el camino alguna idea fecunda. Se sabe que Cyrano de Bergerac, en su *Historia cómica de los Estados é Imperios de la luna*, indica entre otros medios para hacer subir un globo, el de llenarlo de humo: hé aquí el principio del Montgolfier más de un siglo antes de que Montgolfier existiera. El mismo Cyrano previó el fonógrafo, en la obra citada, al describir un libro usado por los habitantes de la luna:

“Es un libro milagroso en que los ojos son inútiles para aprender, pues no se necesita sino de los oídos. Cuando alguno desea leer ciñe con gran cantidad de nerviecitos diferentes esta máquina; después da vueltas á la aguja sobre el capítulo que quiere escuchar; y al momento salen, como de la boca de un hombre ó de un instrumento de música los sonidos distintos y diferentes que sirven entre los grandes lunarios á la expresión del pensamiento.” Se podría agregar entre los modernos, tal novela de Julio Verne, cual fantasía de algún poeta;—de Víctor Hugo,—por ejemplo, quien en *Pleno Cielo* presagia la invención de los buques submarinos en las navecillas aladas que verifican la travesía espantosa de uno á otro astro. Desgraciadamente esta presciencia no tiene valor sino cuando se han llevado á cabo los inventos, porque es muy vaga para servir á los que en ellos se ocupan.

En los ramos del saber humano que se dividen en proporciones iguales entre la ciencia y la literatura, es más frecuente y más útil el papel de estas vivas intuiciones que preceden á las investigaciones metódicas y lentas. Han existido videntes de la historia, que por una especie de instinto han descubierto hechos perdidos ó olvidados, cuya realidad no podían demostrar, y que, sin embargo, el porvenir ha puesto fuera de duda; filósofos-poetas, quienes, volando en alas de la fantasía, han penetrado hasta las verdades que la razón no ha encontrado sino después de un andar prudente y seguro. En las ciencias llamadas sociales, hasta hoy, más que ciencias utopías que bosquejan la figura de lo porvenir, estas visiones tienen su función necesaria al lado de los estudios sobre lo presente y lo pasado, pues no basta saber lo que es ó ha sido para decir lo que será; y si se reconoce en el hombre el poder de modificar, sea su propio destino, sea el de la agrupación á que pertenece, es preciso admitir más allá y por cima de la ciencia, desprendiéndose de ella y superándola, un ideal que tiende á realizarse por sólo lo conocido, y viene á ser de este modo la realidad en potencia, ó por mejor decir: en vía de formación.

Esta proyección atrevida de los vuelos del espíritu puede—y ello es evidente—no ser sino un desatino aventurero de la fantasía, y venir á parar en quimera, en lo imposible, si está en contradicción con hechos debidamente comprobados; pero también puede ser una prolongación lógica de lo real; una construcción que tiene sus cimientos en terreno sólido, y su remate en las nubes; una protesta legítima y útil contra la excesiva prudencia de ciertos sabios propensos á escribir al fin de sus conocimientos:—«Límite de lo que se puede saber.»

La imaginación, empero, no se detiene por las barreras que se le oponen y penetra en las regiones donde la ciencia no hubiera osado pe-

netrar jamás, pero donde un día ú otro acaba por seguirla; pues el desarrollo de la facultad inventiva y poética no es la mayor parte de las veces sino la reacción del espíritu literario contra las timideces y aún contra los pretextos del espíritu científico.

III

Es preciso mirar ahora la parte contraria, es decir: la acción que, sobre todo en nuestro siglo ejerce la ciencia sobre la literatura.

No hay necesidad de ser erudito para saber cuán inmensos progresos han realizado las ciencias desde los últimos años del siglo pasado; ni debe extrañarnos el que la literatura haya sentido hasta en la médula la influencia de este enorme desenvolvimiento científico.

La mutación grave, profunda y esencial, consiste en una especie de orientación de las inteligencias. El espíritu científico lleva donde penetra el hábito de buscar el cómo y el por qué de las cosas; el estuerzo por establecer el estrecho encadenamiento de causas y efectos; la intención de condensar tal cantidad de hechos particulares en cual fórmula general; el deseo de descubrir leyes constantes en la continuidad de los fenómenos.

En el siglo pasado, cuando la preocupación científica influía en los escritores, sus obras tomaban títulos significativos. Ya es Montesquieu quien escribe sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los Romanos*; ó Voltaire que compone su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*; al mismo tiempo que Duclos publica sus *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo* y Diderot da á luz su *Ensayo sobre el mérito y la virtud*. En todos estos libros, como en el *Espíritu de las leyes*, se descubre la voluntad de penetrar en el fondo de las cosas y de buscar bajo su exterioridad lo que pueda explicarlas. En nuestro siglo la misma preocupación se advierte en todos los terrenos por el predominio de dos concepciones íntimamente unidas: de una parte la idea de cierto determinismo universal, que ata con un hilo cada vez más visible los fenómenos que se suceden en el tiempo ó se mueven en el espacio; y de la otra la idea de un perpetuo desenvolvimiento, de una evolución regular y continua. No se necesita más para renovar los métodos aplicados á ramos que pasaban por ser exclusivamente literarios.

Todo lo que tiene carácter histórico se ha mejorado con la corriente científica tan poderosamente esparcida en nuestro siglo. La historia, que será siempre ciencia y arte, ha volcado el orden hasta entonces establecido en la proporción de estos dos elementos; ha comprendido que su primer deber está en ser la expresión de la verdad y ha llevado este sentimiento hasta el escrúpulo. ¡Adiós! lo sobrenatural que venía á romper el orden lógico de los acontecimientos! ¡adiós! el recurso de los arcanos designios de la Providencia, que cada historiador sondeaba con desenvoltura, acomodándolos á sus convicciones personales! El estudio de los textos, de las inscripciones, de las medallas, de los documentos de toda especie, ha sido, guardado con las precauciones más severas; las diversas autoridades han sido pesadas, comparadas, comprobadas, esforzándose al mismo tiempo en poner fuera de litis los hechos, materia primordial de toda historia, que han sido agrupados, coordinados, reunidos en sistema. Es cierto que el edificio del pasado tan laboriosamente construido presenta aún y presentará siempre numerosas lagunas: aquí y allá se levantan arcos colosales que no han podido juntarse; tal columna esculpida permanece aislada; pero en medio de los materiales amontonados sobre el suelo ú ocultos bajo la tierra, se encuentran algunos que colman los vacíos y vienen á colocarse sobre los sillares: el edificio adquiere de día en día mayor solidez, y ciertas partes

están cimentadas para siempre, según el deseo de Tucídides.

Lo que decimos de la historia es aplicable á la crítica. La apreciación de las obras literarias ó artísticas, que es asunto de gusto personal, varía y no puede menos que variar de un individuo á otro; pero lo que es asunto de ciencia, pura cuestión de hecho, quiero decir: el análisis de los caracteres que distinguen una obra, el conocimiento de las relaciones que tiene con las cosas de su tiempo, y hasta las causas que hacen variar de una época á otra el género de belleza, se eleva lentamente por cima de toda discusión; lo cual indica que la crítica aplicada á las obras antiguas entra de nuevo en la historia viniendo á ser parte integrante de ella, que gana por lo mismo, en certidumbre. Se comienza á hablar, en los límites que acabo de trazar, de crítica científica.

La filosofía también se transforma bajo la misma influencia. En lugar de acantonarse, como lo hace en ciertas ocasiones, en el estudio del hombre y sus destinos, se ha asignado un dominio más amplio. Ha hecho entrar el hombre en la naturaleza y se ha dado por tarea explicarlos sin separar la parte del todo. Si una ciencia, según Spencer, es el saber parcialmente unificado, la filosofía de este modo ensanchada aspira á ser la sabiduría totalmente unificada; élla piensa resumir por leyes idénticas ó análogas la formación y el desenvolvimiento del astro, de la planta, del animal, del hombre y de la sociedad. Al fijarse en este fin lejano, en este ideal perdido en las brumas de lo porvenir, ella ha debido cambiar de método. No le ha sido suficiente interrogar la conciencia y ha sentido la necesidad de conocer los resultados de cada ciencia en particular, de unir los fenómenos físicos á los fenómenos morales, de ligar, por ejemplo, la fisiología á la psicología. ¿Quién pretenderá estudiar el mecanismo de la sensibilidad ó de la voluntad humana sin tener en cuenta los trabajos de los que pesan, disecan y analizan los cerebros de los hombres y de las bestias? ¿quién desdeñaría hoy, bajo el pretexto de que la observación directa del espíritu por el

espíritu fue el procedimiento de Sócrates y de Platón, aceptar la ayuda que el médico ó el químico pueden prestar á las investigaciones mentales? Existen laboratorios y revistas de filosofía experimental, lo cual indica que el

restablecer con la exactitud rigurosa de las decoraciones, los trajes y las escenas, el hilo misterioso que une los personajes al medio en que viven. Se puede hacer notar el papel importante que asigna á los inventores, á los médicos y á los químicos, á quienes se piden prestados trozos sobre la vibración, ó sobre la licuefacción del oxígeno; y aun el empleo—en calidad de resortes dramáticos—de ciertos aparatos como el telégrafo y el teléfono; resortes que, para decirlo de paso, hubieran sido preciosos en el tiempo en que reinaba la regla de las tres unidades, pues habría permitido hacer hablar y tomar parte en la acción á los personajes ausentes.

La novela si ha perdido cierta elasticidad se ha mejorado con muchos elementos tomados á la ciencia. ¿Mencionaré á este propósito las obras que tienen por fin recrear instruyendo, ó instruir recreando, y cuyo punto de partida es alguna verdad científica de la cual saca el autor extraordinarias consecuencias? Las novelas de Julio Verne son los modelos del género. Temo que estas obras, donde lo verdadero y lo falso, lo real y lo quimérico se confunden de manera inextricable, no satisfagan, pasado cierto tiempo, ni la razón ni la imaginación; pero no quiero contristar á los que les deben algunas vivas impresiones de la infancia y le guardan agradecidos recuerdos: no es necesario ser muy severos con libros, por otra parte, tan magníficamente dorados y encuadernados, y cuya aparición fue una fiesta en la vida de multitud de hombrecitos y de mujercitas. Más vale señalar entre los numerosos escritores que han adelantado ó seguido á Edgar Poë la existencia de una quimera particular, lúcida, metódica, en que las ideas se encadenan con lógica tan estrecha que es difícil señalar el punto preciso en que se pasa de

lo que es á lo que puede ser, y de lo posible á lo imposible; y se podría recordar los argumentos suministrados á los autores que buscan historias espeluznantes en los modernos descubrimientos. Se sabe el partido que han sacado los novelistas, desde Alejandro Dumas, padre, hasta los folletinistas de los periódicos de á centavo, del sueño magnético y de la sugestión.



LA VISION DE SANTA ELENA — Por Paul Veronese

número de los hechos adquiridos aumenta incessantemente en estos dominios, como en los otros que acabamos de recorrer.

La literatura propiamente dicha no ha escapado á la fecunda invasión de la ciencia, que ha llegado hasta el teatro, como se manifiesta en los esfuerzos por destruir ciertas convenciones y ajustarse á la verdad, buscando

lo que es á lo que puede ser, y de lo posible á lo imposible; y se podría recordar los argumentos suministrados á los autores que buscan historias espeluznantes en los modernos descubrimientos. Se sabe el partido que han sacado los novelistas, desde Alejandro Dumas, padre, hasta los folletinistas de los periódicos de á centavo, del sueño magnético y de la sugestión.

Hasta ahora hemos hablado de la superficie de la novela : es en su constitución íntima donde ha sido modificada por la ciencia. Se nos perdonará ser breve á este respecto, pues ya hace largo tiempo que hemos hablado de las razones que el naturalismo ha tenido para definirse á sí mismo : "la ciencia aplicada á la literatura." Me será suficiente resumirlos.

La novela naturalista ha sido científica por el fin que se ha propuesto en su ambiciosa divisa : la verdad y sólo la verdad ; ha sido científica por el método que ha debido seguir para llegar á este objeto : acumulación de notas y de documentos, reducción al mínimum de la parte dejada á la imaginación, sustitución de la intriga hábilmente tramada y destramada por una *racha de vida* ; ha sido científica por el esfuerzo de los autores para llegar á la impasibilidad, eliminar la emoción personal y reproducir la verdad entera con la impasible fidelidad de un espejo ; ha sido científica por la obligación que se ha impuesto de trabajar sobre el modelo vivo, de pintar cerca de la naturaleza, de escoger sus argumentos en el mundo contemporáneo, de recurrir no sólo á la observación sino á la experiencia, creando la novela experimental ; ha sido científica aplicando el determinismo al trazado de los caracteres, ligando los pensamientos, los sentimientos y las acciones de los personajes á sus antecedentes, remontándose para explicarlos á los tres medios que forman individuo : medio físico, medio social, medio psico-fisiológico. M. Zola ha agrupado bajo el título de *Historia natural de una familia* una serie de obras de las cuales los protagonistas forman las ramas de un gran árbol genealógico y ha podido creer ó hacer creer que se fundaba para desarrollar sus aventuras en las leyes misteriosas de la herencia ; ha sido científica, en fin, por su voluntad de decirlo todo, por el intrépido empleo de voces técnicas, por las desnudeces y crudeces del estilo, por la precisión de las descripciones, por haber borrado toda distinción entre el lenguaje hablado y escrito ; y por el cuidado de dejar á cada uno su manera propia de expresarse.

No se trata de juzgar en este momento si los resultados obtenidos han estado siempre á la altura de las pretensiones declaradas ; lo que importa es hacer constar la tenaz resolución de que la novela sea antes que todo verídica.

El regreso de la literatura hacia la verdad, regreso que se produce más ó menos violentamente en intervalos periódicos, la salva de las frases vacías, de las declamaciones vagas, de las fórmulas convencionales y la conduce de nuevo á la tierra, enseñándola á marchar sobre un terreno sólido cuando se extravía en los espacios de la imaginación. Este cuerpo á cuerpo con la realidad le es por todos conceptos provechoso.

Pero es preciso precaverse de los abusos del espíritu científico : aficiónese á los hechos positivos de una manera estrecha, encadénese á la investigación demasiado meticulosa de las nociones exactas, y perderá la inspiración, la gracia, el estilo suave y ligero, para adquirir : en filosofía, la erudición pesada y fastidiosa que sabe á maravilla corregir un texto, pero no sentir la grandeza ó la gracia ; en historia, la monografía substancial é indigesta, que se estima y no se lee ; en filosofía, el miedo de las vastas síntesis para encerrarse en la metafísica y sus vastos problemas ; en la novela y en el teatro la disminución del numen inventivo, la frialdad, la sequedad, la vulgaridad, la cautela, la impotencia para crear un tipo superior ; en toda materia, el estilo pesado, denso, escolástico, cargado de términos abstractos ó erizado de vocablos ásperos, de todo lo que tiene de estrecho, de fastidioso, de helado y de muerto, la palabra pedantismo. Cuando la literatura llega á este punto vuelve bruscamente al ideal, á la pasión, al amor ardiente de la vida y de la belleza ; y la ciencia hace, no bancarrota, como lo creen y lo gritan las gentes de escasa vista, sino una retirada mo-

mentánea fuera de los territorios usurpados y donde pretendía mandar.

Para hablar sin metáfora : se hace en el dominio intelectual una división sobre nuevas bases entre el elemento personal ó subjetivo suministrado por el hombre y el elemento real ó objetivo suministrado por la naturaleza ; y el movimiento del péndulo que hace sucesivamente predominar el uno ó el otro, continúa sus regulares y amplias oscilaciones.

IV

He reservado para tratarlas con más extensión las relaciones entre la poesía y la ciencia, que se juzgan colocadas en polos opuestos y que, sin estar tan distantes como se dice, se encuentran, sin embargo, separadas por un vasto espacio.

Parece que la ciencia no ejerce sobre la poesía sino cierta influencia desastrosa. Escuchad el concierto de los que denuncian sus mortíferos afectos :—"Ella quita á las cosas el atractivo del misterio ; arroja en el universo un día de duda contrario á los milagros de la ilusión ; disipa al claro-oscuro propicio á la meditación ; desvanece los mitos y leyendas como una tropa de fantasmas espantados por el canto del gallo." Musset puede exclamar delante del resplandor azulado que arroja el astro que los hombres llaman Venus :

"Estrella del amor, no descendas de los cielos."

Harmoniosa extravagancia. El primer erudito nos dirá :—El planeta Venus que el poeta (horrible descuido) califica de estrella, no tiene nada que ver con el amor ; como el montón de cieno que habitamos ella gira alrededor del sol, siguiendo leyes conocidas, y no hay necesidad de dirigirla adjuraciones suplicantes para que verifique su acostumbrado camino. ¡ Atrás las vanas creencias ! ; atrás los duendes y las hadas que bailan en las forestas, las driedas palpitantes bajo la copa de las encinas, y

..... las ninfas lascivas

Que danzan bajo los bosques y las aguas

Las hadas han desaparecido, los dioses inmortales han muerto, y la poesía va á morir con ellos, matada por la ciencia.

Se ha citado muchas veces este brindis de un poeta inglés : "Infamada sea la memoria de Newton." Castigaba de este modo en la persona de su gran compatriota al que destruyó la poesía del arco iris reduciéndolo á ser un juego de luz, una variedad de prisma. Oh ! cuán admirable instrumento es la ciencia para cortar las alas á la imaginación, para marchitarlo todo, para descomponerlo todo, para agotar la fuente de las emociones, de donde brotan los bellos versos !

Enemiga peligrosa de la poesía, cuya feliz ignorancia ataca ; madre de las fábulas maravillosas ; la ciencia es para ella una aliada más peligrosa aún cuando se le ofrece como materia para hacer versos. ¿Qué dirá la formidable nulidad de esos poemas didácticos que llenaron la edad media con su estéril abundancia ? ¿Quién lee ahora esos libracos donde la cándida credulidad de nuestros antepasados amontonó cuentos de nodrizas y simplezas rimadas ? Al comienzo de nuestro siglo, en la pobreza pseudo-clásica del primer Imperio, llueven poemas del mismo género : lluvia de invierno, triste, monótona, oscura. Pacientes versificadores cantaron (si se llama eso cantar) la navegación, la astronomía, la gastronomía, cantaron hasta el alfabeto y la versificación, y sólo consiguieron componer obras bastardas á las cuales falta la precisión para ser científicas y la poesía para ser poéticas.

Sea á causa del examen directo de los resultados producidos por la ciencia sobre el espíritu, ó por el recuerdo de las tentativas abortadas en lo pasado y en lo presente, se ha creído que la ciencia amenaza hasta la existencia de su rival ; y no debe asombrarnos que ciertos sabios, dignos compañeros de los doctos que

proclaman la quiebra de la ciencia, hayan gallardamente pronunciado la oración fúnebre de la poesía.

Cuando se hablaba á Víctor Hugo de esa muerte próxima se echaba á reír y respondía :—"Algunos de nuestros contemporáneos, de seguro, agentes de cambio y notarios, dicen y repiten :—La poesía se va. Es poco más ó menos como si se dijera :—No habrá más rosas, la primavera ha muerto ; el sol ha perdido la costumbre de levantarse ; recorred todos los puntos de la tierra y no encontraréis una mariposa ; no habrá más claro de luna, ni el ruiseñor volverá á cantar, ni el león á rugir, ni el águila á cerperse ; los Alpes y los Pirineos se acabaron ; no hay ya mujeres hermosas, ni elegantes mancebos ; nadie piensa en la tumba ; la madre no ama á sus hijos ; el cielo está extinguido ; el corazón humano ha muerto." La imaginación es en el hombre una facultad no menos esencial é inmortal que la razón ; por eso la poesía no solamente guarda al lado y aun más allá de la ciencia su reino inviolable, sino sabe encontrar en ella elementos de vida y de inspiración.

El libro de oro de los sabios como la leyenda de los santos, abunda en sacrificios oscuros y en patéticas historias que deben revestirse de resplandeciente púrpura. ¿Por qué los mártires que se sumergieron en el misterio y los héroes que gastaron en la investigación de la verdad, sus fuerzas y su vida, no tendrían derecho á la sonrisa de la musa, tanto ó más que los capitanes que volvieron triunfantes al són de los clarines ó perecieron envueltos en los pliegues de la bandera ? Será porque su gloria no está enrojecida con la sangre de los demás, y en lugar de costar lágrimas irradiaron bienhechora luz ? Sin embargo es rudo y múltiple el combate que ellos han tenido que librar : combate contra la miseria y contra el hambre, como sucedió á Bernardo de Palissy y á tantos otros ; combate contra la intolerancia y contra una fe recelosa y brutal, como aconteció á Galileo ; combate perpetuo, en fin, contra la naturaleza que oculta sus secretos, que no se los deja arrancar sino por la fuerza y parece que se venga de las violencias que se le hacen, según lo demuestran los físicos heridos por la electricidad, que querían sorprender y dominar ; los químicos desgarrados por la metralla de cualquiera explosión y caídos en el laboratorio como los soldados en el campo de batalla ; y los audaces exploradores de los aires desprendidos del aerostático y arrojados sin vida sobre el suelo ó en las ondas del océano. Hay en esas victorias y en esos desastres del hombre lanzado á la conquista de lo desconocido bastante grandeza, imprevisión, valor, peligro y aventuras dramáticas para hacer vibrar el corazón del poeta.

Pero no es sólo de esta manera como la ciencia puede inspirar la poesía. Ella suscita de cuando en cuando en el hombre cierta turbación, cierto desorden que pone en lucha una mitad de él contra la otra mitad, que entrecioca la razón y el sentimiento y desencadena una especie de lucha dolorosa, de tempestad interior en la cual el pensamiento vaga como frágil barquilla contrastada por vientos contrarios. Sully Prudhomme, en su noble poema de la *Justicia*, ha condensado en un diálogo trágico el antagonismo de estas dos voces que el hombre moderno oye resonar en el fondo de su corazón : una, la de la ciencia implacable y serena que derriba sin piedad los viejos ídolos, las creencias queridas á la infancia de los pueblos, los prejuicios arraigados por una larga costumbre ; otra, la del corazón que protesta, que se entenece sobre las cosas destruidas ; proclama la inutilidad del saber humano, tacha á la ciencia de impía, la abruma con invectivas apasionadas, la acusa de esencantar la vida, y de anonadar la dicha y la virtud. ¿Se contestará que hay en esos desgarramientos íntimos una fuente fecunda de inspiración para la poesía no frívola y alegre sino

grandiosa y austera? Sully Prudhomme ha respondido con anticipación como aquel filósofo antiguo que se puso á caminar en presencia de quien negaba el movimiento.

¿Es eso todo? No; la ciencia viene á ser sobre todo poética porque transforma y renueva en nosotros la concepción del mundo, porque ha hecho nacer una filosofía más completa y más amplia que la antigua. La poesía—escribía Lamartine—será la razón cantada: hé aquí su destino para los venideros tiempos; será filosófica; será, no juego caprichoso, ligero y superficial, sino el eco profundo, real y sincero, de las más altas concepciones de la inteligencia.

La poesía será, sin duda, algo más: bien temerario sería quien quisiese encerrar la incesante movilidad del arte en una fórmula rígida; pero es cierto que ella puede y debe realizar la profesía de Lamartine. Admito de buena gana que los mitos antiguos han tenido su razón de ser, su grandeza y su gracia; que los dioses y las diosas del Olimpo, las hadas y los duendes de las leyendas populares, los ángeles y los demonios de la religión cristiana han sido para numerosas generaciones cómoda encarnación de las fuerzas desconocidas que se agitan alrededor y sobre nosotros. Es preciso, sin embargo, reconocer que estos seres amables ó terribles responden á una interpretación singularmente mezquina del universo. Los niños comunican vida á todo lo que le rodea; juzgan seres benéficos ó maléficos á las cosas cuyos efectos sienten; injurian al fuego que ven arder; se encolerizan contra la puerta que no quiere abrirse. Los pueblos—niños han razonado de la misma manera: se representan el rayo lanzado por una mano irritada, el viento desencadenado por el soplo de una boca divina, el mar agitado por una potencia á la vez individual y sobrehumana.

¿Deploramos que esas fantasías infantiles cedan el puésto á verdades más viriles y sobre todo más grandiosas?

La edad de oro, como se la imaginaron los antiguos, con sus arroyos de leche, su primavera perpetua, sus árboles de donde brota la miel, sus hombres inocentes en medio de los cuales vagaban los leones, los osos y los tigres, tan inocentes como ellos; ese idilio soso y un poco pesado, ha podido prestarse á hermosos cuadros; pero es seguro que este romance de la naciente humanidad vale menos que la realidad tal cual la prehistoria la ha podido recoger de un pasado las tres cuartas partes extinguido. Me gusta más, lo confieso, lo que nos hace entrever la ciencia actual: la tumultuosa fermentación de la vida en la superficie de nuestro planeta, la formación lenta del vegetal y del animal

en el limo condensado y solidificado; la aparición del hombre, enano inteligente, perdido al principio en medio de los monstruos cuyos enormes esqueletos nos espantan aún; el hombre errante, mudo y sombrío entre sus terribles compañeros, desapareciendo en medio de las intrincadas praderas, como la hormiga que vemos

deja ya la sensación de lo infinito en el espacio; otros se han lanzado con el astrónomo en los infinitos espacios. Andrés Chénier sigue en el eter impalpable:

Los saltos que da el cometa
De brillante cabellera.

Cuántas veces Lamartine, reflejando en el espejo de su alma la noche tachonada de estrellas, no se cernió en lo más alto de los cielos sobre las alas de la imaginación, dejando, como él dice:

..... Su pensamiento—
flotar como en un mar,
donde se mece la luna.—

¿Quién echará de menos delante de los soles que pueblan la ilimitada extensión, el tiempo en que el cielo no era para el pensador y el poeta sino una bóveda de cristal suspendida con clavos de plata? Me parece que la imaginación, prisionera bajo esta cúpula sofocante, debe dar gracias á los sabios que, al romperla, abrieron á su ofuscado vuelo el abismo azul, el océano sin fondo y sin riberas.

Al descender á la tierra encontramos que los animales, las plantas y aun las rocas no son para nosotros lo que eran para nuestros antepasados. Saint-Lambert, el mediocre autor de las *Estaciones*, ha dicho esta profunda frase:—«Los antiguos amaban y cantaban el campo; nosotros amamos y cantamos la naturaleza.» ¿Y qué es la naturaleza? No entendemos por ella solamente los campos opuestos á la ciudad; sino el gran sér viviente del cual formamos parte; un todo organizado, armonioso, obediendo á las leyes á que todos estamos sometido. La ciencia ha hecho comprender en nuestros días el sentimiento poderoso de la vida universal, ha hecho visible la inmensa fraternidad de los seres que componen el mundo. De ahí una fuente de sensibilidad para los poetas modernos; de ahí la compasión para el caballo que se tortura,

el sapo que agoniza, la flor que perece segada y se desprende con dolor de la tierra que la alimenta. Sabemos que si la naturaleza ve pasar con indiferencia nuestras alegrías y nuestras desgracias, en cambio los seres que la forman luchan, triunfan, sufren y mueren como nosotros; y estamos desde entonces ligados á ellos por un lazo de simpatía y de solidaridad.

Nos elevamos de este modo á concepciones verdaderamente filosóficas en que la ciencia se transfigura en poesía. Las grandes generalizaciones de un Darwin ó de un Spencer, el esfuerzo para producir una teoría nueva que explique el universo, la doctrina de la evolución que nos hace asistir á la formación y á la transformación incesante de los continentes, de las



ASALTO. — Cuadro de Bouguereau

caminar entre la hierva, encontrándolo todo hostil alrededor de él; selvas donde apenas penetraba la luz del sol; torrentes impetuosos; pantanos enormes donde bullían los reptiles, morada de la fiebre y de la muerte; montañas abruptas que escondían entre las nubes la nevada cima ó vomitaban fuego de sus abrasadas entrañas. Decídme. ¿El esfuerzo heroico, la paciente y lenta ascensión del futuro rey de la tierra hacia el bienestar, la luz, la soberanía y la justicia, no son cien veces más conmovedores y poéticos que las fábulas harto dócilmente repetidas de siglo en siglo?

Guiados por el gran ejemplo de Lucrecio nuestros poetas—Luis Bouilhet, Víctor Hugo y otros—han osado aventurarse en seguimiento del geólogo en las épocas cuya inmensa lejanía

plantas, de los animales y del hombre, que se aplica al desarrollo de las sociedades como al de la fauna ó de la flora terrestre; todo esto nos ha hecho volver hacia atrás suministrándonos medios de orientarnos en la espesa senda de los pormenores. Chénédollé, al comienzo del siglo XIX, desesperado de unir, como hubiera querido, la ciencia y la poesía, dijo:—La ciencia no es núbil aún. Y tenía razón: ella no presentaba entonces sino verdades desparramadas, resultados fragmentarios y casi sin lazo de unión. La filosofía los ha coordinado hoy; ella permite al pensador subir á una cumbre desde donde pueda abarcar el panorama del universo y sentir ó á lo menos presentir, la unidad en la infinita variedad de los aspectos. ¿Cómo permanecer imposible ante semejante espectáculo? Y que no se tema la desaparición de esa penumbra querida á los soñadores, á los defensores de la poesía del pasado. Vamos adelante pero no lo vemos todo; y no lo veremos jamás. Hay—dice Montaigne—la ignorancia abecedaria y la ignorancia doctoral. La una es aquella de donde parte la ciencia; la otra donde la ciencia termina. El origen y el fin de las cosas es aún impenetrable á la mirada humana; muchos piensan que lo será siempre. Sin pronunciarnos por esta hipótesis podemos decir que por centenas y centenas de años queda abierto un vasto campo á las visiones, á los ensueños, á las intuiciones del poeta.

Para concluir diremos que la ciencia y la poesía pueden felizmente unirse á condición de que el poeta sea poeta, que sepa transformar ideas en emociones, que no rime por fórmulas técnicas sino por los sentimientos experimentados por un alma entusiasta, que no se cuide de enseñar sino que trabaje por sugerir impresiones, que se apoye en los datos suministrado por los sabios, pero para lanzarse á mayores alturas; que sea, en una palabra, capaz de comprender y de aplicar el precepto de Andrés Chénier:

«El arte no hace sino versos; sólo el corazón es poeta.» ó mejor aún, que conforme á esta definición del arte propuesta por Tolstoi:—«Es un órgano vital de la humanidad que transporta al dominio del sentimiento las concepciones de la razón.»

Estas condiciones marcan el límite que la ciencia no puede franquear en su alianza con la literatura sin hacerle agravio. El historiador debe observar en cada época y en cada obra mixta si esta frontera ha sido respetada ó violada.

V

He mostrado cual entrecruzamiento de causas y de efectos liga estrechamente el desenvolvimiento literario y el desenvolvimiento científico de una sociedad. Habría terminado la tarea que me he propuesto en este artículo si no tuviera aún que señalar brevemente entre estas dos secciones del movimiento intelectual ciertas relaciones que no implican una acción directa de la una sobre la otra, pero que revelan un verdadero paralelismo en su marcha simultánea.

Se puede en toda época descubrir la analogía que existe entre los caracteres esenciales de la literatura reinante y el grupo de ciencias que predominan, de donde depende esta verdad hoy casi banal; que una sociedad en un momento dado de su existencia es un conjunto organizado cuyas diversas partes están en armonía.

Si consideramos una época en que el primer puésto pertenezca á las ciencias concretas, á la zoología, á la botánica; á las ciencias naturales ó médicas, podemos adivinar lo que serán en sus rasgos esenciales la filosofía y la literatura del mismo tiempo. El problema es fácil de resolver. Todos sabemos como pudo Cuvier por medio de algunas osamentas fósiles reconstruir el cuerpo entero de un animal cuya especie ha desaparecido, fundándose en la armonía que necesariamente ofrecen los miembros diversos de un sér viable, en lo que llaman los sabios unidad de composición. El historiador puede también operar reconstrucciones semejantes: si conoce una rama de la civilización en un momento y en

un país dados, posee ya un medio para encontrar los caracteres principales de las otras ramas, en ese momento y en ese país.

La filosofía cuando no permanece flotando en la duda; cuando no se limita á la cómoda interrogación; cuando se mezcla en afirmar alguna cosa; oscila entre dos direcciones donde avanza más ó menos según los tiempos. Ya se ocupa con predilección de la vida mental, escrita con el auxilio de la conciencia, ese microscopio interno, los pensamientos, las aspiraciones, los ensueños del alma; vuela en el más allá, persigue lo absoluto, se aventura en lo infinito, voga en pleno cielo á riesgo de perderse en las nubes. Entonces es mística, espiritualista, idealista, palabras que expresan grados diversos de una misma tendencia. O bien se afianza al mundo exterior, procede con circunspección, marcha paso á paso apoyada como en dos muletas sobre la observación externa y sobre la experiencia. Entonces no se eleva nunca por cima del suelo, y á menudo se queda arrastrándose sobre la superficie: se le llama en este caso empirista, positivista, materialista.

¿Cuál de estas dos tendencias prevalecerá cuando triunfen las ciencias llamadas naturales? Evidentemente la última. ¿Es preciso una prueba? Comparad el medio del siglo décimo séptimo al del siglo décimo octavo. Descartes dudaba del testimonio de sus sentidos, de la realidad de los objetos que ellos le revelaban: la existencia del alma y de Dios era para él más cierta que la de todo lo que veía ó tocaba. Por una transformación completa de los papeles, los filósofos del siglo siguiente se mofaban de Descartes y Diderot, Helvecius y d'Holbach dudaban de todo lo que no cae bajo los sentidos, negando el alma y á Dios. Este florecimiento del materialismo corresponde á una magnífica florecencia de las ciencias naturales; y se puede en nuestro siglo—de 1850 á 1885—observar la misma coincidencia. La literatura tiene en esos momentos cualidades que osaré calificar de materialistas. El estilo es animado, pintoresco, habla á los ojos, sabe descubrir la naturaleza, expresa con vigor las sensaciones. La novela y el teatro tienen una tendencia realista; la decoración, la trama, adquieren nueva importancia. Los escritores se dirigen á los sentidos y desdennan la fisiología por la psicología.

Se podrían buscar más adelante otras analogías curiosas entre la literatura y los métodos seguidos en el grupo de ciencias dominantes. Se vería, por ejemplo, que las teorías microbianas de un Pasteur, sus investigaciones sobre los cuerpos infinitamente pequeños, tienen por compañeros los delicados estudios de los novelistas analíticos, las sutiles anatomías morales de un Bourget, sus tentativas para entenderse hasta el más mínimo detalle, sus delicadas disecciones para demostrar lo infinitamente pequeño del corazón humano; se vería como este predominio del espíritu analítico se marca en la erudición de los tiempos por discusiones irritadas sobre un punto ó una vírgula, por multitud de trabajos minuciosos cuyos autores escudriñan con la lente y paciencia infatigable el más exiguo rincón del pasado.

Es tiempo de concluir. He conocido en mi juventud á un profesor de retórica que se vanagloriaba delante de sus discípulos de ignorar las cuatro reglas elementales de la aritmética, y es sabida la pregunta de aquel geómetra que decía después de la representación de una bella tragedia. ¿Qué prueba ésto? Me parece que sería conveniente prescindir de las estrecheces del gusto, de los desdennos recíprocos de las pretensiones exclusivas que sirven aún de campo de batalla á los programas de enseñanza. Hubiera querido, sobre todo, demostrar á los historiadores que no pueden retrasar el movimiento literario de una época cualquiera aislándola del movimiento científico contemporáneo; y he tratado de indicarles los caminos por donde deben dirigirse en sus investigaciones. Feliz yo si este pequeño ensayo sirve para ensanchar el horizonte de los que trabajan por resucitar lo pasado ó predecir lo porvenir.

POR LOS CAMPOS SILENCIOSOS...

Á ALEJANDRO VEGA.

Por los campos silenciosos del ensueño,
Tapizados de albas rosas y albos lirios;
Por praderas de albos lirios y albas rosas
Va flotando vaporoso el sueño mío.

Es un sueño que se aleja, que se pierde
En las vagas claridades del camino,
Y de nuevo se aparece ante mis ojos
Con fulgores de lejanos paraísos.

Es mi sueño, la visión radiosa y bella,
La que canta dulces cantos á mi oído,
Y parece blanco lirio ó blanca rosa
Confundida con las rosas y los lirios.

1898

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

LA TARDE

Oh! cuán alegre en la arboleda umbría
Libre el ave sus cántigas extrañas
A la callada soledad confía!
¡Qué bullente, qué rápida, qué fría!
La fuente corre entre flexibles cañas!

¡Cuán en rayos de vívidos cambiantes
La luz se esparce y llena el horizonte!
¡Cuán se quejan las brisas susurrantes
En el bosque del quebrado monte!

Y ¡cómo allá á lo lejos
El rubio prado ondea!
Y brillan de la tarde los reflejos
Sobre la blanca torre de la aldea!

Y va muriendo el día,
¡Cuán paz en el campo solitario!
¡Cuán melancolía!
Mas ya del campanario
La voz lejana siento,
Se commueve agitada el alma mía
Y levanto hacia Dios el pensamiento.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

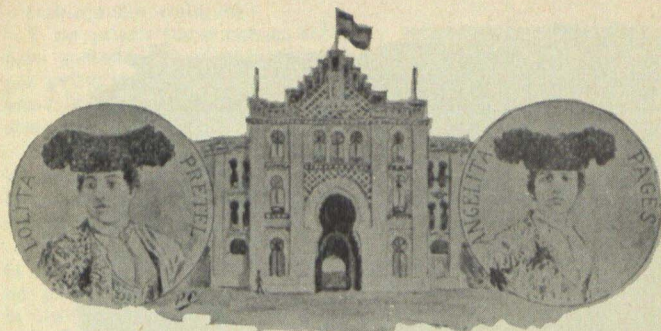
MARIPOSAS

Quando el amor envía lluvias de besos;
quando el amor sacude sus niveas alas;
quando el amor despide rayos de aurora
para las almas,
surgen en torno de los que hiere,
de los que hiere con dulce llama,
suspiros, besos, rumor de lirios
y el casto aroma de la esperanza;
de la esperanza que es una reina
blanca, muy blanca,
de ojos azules y regia veste,
de áureos cabellos y una mirada
que refleja la gloria de lo infinito
y es el poema eterno que el hombre canta!

Quando el amor sucumbe de pena y frío;
quando el amor entona tristes plegarias;
quando el amor agita sobre una tumba
sus niveas alas,
ruedan en torno de los que sienten,
de los que sienten la pena amarga,
hojas marchitas y flores secas,
y el ¡ay! se oye de la nostalgia,
de la nostalgia que es una niña
mendiga y casta
de rostro ajado por la tristeza,
de ojos que expresan en cada lágrima
el ansia de esa dicha que está en la muerte,
porque es el fin supremo de la esperanza!

L. TORRES ABANDERO.

1897.



PAGINAS PARA LAS DAMAS

(Expresamente escritas é ilustradas para El Cojo Ilustrado)

Las señoritas toreras.—Fantasías estivales.—Para el th . —La moda y el ciclismo.—Novedades prácticas.—Cinturones y botones.—La gorra alemana.—En el castillo de Suresnes.—Fecha trágica.—Una orden de la Emperatriz de Rusia.—El cigarrillo y la pipa.—Contra los privilegios de casta.—Una princesa   la moderna.— Felipe II y el Escorial.

Madrid — 1898.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Las señoritas toreras luciendo su gentileza en la plaza de Toros de Madrid, y probando su perfecto conocimiento en lo que aquí llamamos *arte nacional*, son objeto en estos días de animadas conversaciones y controversias. Nosotras, sin dejar de reconocer sus méritos, confesamos que no nos entusiasman; dista mucho del ideal de la mujer moderna que acariciamos con amor, buscando en él, la salvación de las generaciones futuras, la mujer *torero*, expuesta   mil pericances desagradables, para su sexo, en una plaza. Cuanto netamente acuse aficiones hombrunas, nos es antipático en la mujer; por eso, al consignar la aparición en la plaza de Madrid, de las señoritas toreras, no unimos nuestros aplausos   los que les prodigara la entusiasmada muchedumbre.

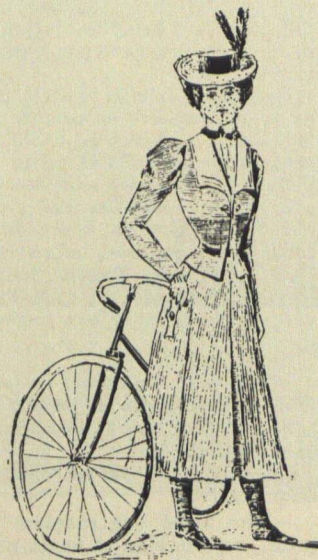


brochada   grandes ramos, el brochado azul y el fondo crema, de cuyo modelo ofrecemos   las lindas lectoras de EL COJO ILUSTRADO una ligera idea. Estos cuerpos van todos ellos escotados, al objeto de dar paso   flexibles y frescos camisolines de *surah* en distinto tono, tienen el cuello alto volado y la manga estrecha con hombrera de volantes, un tanto prolongada.

Detalle encantador de la elegancia femenina

son los delantales que usan señoras y señoritas para servir   sus invitadas los refrescos. Confeccionanse generalmente esos delantales con tegidos de seda   rayas, tienen las puntas redondas y se adornan con encajes negros. Llevan dos tirantes de cinta para prenderlos en los hombros, con lazos de encaje, y casi huelga decir, viendo el uso   que est n destinados, que esos delantales pueden ser todos de mucha riqueza y buen gusto.

Menudean las hechuras nuevas para trajes ciclistas, destinadas á las damas, y como el asunto es interesante desde el punto de vista del desarrollo que alcanza ese género de *sport*, reproducimos uno de los modelos más recientes confeccionados en sarga color maíz, de forma completamente entallada, cuerpo de irreprochable hechura, solapas forradas de de raso blanco, haciendo juego con las blancas trencillas de seda que adornan el bajo de la falda, camisa inglesa de color, con cuello Goya, y caprichoso sombrero casi plano.



Para las próximas lluvias otoñales, nuestras elegantes, que ha tiempo rechazan los impermeables ingleses, por lo que pesan y sofocan, tratan de poner en circulación unas faldas de lana fosca, que sin ser engomadas, rechazan el agua,   causa de su misma aspereza, faldas que merced á unos juegos de anillos interiores, se levantan lo bastante para sustraerse á las inconveniencias del barro. Con estas novísimas faldas, y una capa bretona corta, con aberturas para sacar las manos, se consigue para las lluvias un traje cómodo y ligero. No es muy elegante el conjunto que digamos, pero práctico s , y sobre todo nuevo. Difícil es adivinar el éxito que alcanzar , mas en Francia, ha hecho su aparición, y de momento no con escasa fortuna por cierto.

En cinturones y botones fantasía, la variedad es sorprendente, aturdidora, de los primeros se usan unos de tegido metálico, sumamente originales, y de cinta de faya con hebillas, simulando pájaros y flores, respecto á los segundos, en metal, de pasta, de pasamanería y en madera seria, se ven modelos infinitos, predominando los de óvalo alargado, con incrustaciones lind simas. Lo repetimos, la variedad es grande y muy   propósito para secundar los mil y un caprichos, que distinguen   la moda estival y entre los cuales destaca también gentilmente, la *gorra alemana*, graciosa, pequeña, ligera, con coque-tona vicera y cuyo éxito ha decidido la aristocrática colonia que veranea en San Sebastián. All  hace furor entre las damas, la gorra alemana, sustituyendo   los sombreros de mañana y de viaje cuyas formas, esta-



mos cansadas de usar. Ha fallecido en Francia en su suntuoso castillo de Suresnes, madame Worth, la viuda del famoso *modisto* que tanta boga alcanzara durante el reinado de Napoleón III, y cuyos hijos dirigen hoy las corrientes de la moda europea. Entre montones de flores, fue de-

positado el cadáver de madame Worth en lujos sima capilla ardiente. Al entierro asistieron: el Ayuntamiento de Suresnes con música y bandera enlutada, las ambulancias de Francia, y muchas delegaciones de las sociedades benéficas   que pertenecia la difunta que era por todos extremo caritativa, y será sinceramente llorada por las infinitas familias pobres que con pródiga mano socorr a. El castillo de Suresnes apareció colgado de negro el día del entierro, destacando en los fúnebres paños, entre palmas de plata, el nombre de la bondadosa difunta.

En medio de la agitación política que caracteriza el actual período de la historia española, no ha pasado inadvertido el triste aniversario de la trágica muerte del señor Cánovas del Castillo. Su noble viuda le conmemorara con hermosas obras de caridad, con espléndidos donativos   los Asilos de la villa, y mientras amigos y deudos acudian   la señorial y solitaria morada, teatro un día de alegres y cultas fiestas, para dejar en ella testimonio de su condolencia, la masa general del

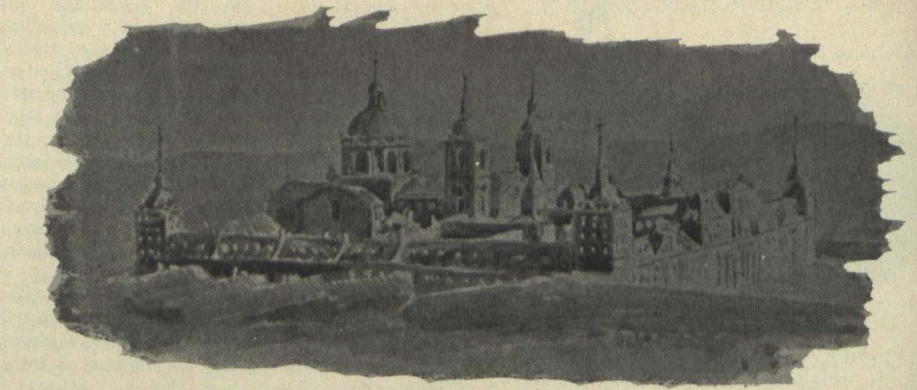


país, prescindiendo de apasionamientos de partido, recordaba las grandes dotes que concurrían en aquel ilustre estadista, y convenia en que, si hubiéramos seguido los rumbos de su política, no nos hallaramos abocados   las desventuras presentes, las más grandes registradas por España en este siglo.

Pero dejemos   un lado la indigesta política y las pesadumbres nacionales, para recordar una de las más recientes disposiciones emanadas de S. M. Alejandra Teodorovna, emperatriz de Rusia, prohibiendo en absoluto que fumen las damas de su corte. En la alta sociedad rusa, hasta ahora, todo el elemento femenino fumaba cigarrillos, desde la emperatriz viuda María, hasta la última de sus damas, de suerte que la consternación es general, y   duras penas se contiene la protesta, en fuerza de las autoritarias leyes que imperan en aquel país. A la esposa de Nicolás II, le parece insufrible una mujer cuya boca huelga   tabaco, y seguramente no es sola en opinar así. Realmente, el vicio de fumar parece más propio de hombres, por nuestra parte así lo creemos, si bien son muchas las mujeres ilustres de este siglo, que rinden culto al tabaco, entre ellas la emperatriz de Austria, las Reinas de Rumania y Portugal y la condesa de París. No es nueva la costumbre, pues en Francia, durante el fastuoso reinado del Rey-Sol, las más linajudas y bellas mujeres de su corte fumaban en pipa.   Qué horror! Las damas modernas en vez de aquel feo artefacto,

dieron sus preferencias al diminuto cigarrillo, y aquí viene de molde el conocido refrán castellano: *Del mal el menos*, es decir, de una costumbre censurable que quede lo menos posible. La mujer ha nacido, no para oler á tabaco, sino á rosas y violetas, no desmintiendo nunca su poética analogía con la flor.

La princesa Victoria de Inglaterra, hija del príncipe de Gales y nieta, por consiguiente de su graciosa Majestad, ha cumplido ya treinta años, y uno tras otro rechaza todos los candidatos á su mano que se presentan á la real familia inglesa. El último desahuciado fue el presunto heredero del trono austriaco. La joven princesa se halla enamorada sencillamente de un banquero, en quien admira la laboriosidad y la inteligencia, y como su padre no consiente que se case con quien no acuse esclarecido origen nobiliario, la interesante joven renuncia al casamiento, consagrando sus días á los pobres. Vestida sencillamente, todas las mañanas sale de palacio para visitar á sus pobres, de los cuales es protectora amorosísima. Detesta la sociedad, huye de las grandes fiestas palatinas, diciendo que los hombres y las mujeres del gran mundo, llevan una máscara en el rostro, para ocultar sus verdaderos sentimientos, y asegura que en época reciente, la genial princesa tomó parte en un *meeting* socialista celebrado en Depford para defender los derechos femeninos. La princesa Victoria tiene un hermoso corazón y un gran talento; y por eso se aviene mal con los rutinarios de clase, que tienden á limitar los arranques no-



bilísimos del alma y las dulces satisfacciones de un amor, desligado por completo de ambiciones.

Debido á la iniciativa particular, á veces la única que resuelve en asuntos de reconocida trascendencia, dentro de breves días se conmemorará en España el tercer centenario de Felipe II, de aquel soberano impenetrable, sombrío, en torno del cual gira en vano la crítica de la Historia, buscando la verdadera causa que en ocasiones informara su política. En el Panteón del Escorial, junto á Carlos V, descansan los restos del gran Felipe, y la España de hoy no es ni una sombra de aquella

nación poderosísima, en cuyos Estados nunca se ponía el sol. Mucho han cambiada los tiempos y aun las razas, pero siempre que recordamos nuestras épocas de mayor esplendor, surge de entre la neblina del pasado, la sombría figura de Felipe II, y el Escorial, su obra predilecta, cuya maravillosa estructura respeta las edades, parece en medio de su sombría grandiosidad, el reflejo, el símbolo de aquel monarca omnipotente y melancólico siempre refiado con la alegría y la expansión, como si presintiera las grandes tristezas futuras de su pueblo.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



CONTRA GULA, TEMPLANZA

La cuestión económica está sobre la mesa.

Esa es la cuestión universal.

El dinero es la eterna preocupación de los gobiernos y de los pueblos.

El que acuñó la primera moneda, ha hecho más daño á la humanidad, que el que exprimió la primera uva.

Nuestros más inteligentes financistas han tratado de conjurar, por diferentes medios, la crisis que nos consume.

Respeto debidamente sus opiniones y la lealtad que las preside, pero, á mi modo de ver, los remedios son más peligrosos que la enfermedad.

Prefiero las medicinas caseras, que no matan cuando no curan.

Yo llamaría al peón guarda-toma del acueducto de Macarao, que, probablemente, no ha leído más libro que el silabario, y le diría:

—Ven acá, contéstame delante de estos señores: ¿Qué haces tú cuando se escasea el agua, y notas que el estanque se te va quedando vacío?

Estoy cierto de que me contestaría, en tono despreciativo:

—Mire usted que simpleza! En primer lugar, reparo bien el fondo para ver si hay alguna cangrejera que tapar; y después, voy cerrando la llave hasta que salga menos agua que la que va entrando.

Hé aquí resuelta la dificultad por un ignorante!

Si hubiera interrogado á un físico, me habría contestado así:

—Si se escasea el agua por falta de lluvias, yo mandaría disparar contra las nubes cañonazos de dinamita hasta que se desgajaran las cataratas del cielo.

—Qué hombre tan sabio!—exclamaría la turba mercenaria que vive de aplaudir desatinos.

Algunos economistas no están por cerrar la llave ni por tapar cangrejas, sino por disparar cañonazos al cielo.

Ellos quieren crear fondos, para sostener las necesidades, que yo llamaría—*fastuosidades* públicas.

Crear fondos! Esa idea me recuerda el Génesis.

Sólo Dios ha podido decir—*Fiat lux*—y la luz fue hecha.

¿Sabéis lo que significa crear fondos?

Es lo mismo que decir: amontonemos dificultades y compromisos para mañana; vivamos espléndidamente y el que venga atrás que arree.

Eso han hecho los financistas de los tiempos pasados:—crearon fondos bastantes para hacerse millonarios y para echar sobre nosotros el compromiso de pagar cerca de quince millones por intereses.

Lo que crearon fue la ruina de la patria durante cien años!

Si nosotros siguiéramos el funesto ejemplo creando fondos para pagar intereses, para sostener el tren oficial, demasiado costoso y algo superfluo, y para convertirnos también en millonarios, vendríamos á parar en un pueblo desenfrenado, compuesto de indigentes y bandidos que no encontraría, quien lo levantara, ni siquiera quien lo conquistara.

La actualidad es víctima, sin ser en modo alguno responsable, de la situación que nos abruma.

Ella no es más que la infortunada heredera del desorden, las prevaricaciones, el boato y los derroches de sus predecesores.

Funesta herencia!

Es de aquellas que nunca se reciben sino á beneficio de inventario.

Y así parece que ha sucedido sin decirlo. ¿Nada aparece en la caja? pues con eso mismo se paga.

¿Y cómo ha de pagar de otra manera quien no ha encontrado ni siquiera un pueblo en marcha normal, saludable y vigoroso, sino un pueblo anémico sin fe, sin ilusiones, con el comercio paralizado, la agricultura en ruina, las artes en agonía, las ciencias desdeñadas por improductivas, las industrias en retroceso, cada hombre un desencanto, cada palabra un lamento.

El pecado viene de atrás, pero la penitencia nos toca á nosotros.

Reunid las cantidades que cuestan al país sus conductores de muchos años para acá, sus protegidos y los especuladores extranjeros y nacionales.

Haced la cuenta por millones, que es la unidad de los modernos Cresos, y decid:

Presidentes.....	tantos millones
Ministros.....	cuantos “
Recaudadores.....	“ “
Allegados.....	“ “
Favoritos.....	“ “

Y si no lo lleváis á mal, poned una partida de favoritas.

Cuando tengáis esa suma enorme, agregad los intereses que se han pagado por ella y os asombraréis al encontrar *quinientos millones*.

Si esa suma no hubiera salido de las cajas, allí estaría, ó, por lo menos, el país estaría libre de la deuda que el fraude y las torpezas le han echado encima, y tendríamos institutos nacionales de crédito para levantar la agricultura; para redimir al artesano nacional, eterno tributario del extranjero, que vejeta doblado sobre el banco, sin más esperanza que la mendicidad; para indemnizar al criador de tantos perjuicios, facilitándole vías para la exportación de su producto; en una palabra: para convertir en prosperidad general el estado de abatimiento en que nos encontramos.

¡Quinientos millones!

Y no quiero hacer cuenta del dinero gastado en pólvora y plomo por gobiernos y pueblos para sostener la lucha entre el orden y el desorden.

Tampoco quiero reducir á valores la sangre vertida, contingente que hace falta al desarrollo de la riqueza general.

Nó, yo no quiero valorar en oro la sangre de mis compatriotas; ella no puede estimarse sino midiendo la lluvia de lágrimas que ha esterilizado la tierra venezolana.

El mal está hecho.

No podemos hacer comparecer ante la justicia á los delinquentes.

La equidad demanda que, de no ser todos, no sea ninguno.

Para reunirlos sería preciso convocarlos con la trompeta del juicio final.

Hay muchos muertos ya.....

Sobre las tumbas no deben caer sino palabras de olvido y de perdón, cuando nó gemidos y oraciones.

Borremos lo pasado, para que no esté presente el ejemplo corruptor.

Si amamos la patria, y en ella á nuestros hijos, abramos vías nuevas que conduzcan al bien.

Nuestro único remedio es la economía.

Sigamos el ejemplo del guardatoma:—Tapemos las cangrejas y cerremos la llave para que la salida sea menor que la entrada.

Celebremos una tregua con los explotadores mientras nos reponemos.

Después tendrán mayor cosecha.

¡Ah! si me dejaran reformar el presupuesto!

F. DE SÁLES PÉREZ.

1898.

DESARMEMOS!



LA noticia imprevista de la proposición de desarme general hecha por el Czar, ha sorprendido al mundo entero. Se ha sentido pasar sobre la tierra un soplo refrescante y desconocido. ¡Quién podrá negar la grandeza de ese hermoso sueño de paz universal,

evocado de repente por el joven soberano? Y en qué circunstancias! Inaugura en Moscow, el monumento levantado á la memoria de su padre, y escoge ese día, esa hora precisa para hacer saber al universo por el intermedio del canciller del imperio, que es tiempo de pensar en una era bendita, en que los arados reemplazarán los cañones y en que la actividad humana deje de ocuparse exclusivamente en el perfeccionamiento de las pólvoras de guerra, y de las máquinas de tiro rápido.

Un domingo, de vuelta de algún paseo por los alrededores, el parisién al abrir su periódico se encuentra con la comunicación dirigida por el conde Mouradiew, de orden del emperador, á todos los representantes de las potencias. Y ese parisién cree que se trata de un sueño. Cómo! desde hace años, muchos años, no se le habla más que de guerra; Europa es un vasto campo ensordecido por el ruido de las armas; durante el otoño, en todos los países, masas de hombres ejecutan, al través de los campos, la repetición general de ese horrible mimodrama que lla-



PIEDAD

man la Batalla,—y si el telón no se levanta es porque el empresario vacila ante la carnicería que de repente mostraría al mundo asombrado,—y he aquí que, por la vez primera, se le habla de paz, de desarme, de progreso, de cosechas, de economías, de vida, en fin! de vida tal como la naturaleza ha querido que fuese la existencia humana, pues la *lucha por la vida* no significa el degüello, sino la rivalidad en el progreso y la senda del bienestar, bienestar físico y bienestar moral.

Y—cosa extraña—es el autócrata más absoluto, quien comparece ante el mundo entero á expresar las ideas que constituyen la fuerza y la ley de las democracias, y es de Moscow, la ciudad santa, de donde nos llega ese suspiro de paz que semeja un dulce aire de flauta del Abate de San-Pedro.

Ignoran lo que de misticismo se oculta en esas almas rusas y no saben cuánto amó ese emperador todopoderoso á su padre, el Czar de la paz. Recordáis la solemne entrevista del coloso moribundo y del Czarewitch escuchando piadosamente, recogidamente las palabras testamentarias del emperador condeñado? El rostro pálido y blanco de aquel que iba á ser Nicolás II se fijaba en la paz angustiada del gigante derribado, y los ojos azules del hijo no debían olvidar jamás la visión suprema de esa agonía de una especie de apóstol coronado.

Me parece escuchar las últimas recomendaciones del noble soberano: Quise dar la paz al mundo! Muero demasiado temprano. Júrame, que asegurarás la paz del universo." Y esa visión del padre moribundo la tuvo sin duda el hijo el domingo, cuando al caer el velo que cubría la estatua del Czar muerto, el emperador dijo á las tropas: Presentad las armas!" Luego, de rodillas ante la imagen de Alejandro III Alejandrowitch, como ante un ícono sagrado, escuchó, entre las campanas y los hurras, los sables, los cañones,

que por el viento pasaba, en el viento del norte, la palabra misma de Alejandro, conducida por el Mensajero Oficial, y escuchada, en ese mismo momento, por la tierra entera:

Es menester, con anterioridad, evitar el cataclismo cuyos horrores estremecen todo pensamiento humano.

.

Sí, esa palabra ha sido dicha, y viene de lo alto. Desde el domingo las naciones se estremecen. ¡Esperanza? ¡Estará cerrada la era del odio? ¡Estará en vísperas de realizarse el grandioso sueño de un Víctor Hugo, los Estados Unidos de Europa

Ayer, no se hablaba sino de pólvora sin humo (y no hay, dice irónicamente el proverbio, humo sin fuego); hoy, no se habla sino de desarme y asistirá el mundo á un admirable abrazo que tal vez no sea más que un inmenso beso Lamourette?

Confieso que la probabilidad de una conferencia internacional en que se trate por diplomatas expertos el magnífico y temible problema del desarme, no deja de producirme alguna vaga inquietud. Cuando los hombres de nacionalidades diversas y de temperamentos diferentes se reúnan al rededor de una mesa para asegurar la felicidad de los pueblos, temo que las naciones sufran dentro de poco la responsabilidad de esas palabras. «Qué ha pasado en el Congreso durante las seis horas de discusión, preguntaron á M. de Talleyrand—Han pasado seis horas, contestó el príncipe.

Ese congreso europeo era el sueño de Napoleón III, y en su creencia, estaba llamado á asegurar la paz universal. Reclamaba al emperador de Austria su convocación, la víspera de la guerra de Italia, cuando preparaba con Cavour la guerra de Lombardía. A menudo, mientras que los diplomáticos tabajaban sus plumas en derredor de los tapetes verdes, los soldados limpiaban sus armas en los cuarteles. Es descomponer las cartas eso de querer rehacer la carta del mundo entero.

Pero, ah! no creo que en esa conferencia á la cual ha invitado el emperador de Rusia á todas las potencias, se trate de rehacer la carta geográfica! La liniecita azul de los Vosges no debe esperar un plumazo libertador. Sería necesario, para modificar en ese lugar la menor distancia, otra cosa que no fuese la intervención de ministros plenipotenciarios. El czar quiere la paz y aconseja la paz tal como se encuentra con las victorias dirigidas desde largo tiempo por Alemania, y las tristezas, los sentimientos, las esperanzas envejecidas de la Francia.

El emperador de Rusia, aun escuchando la voz de ultratumba del emperador pacífico, ha debido, por lo demás, experimentar la sugestión de Guillermo II. Esa posibilidad, lo confieso, es inquietante. Por qué? El también, aterrorizado ante el miedo del cataclismo inevitable con la furia de armamento que nos sacude, él también, el emperador de Alemania sueña con la inmutable paz. O al menos, tiene la sensación, la convicción de que un problema nuevo se ofrece á la consideración del mundo, y de buen grado, diría él como Napoleón I, que toda guerra europea es por lo demás una guerra civil.

Allá abajo—como el gigante Adamastor—se ha levantado en la tempestad que arrebató las armadas españolas, el gigante de los Estados Unidos. Es ese espectro colosal lo que preocupa al emperador de Alemania. Contra

la América embriagada, como por un brandy más enloquecedor, de gloria militar, Guillermo II no ve sino la unión de la Europa y, él también, como el czar, llega al sueño de Víctor Hugo: los *Estados Unidos de Europa*. Esto no es una hipótesis. El emperador de Alemania ha expresado muy claramente su opinión sobre este punto especial, á un viajero que comía en su mesa, hace algunos meses, en Potsdam y ese viajero, muy calificado para recibir semejantes confidencias, era francés.

La Europa tiene necesidad de paz, porque una amenaza de guerra—lejana, sin duda, pero posible—le parece inesperada y terrible. Tiene necesidad de paz y dudo que la encuentre. El hombre es un animal siniestro. Impulsivo, no puede dejar de mostrarle, de tiempo en tiempo, su ferocidad á alguien. *Desarmemos!* dice la voz soberana. Y, ese *desarmemos!* dirigido á los pueblos, podría dirigirse á los individuos. Nos odiamos, nos desconocemos, nos injuriamos y nos calumniamos, no solamente entre naciones diversas, sino entre franceses. Es á nosotros y entre nosotros que podríamos repetir el noble grito que viene de Moscow:

Desarmemos!

El verdadero desarme, el más inminente, sería ese.

* **

Ah! sí! Las pasiones son demasiado fuertes, las cóleras demasiado violentas, los odios demasiado vivaces. No hablo de los intereses.

Entre los pueblos llamados por el czar á pronunciarse sobre esta cuestión de desarme, no es Francia, creedlo, no es la herida, la amputada, la eterna doliente—no olvidándose de su herida mal cerrada—no es ella la que ha declarado que no podía renunciar á sus batallones: es Inglaterra la que ha declarado que no desembarcará sus cañones. La marina, también, debería desarmar, y después del asombroso y terrible espectáculo de la revista de Spithead, Inglaterra sabe que con su marina domina el mundo.

Primer desvanecimiento del hermoso sueño de los Estados Unidos de Europa: Inglaterra, la libre y grande Inglaterra, se siente más *ubiquista* que insular y más *anglo-sajona* que europea. Ah! el dulce sueño que nos produjeron, en ese domingo de agosto, las campanas de Moscow. El bello cántico de amor y de paz que nos venía de allá abajo, del Kremlin, mientras que Alemania se prepara para aumentar el efectivo de sus regimientos, para colocar un nuevo cuerpo de ejército en el Rin, y nuestros soldados de la reserva se van, por los caminos de Francia, á hacer el aprendizaje de la guerra!

Ese sonido de campanas pacíficas habrá sido dulce, sin duda, al corazón de las madres, y más de una bendición femenina se habrá dirigido, agradecida, al hijo de Alejandro III. "Oh guerra, detestada por las madres," dice el autor latino, mientras que otro antiguo, el viejo Herodoto (todos pueden citarse), exclama: "La paz es la época en que los hijos entierran á los padres y la guerra la época en que los padres entierran á los hijos." Ha querido, ha soñado el fin de la guerra, el desarme general, los sables colgados del garfio, los fusiles depositados en los parques, los cañones en el arsenal, los campos destinados al trigo que alimenta, los jóvenes á los hogares donde nacen niños; él ha soñado todo eso, el joven emperador que paseó por París, en días de fiesta, su ojo azul, pensativo y muy dulce. Que sea saludado por los niños y bendecido por las madres, cualquiera que sea el resultado!

JULIO CLARETIE.



LOS TIPOS PSICO-ANTROPOLÓGICOS

DEL HOMBRE CRIMINAL



ASTA hace pocos los criminalistas no estudiaban el criminal: concentraban toda su atención y todo el esfuerzo de sus silogismos en el estudio del crimen—que consideraban, no como el episodio revelador de un modo de existencia, sino simplemente, como una infracción de las leyes. No veían en el delito sino la superficie jurídica y no trataban de buscar sus raíces profundas en el terreno patológico de la degeneración individual ó social.

Sólo el arte, más cercano á la realidad, más directamente inspirado por ella, había tentado, en los elocuentes alegatos de las Cortes, en el drama pasional, en la novela, el análisis humano del crimen. Así, él se ha adelantado á menudo, sobre todo desde el punto de vista psicológico—y en veces con la clara visión del genio—á los datos de la antropología criminal, esa ciencia creada ahora veinte años en Italia por los trabajos de Lombroso y de la escuela positivista, y que se propone estudiar la constitución física y psíquica del delincuente.

Nuestro objeto es mostrar, en los personajes inmortalizados por el arte, hasta qué punto ha sabido prever ó seguir la intuición artística las nociones adquiridas tan dolorosamente por la experiencia científica, sobre la verdadera naturaleza del crimen y de los criminales. Pues desechando las doctrinas clásicas, provenientes de una observación caprichosa ó convencional de la realidad, la ciencia nueva del crimen se apoya en experiencias directas y positivas: por modo que ella dirigirá seguramente nuestra crítica psicológica de los criminales pintados por los artistas.

La jurisprudencia clásica, desde Beccaria hasta Carrara, se ha ocupado exclusivamente de los crímenes: dejaba los autores en la sombra, atribuyéndoles un tipo único y medio de hombre semejante á todos los demás, salvo, cuando se hallaba en presencia de circunstancias evidentemente anormales como el idiotismo, la sordera y el mutismo, la locura manifiesta ó el alcoholismo extremo. Aún en el día, fuera de las anomalías previstas por la ley, los jueces no quieren ó no saben ver, en sus reos unos hombres que difieren de los demás por ciertas condiciones físicas ó psíquicas más ó menos aparentes. Su preocupación única es la de encontrar el artículo del Código más apropiado, no al detenido, sino á la falta que ha cometido. Ellos someten, es cierto, al diagnóstico de los alienistas á los autores de crímenes extraños, atroces, relativamente raros, pero deciden por su cuenta todos los otros. Y cuando más, para tranquilizar la conciencia, aplican las acostumbradas, impersonales circunstancias atenuantes, cuando se impone con toda evidencia el motivo humano del delito: la miseria que empujó hacia el crimen al campesino de pies en el suelo, los instintos desenfrenados del violento cuya educación es falsa ó nula; el hambre, la mala consejera de los desgraciados sin recursos á quienes incita á la rebelión ó á la inevitable obediencia que hierve en los bajos fondos dolorosos del mundo de los miserables.

La atenuación de la pena que entonces parece un acto de justicia, no es, por el contrario, sino uno una prueba evidente de la injusticia de los tribunales. Ella descubre la ignorancia de las dolorosas condiciones que llevan á un hombre al banco de los acusados por infrac-

ciones de la ley, cuya persistencia crónica y formas particulares que afectan según el individuo, el país ó el momento, prueban su conformidad con la vida social actual. Esa conformidad es tan grande que el arte desdefía trazar sus contornos vagos ó esfumados.

Por el contrario, la ciencia positiva se preocupa poco de las distinciones nominales, muy á menudo arbitrarias é inútiles, entre crímenes y delitos. Así, los que se han establecido entre los diversos crímenes contra la propiedad mueble favorecen á los ladrones de importancia permitiéndoles eludir el Código penal, tan severo para con los culpables inferiores. Y sin embargo, cuando no van acompañados de violencia, esos crímenes, cualquiera que sea su nombre jurídico, son semejantes á pesar de sus formas diversas: todas son apropiaciones más ó menos directas del bien ajeno.

La ciencia actual se esfuerza por poner de relieve los caracteres que diferencian á los criminales entre sí, y por expresar su individualidad física ó psíquica en el medio ambiente propio de cada uno de ellos; ella substituye, en fin, al tipo clásico, único é incoloro, diferentes fisonomías de delincuentes.

Hace ya algún tiempo que los reduje á cinco tipos principales: el *criminal nato*, el *criminal loco*, el *criminal por costumbre adquirida*, el *criminal por pasión* y el *criminal por ocasión*—y mi clasificación bio-sociológica ha sido adoptada por casi todos los sabios.

Esos tipos característicos van de una anomalía mayor á una menor; es decir, que se les encuentra más ó menos frecuentemente en medio de esa mediocridad tierna—menos numerosa sin embargo en el mundo del crimen que en el de la gente honrada—que es el coro anónimo é impersonal del drama social cotidiano.

Los criminales á quienes dí, en 1881, el nombre de criminales natos, son las víctimas de condiciones de degeneración hereditaria, de anomalías patológicas (neurosis criminal) que no se limitan á una inferioridad biológica,—idiotismo, locura, suicidio, etc.—sino que, bajo la presión del medio, se transforman en una fuerza antisocial y agresiva.

Esa figura humana había sido confusamente entrevista por la intuición popular, pero no se la había precisado hasta nuestros días; aun es negada con encarnizamiento, á pesar de las dolorosas revelaciones de la antropología criminal, gracias á la influencia del espiritualismo tradicional y superficial. Es que la ciencia actual choca contra las ideas preconcebidas de la ciencia clásica. Sus miras, por más que hayan correspondido á la realidad de la experiencia diaria, no pueden dibujarse en los lentes opacos del sentido común, en la teleta de las costumbres mentales.

El público, gracias á las crónicas judiciales y á las obras de propaganda, conoce ahora el tipo psico-antropológico del criminal nato. Pero lo considera siempre como un sér fríamente feroz, y esto es un error. El criminal nato puede ser un asesino tranquilamente salvaje, un depravado violentamente brutal, un refinado de lo obscuro á consecuencia de una perversión sexual proveniente de su defectuosa organización física, y puede ser también un ladrón ó un falsificador. La repugnancia á apoderarse del bien ajeno, ese instinto desarrollado lentamente por la vida social en la colectividad, le falta casi en absoluto; pero no es bastante inteligente para substituir á la sencilla, evidente substracción de una cartera, una explotación hábil, civilizada é impune como los artificios de las empresas pseudo-comerciales, las especulaciones sobre valores, el juego de Bolsa, etc.

Voltaire anunció un día que iba á contar la historia de un ladrón célebre: "Hubo en otros tiempos un banquero," dijo, y como se le pidiese la continuación de su relato, respondió: "Pero . . . ha terminado."

El criminal nato está en veces dotado de una inteligencia superior á la de la mayor par-



te de sus congéneres. Puede aun mostrarse, en un cierto orden de manifestaciones intelectuales, superior al tipo medio de la humanidad. En este caso, no infringe ningún artículo del Código, aun cuando queda siendo un sér inmoral, ó más bien, "a-moral" un sér antisocial, una de esas criaturas que Dumas hijo, llama, en una comedia célebre, los vibriones de la sociedad: muy hábiles para robar el bien ajeno sin tocar la bolsa, como para matar sin necesidad de emplear el cuchillo ó el revólver.

Habiendo sido el tipo criminal esclarecido recientemente por la ciencia, es muy natural que no se le encuentre á menudo en las obras de arte.

Para concebirlo antes de la definición exacta que de él ha dado Cesare Lombroso, se necesitaba el genio de un Shakespeare ó el de un Dostoiewsky, el maravilloso observador de los galeotes siberianos, ó el talento de un Eugenio Sue, el hábil pintor de los bajos fondos de París. Pero en el día, ha entrado en los dominios del arte contemporáneo, gracias á un gran número de obras, y sobre todo, á las de Emilio Zola, inspiradas en la antropología criminal.

Además de los estigmas físicos muy aparentes, sobre todo en la fisonomía, se observa en esas especies de criminales una ausencia completa ó una atrofia congénita del sentido moral—esa fuerza directora que determina la conducta del individuo frente á la sociedad.

Ese sentido es, en parte, el resultado de la experiencia adquirida en la concurrencia social; y está en su naturaleza el ser hereditario. Esa herencia, ese instinto, es anulado por un estado patológico conocido por una neurosis cercana de la epilepsia en los criminales natos, que son todos moralmente locos.

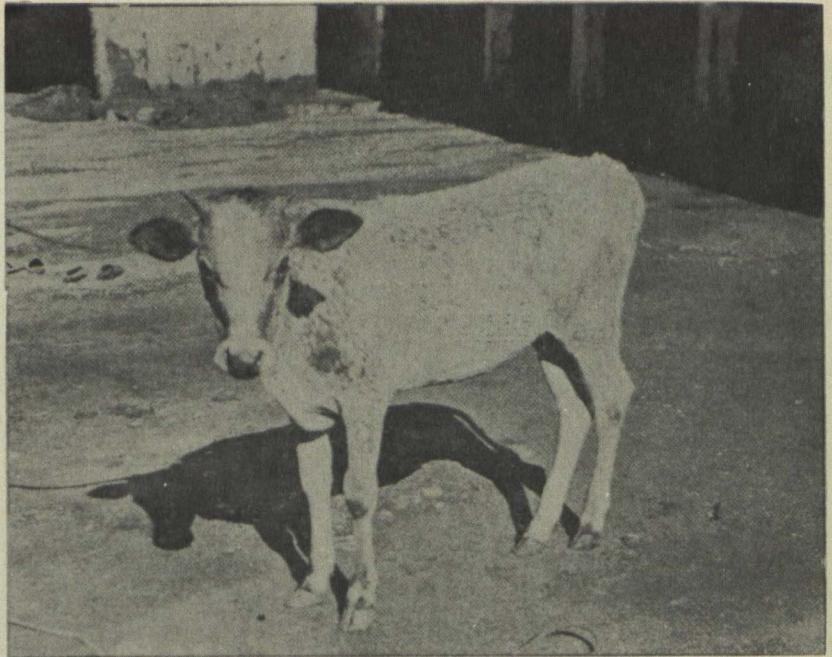
Su locura moral no destruye su inteligencia que es, á veces, por una compensación de la naturaleza, superior á la del tipo medio de la clase social á que pertenecen. Pues se puede tener sentimientos altruistas muy desarrollados y una inteligencia muy mediocre, y se puede también estar desprovisto de sentido moral poseyendo facultades intelectuales imperfectamente equilibradas, sin duda, pero muy sutiles, muy lúcidas, muy poderosas para el mal, debido á la ausencia de los frenos, de los obstáculos que detienen al hombre honrado. Esos frenos, por otra parte, constituyen desgraciadamente una debilidad más bien que una fuerza en nuestro sistema económico de concurrencia libre, es decir, de antropología disfrazada é indirecta. Dante decía con razón:

"Cuando la fuerza del razonamiento se junta á la mala voluntad y al poder, es imposible resistirle."

No solamente está dotado á menudo el criminal nato de una inteligencia superior, sobre todo cuando se inclina al fraude antes que á la violencia, sino que sus sentimientos mismos, fuera del sentido moral, pueden ser cuasi normales. Aún más: si las manifestaciones sentimentales puramente egoístas, el deseo de venganza, la avaricia, la vanidad, por ejemplo, están en él exasperadas de continuo por la insensibilidad moral; sin embargo, no ignora siempre los sentimientos ego-altruistas: los afectos de familia, los accesos de prodigalidad, de lealtad ó de justicia . . . cuando puede mostrarse justo sin dejar hipertrofiado su yo.

He tenido oportunidad de demostrar, en un estudio psicológico del homicida nato, que la aparente regularidad de su inteligencia y de sus sentimientos puede velar de modo tan completo su personalidad, su profunda insensibilidad moral, que su verdadero carácter se les escapa á quienes desconocen la psicología experimental.

Es muy difícil, por otra parte, recoger los caracteres físicos que le son propios, á no ser que se hayan aplicado por mucho tiempo los datos de la antropología fisonómica en la vida



1ª ternera inoculada en el Instituto de vacunación gratis fundado por la Cámara de Comercio de Valencia

usual y entre los huéspedes de los calabazos y de las cabañuelas.

El tipo del criminal loco es más fácil de reconocer, al menos en algunas de sus variedades, más raras de lo que generalmente se le supone, pero más evidentes aun á los ojos inexpertos.

En realidad, si á menudo se encuentra en todo hombre normal un granito de locura, la patología normal está siempre acompañada de un desequilibrio mental más ó menos grande, según el grado de anomalía, en los seres anormales. Pues el crimen y la locura son dos ramas del tronco único de la degeneración humana, de donde provienen, además, la tendencia innata al suicidio y á la prostitución, y todas las formas y todos los grados de las neurosis y de las psicosis.

Pero se designa generalmente con el nombre de criminal loco al hombre en quien la neurosis criminal está aliada á una variedad de enagenación mental exactamente definida por los cuadros clínicos, más y más completos desgraciadamente, de la psicopatología.

Pueden distinguirse dos géneros principales de criminales locos, considerándolos como lo hacemos nosotros, desde el punto de vista de la impresión que producen en la conciencia del vulgo y en la del artista.

Cuando se habla de locura, el hombre se imagina un sér atormentado por un delirio violento, incoherente, que se traduce en actos y palabras, ó bien un individuo sumido en una estupefacción inconsciente é idiota. El público de los tribunales y de las Cortes y la mayor parte de los magistrados desearían comprobar la una ó la otra de estas formas clásicas y simples de la enagenación mental, antes de admitir la locura de un criminal: pero la enagenación evidente y completa es relativamente rara en la infinita variedad de las manifestaciones y de las desviaciones biológicas.

También, el segundo género de locura es más difícil de precisar, casi inaccesible en la multiplicidad de las formas.

La locura, como el crimen, sigue una evolución paralela á la de la sociedad y se torna incansablemente menos brutal y más intelectual. Los que á su vez están atacados de una enagenación mental y moral poco aparente, de una desviación ó de una ausencia apenas perceptible de ciertas facultades intelectuales, son muy á menudo tratados como culpables y perversos por sus familias y sobre todo por la

opinión pública y por los magistrados. Es que ellos no difieren muy sensiblemente del tipo medio de la humanidad y que es necesario, para relacionar sus acciones inmorales con su causa verdadera, poseer nociones bastante raras de patología psicológica.

Prevalecen en el criminal loco ya el desorden de las facultades intelectuales, ora el desorden de las tendencias morales. En este último caso se verifica lo que Verga, en el proceso Agnoletti, llamó con una palabra poco sugestiva, pero exacta: "la locura razonante." Es que entonces, realmente, el razonamiento y la lógica formal son regulares en apariencia, á pesar de la enfermedad profunda de los sentimientos y de las pasiones.

Es natural que los artistas se hayan ocupado poco del criminal loco.

Por una parte, la enfermedad de los locos lúcidos, esa forma congénita y más ó menos completa de degeneración, no ha podido ser estudiada y exactamente definida sino últimamente, gracias á los notables trabajos de Morel sobre la degeneración humana. Era imposible que los artistas distinguiesen un íntimo desorden patológico bajo caracteres exteriores poco normales, cuando solamente podían guiarnos los luces del sentido común,—y la elocuencia del arte debió necesariamente desdeñar la explotación de ese contraste espasmódico del alma humana.

Y por otra parte, cuanto á la variedad de los criminales evidentemente locos, no podían ser ellos artísticamente interesantes en una época de fe espiritualista. Pues, cuando se admite el libre albedrío, se puede considerar muy bien la locura como una enfermedad ó una desgracia (esta verdad es generalmente reconocida desde hace un siglo) pero se considera el crimen "como una falta." De suerte que, para el público, el criminal loco es una antinomia viviente: si está loco, dicen, no es culpable y este punto de vista paraliza casi siempre la creación artística.

En las obras de arte, el criminal loco es bastante raro, y con excepción de Hamlet, muy poco significativo. Su tipo se escapa al ojo preocupado del artista ó se le aparece bajo los caracteres de un personaje convencional y lastimero, idiota, inconsciente que, en la trama fantástica de la novela ó del drama, ejecuta un acto extraordinario ó providencial.

También mira el arte con desdén al criminal por costumbre adquirida, y no se les en-



EN ESPERA — Por F. A. Bridgman

cuentra sino en las novelas y dramas especialmente destinadas á describir los bajos fondos de la sociedad.

Es que, en efecto, ese criminal es esencialmente antiestético. Padres miserables lo han abandonado ó excitado al libertinaje, ó entregado á empresarios más miserables aún que han vivido con el producto de su mendicidad, y el ejército de alcohólicos, de ladrones, de asesinos que encierra toda gran ciudad, ha terminado por enganchar á ese miserable recluta.

Desde entonces, el desgraciado ha conocido las jornadas de prisión, costosas y maléficas, y la vigilancia de la policía, esa persecución fatal é ineficaz—y ese "náufrago de la sociedad," producto de la degeneración social más bien que de la patología individual, ha vivido en una continua y nauseabunda alternativa de delitos mediocres y de reincidencias irreparables.

Como ese criminal se da rara vez á un exceso de obscenidad ó de barbarie que dirija sobre él la atención del público, el fango donde se agita, en las ciudades más grandes, es desdeñado por los artistas, á menos que no soliciten ellos en el mundo de la baja criminalidad, el asunto para un estudio directo ó el cuadro verdadero para un Rocambole romanesco ó convencional.

Los otros dos tipos criminales —el criminal por pasión y el criminal por ocasión—suministran por el contrario al arte asuntos explotados hasta la venalidad de las repeticiones de "buen gusto."

Es que desgraciadamente interesan más los criminales que las gentes honradas. La descripción de una vida normal se nos antoja insípida y, por otra parte, un instinto profundo de conservación hace que prefiramos conocer los rasgos característicos del criminal temible que los del hombre honrado que por ningún respecto debemos temer.

Sin embargo, en el día, el arte no se ocupa ya exclusivamente del crimen y de sus consecuencias.

Si continúa describiendo monstruos, locos, *detraqués*, pervertidos, tiende, de igual modo, á hacer interesantes la turba de las gentes, la legión dolorosa doblegada desde hace muchos siglos bajo el yugo brutal de la miseria.

El criminal de ocasión, que ha sido á menudo, pero superficialmente estudiado por los artistas, presenta, ciertamente, anomalías orgánicas y psíquicas, pero menos graves y numerosas que las de los demás criminales. No temos, por otra parte, que el hombre perfectamente normal no existe ni en el orden fisiológico ni en el orden psicológico.

Los retratos de adúlteros más ó menos profesionales, de falsificadores circunspectos ó no, de calumniadores hábiles abundan, es verdad, en las novelas y las comedias de fábulas tan poco variadas como las fisonomías de sus héroes; pero, salvo raras excepciones

nes, carecen de relieve. No existen en el criminal ocasional contrastes psicológicos suficientes para determinar un análisis artístico profundamente minucioso y sugestivo. Pertenece él, en efecto, á la numerosa mediocridad del mundo antisocial. Indeciso entre el vicio y la virtud, va del uno á la otra según los menores empujes de su medio, y su moralidad incierta es incapaz de resistir las tentaciones. Parece que fue, hecha para él la hipótesis famosa de J. J. Rousseau: "Si bastase, para llegar á ser el rico heredero de un mandarin que no se haya visto jamás y de quien no se haya oído hablar y que habitase en los confines de la China, tocar un botón para causarle la muerte, cuál de nosotros no tocaría ese botón? . . ."

El arte, que vive de la representación de los sentimientos, no ha desdenado jamás el estudio de los criminales por pasión. Los artistas han anotado con una emoción simpática contrastes sorprendentes y relativamente fáciles de asir entre el crimen atroz y la pasión fatal, á menudo excusable, no innoble ni tampoco sublime que, en una tempestuosa fiebre psicológica, arroja al crimen á una criatura humana y destruye una moralidad sólida ó muy cercana de la solidez media.

Y nuestra atención, naturalmente aguzada por la secreta convicción de que obraríamos de idéntico modo en circunstancias parecidas, ofrece sin cesar nuevos alimentos á las inspiraciones múltiples del arte.

Es este el motivo porque los pinceles maestros han cubierto frecuentemente con colores admirables el crimen pasional que no deja de ser un crimen, cuando todo se ha dicho.

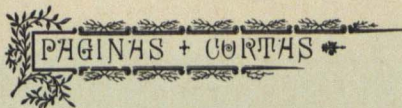
No hay casi nada de anormal en el hombre que se hace asesino por amor, sobre todo, cuando atenta inmediatamente contra su propia vida, ni el infanticidio provocado por el abandono de un seductor, ni en la rebelión franca contra una sociedad indulgente de ricos infames y sin entrañas para con los mártires anónimos del trabajo cotidiano y forzado—ni en el hombre que venga el honor de la familia ó el amor filial atrocemente ofendidos. Una débil anomalía basta para producir estos crímenes: una sensibilidad, una impulsividad demasiado grandes que provienen de una irritabilidad excesiva del sistema nervioso. Pues el hombre verdaderamente equilibrado no llega hasta la violencia fratricida sino en la inevitable necesidad de defenderse: ese hombre puede ser un pseudo-criminal, jamás un criminal verdadero.

El criminal por pasión se encuentra, las más de las veces en plena juventud, en la edad en que las pasiones dominan. Ha llevado una vida regular é irreprochable; es de carácter apacible—el vinagre hecho de un vino dulce es el más fuerte, dice un proverbio toscano. Su sentimentalidad, soñadora y romanesca, no posee nada de la prosa del tipo humano contemporáneo. Tiene un ideal: no vejeta simplemente como vejeta el común de los hombres, en la esclavitud secular de la gleba ó de la fábrica, ó bien en la burocrática y obscura tranquilidad de una vida miserablemente tranquila, ó en la incasante caza del dinero, entre las sorpresas del comercio ó de la especulación y en el temor calenturiento de los golpes de fortuna. Sus pasiones, bellas flores venenosas, atraen la mirada de la muchedumbre en la crónica diaria, é inspiran la meditación creadora del poeta.

Aun, en este último, gracias á una similitud de temperamento—documentada por la cifra elevada de los delincuentes artistas—la afinidad electiva es más fuerte con los criminales por pasión. Esa afinidad la han reconocido todos los poetas y sí, por una parte, Lucrecio, el gran naturalista, la expresó en el famoso "homo sum et nihil humani a me alienum puto," el cantor afeminado de Didon la admitió implícitamente en el no menos famoso:

"Non ignara mali miseris succurrere disco"

ENRICO FERRI.



Nueva York: 23 de setiembre de 1898.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.



OR una de esas coincidencias que nadie podría explicar, pero que impresionan y le ponen á uno á meditar sobre los misterios que rodean la vida, dábame yo al triste goce de hojear y releer cartas y papeles viejos, ajados y amarillentos que guardo en los cajetines de mi escritorio, como se conservan en los columbarios las cenizas queridas; y en la religiosa tarea de evocar recuerdos en ese cementerio de palabras estaba embebecido, cuando vino á interrumpirme la llegada de mi correspondencia de mi querida patria, siempre deseada; y siempre temida, porque de algún tiempo acá, sólo me traen noticias de seres amados que han fenecido.

En esta vez, se trataba de una noble y dulce amiga: la señora Cimodocea de Marcano, viuda de Vicente Marcano, nuestro ilustre compatriota, para quien todos los días serán el ayer de su llorada muerte.

Con el corazón oprimido, continué en la exhumación de mis recuerdos escritos, y á poco dí con el papel que es objeto de las presentes líneas. Es un cuento inédito de Vicente Marcano, dedicado á la amante compañera de su entonces prometedor existencia, trazado en las horas nostálgicas de su estadía en París, inspirado en el amoroso y tierno recuerdo de sus hijos.

Llegó á mis manos esa bella producción en momentos muy agitados de mi vida, y quedé ella inédita, junto con mis ideales, silenciosa como mis esperanzas, desterrada y oscurificada como mi persona.

La coincidencia referida viene á dar triste oportunidad á ese juguete de poesía y de ternura de mi queridísimo amigo; y yo he pensado que en ninguna parte estaría mejor alojado que en las columnas de EL COJO ILUSTRADO, en donde se vive edificando monumentos gloriosos á nuestras notabilidades dignas de ellos; en donde se rehabilitan, para honra y ufanía de todos, los méritos del talento, de la probidad, del patriotismo y del saber, para que las generaciones nacientes no los juzguen por la fisonomía que tomaron al calor de las pasiones políticas, que todo, por el momento, lo desfigura.

Va, pues, acompañado de estas líneas *El Ave viajera*, de Vicente Marcano. Acepte el presente de este hallazgo EL COJO ILUSTRADO como tributo que me complace en rendirle á su noble propaganda de cultura, civilización y justicia; y al mismo tiempo, téngase como un nuevo homenaje de mi cariño á la memoria de su malogrado autor, hoy que se renueva el dolor de su pérdida con la de su dulce y virtuosa compañera.

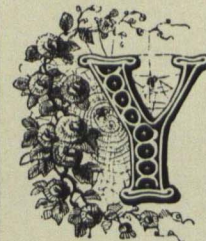
N. BOLET PERAZA.

CUENTOS

N.º 19

EL AVE VIAJERA

(A MI ESPOSA)



o no sé, qué diablos pueda estar haciendo; ha salido á la calle y mucho temo que el asado se quemé y..... son más de las seis de la tarde—¿qué podrá estar haciendo? Vamos, pongamos punto al trabajo, pues ya veo que el reloj del estómago es

exacto y no tiene necesidad como el de la Catedral de Caracas de que Elías Delgado vaya á dar un impulso á su perezosa aguja ó á poner un freno al furor de su impetuosidad tropical; es imposible que la inteligencia se concentre á considerar la posición que ocupa el átomo de carbono en la molécula de benzina, cuando el estómago la obliga á precisar el puésto que debe designarse al melón en la comida para que la digestión se efectúe á pedir..... á pedir de estómago—¿por qué no?—cuando está probado que este tiene boca?

Pero, ya caigo, apuesto que Gorgina ha salido en persecución de algunas fresas. Tiene razón, el plato de crema que he visto sobre la mesa del comedor necesita que el rojo subido de la violeta de los bosques, venga á desleírse en su marfil, para producir el apetecido tono color de rosa. Entonces, la ilusión es perfecta, cada cucharada de la mezcla que uno acerca á la boca, simula, al menos en su parte plástica, el beso dado sobre unos labios de quince años. En fin, ya está ahí; ese campanillazo tímido, revela que ha dejado olvidada la llave y tiene pena en molestarme.

Abrámosle la puerta de entrada para que lo haga ella con la del comedor.

Aquella dio acceso, no á Gorgina, sino á mi amigo X quien, cuando se lo permite la tiranía del periódico en que escribe, suelo sobreponerse al egoísmo natural y venir á comer conmigo.

Para llenar el tiempo de la manera más vacía posible, hasta que la mesa estuviera puesta, nos apoyamos. mi amigo y yo sobre el antepecho de la ventana, y con la vista escudriñábamos los interiores de las viviendas vecinas, comunicándonos nuestras impresiones simultáneas, las que á veces nos hacían reír como unos descosidos.

En el primer piso se veía una joven en vuelta en un largo delantal, que pintaba delante de un cavalete.

—¿Qué fea es!—dije yo cuando volvió la cara.

—Si sus cuadros se parecen á ella, no la estímulo á que concurra para el premio del Salón—si acaso para el de la cocina—repleció X.

En el piso enfrente, una joven blanca, hermosa, de cabellos negros, sentada cerca de la ventana, contemplaba con embeleso maternal, un niño, que parado sobre sus rodillas, tenía dos manecitas, rosadas como un durazno, para asir el prendedor que aquella llevaba al pecho y que ponía fuera de su alcance con un ligero movimiento de espaldas.

A cada tentativa infructuosa prorrumpía el niño en una carcajada, de esas particulares á la infancia, de timbre tan cristalino, de emisión tan franca, que revelan una alegría despejada, como la del cielo de los trópicos en un día sereno.

—Tú ves—me dijo X señalándome la madre,—hace un momento se asomó y al vernos se ocultó de nuevo; ¿á que no sabes para qué?

—¿Qué sé yo?—dije distraído.

—Para quitarse del peinado los papelillos.

No me hizo reír el epigrama de mi amigo.

—Así estaría el mío, pensé; ya tendría tres años. ¡Si al menos tuviera los otros á mi lado!

El ave viajera, se había posado sobre sus alas; mirando atrás contemplaba, lejos, muy lejos, el nido en que en descuidada algazara se rebullían contentos sus polluelos, incautos, sin echar de menos el que faltaba de la anterior nidada.

—La comida está en la mesa—dijo Gorgina desde la puerta.

—Nunca he estimado á mi sirvienta más oportuna: su interrupción me dio pretexto para hacer como que cerraba la ventana y disimular una lágrima que impertinente, pretendía desprenderse de allá donde las destila el corazón.

VICENTE MARCANO.

París: julio de 1878.

Arturo Michelena

(POR GERÓNIMO MALDONADO, H.)

Regularmente nada me impresionaba, por grande que sea, la consumación de un suceso.

Vivo convencido de lo que es el mundo: una gran mentira dibujada á colores esplendentes y grandiosos, á veces fermentación negra en donde van á ahogarse todas las buenas ilusiones; por eso me importa muy poco que muera un individuo ni que le vaya una desgracia á otro; que surja algo ó que se hunda; que brille ó que oscurezca. Creo que ser así es más sincero que decir lo que no se siente.

A pesar de eso, la muerte de ARTURO MICHELENA me ha amargado horriblemente; en mi cerebro se produjo un no sé qué gran desvanecimiento como de ebriedad enloquecida; y sentí en el corazón algo como el golpear inusitado de un timbre eléctrico, como aporreamiento de catarrata despeñada de cumbres.

Y es que la caída de ARTURO no se me asemeja á la de otro humano; la suya me parece el arrancamiento brusco del coloso, la caída pavorosa del Genio; porque al sobrepasar el nivel común formóse estatua de inmortal; fatigó el elogio en extensión de dos Continentes; quebrantó la Fama con el peso de su gloria; y empobreció la Luz con las inspiraciones de su alma.

Su tumba . . . no habrá tumba capaz de soportarlo.

* **

Arrastrado por el prestigio de su nombre, quise conocer á MICHELENA sin ser presentado. El pintaba y yo escribía: ambos artistas; pero él en más alto grado, me tocaba buscarlo. Un amigo me lo señaló en una calle de Caracas. Plantémele de frente mientras él se entretenía en pasear la mirada soñadora por las crestas del Avila. Me pareció muy enflaquecido y muy pálido, como si sólo el espíritu, alma de artista, lo mantuviese en pie. De vez en cuando lo oía toser, una tos ronca y seca y maquinalmente se me fue estrechando el cuello, comprimiéndose como si les faltará aire á los pulmones, tal vez por la visión de aquel fin trágico, por el vértigo de aquel abismo



FOTOGRAFIA DEL NATURAL

negro, que yo veía abierto delante de sus pies.

Cuando bajó los ojos, aquellos sus ojos de astro, los clavó en mí y sonrió. ¿Me habría comprendido? Es lo cierto que cegado por su mirada continué mi camino, pensando siempre en el pintor ilustre, en el estado agonizante en que me era dado contemplarlo, en lo horroroso de su pronta finalidad de hombre.

Después . . . después supe como se separaba de la capital en solicitud de aires vírgenes y sanos.

Yo también dejé, á poco, á Caracas, y en este alejamiento esperé á cada paso, noticia del artista enfermo. Pero en vano: la prensa que era la llamada para narrar la historia diara de aquella lucha entre el coloso y el microbio, guardó recogimiento absoluto, un silencio tenebroso de sepulcro.

Durante ese intervaio de incertidumbre intenté cantarlo, dedicarle una página siquiera; pero el recuerdo de aquella su mirada de fuego, me detenía la mano temblorosa. Pensaba que mis pobres flores habrían de parecer delante de las suyas, un manojo de rosas muertas, delante de un altar de cayenas ensangrentadas y de jacintos olorosos; una plegaria de huérfano formando contraste con el himno encendido del entusiasmo y de la vida.

Días más tarde EL COJO ILUSTRADO trajo en la primera página el retrato de MICHELENA, y á la vuelta la noticia de su fallecimiento. Al fin había vencido el espectro hambriento de vidas, histérico segador de hermosas existencias!

Derrotado en la cruel y dolorosa jornada, el grande hombre devolvió al seno de la que le dio carne, los despojos queridos: su espíritu, en vuelo luminoso, fue á sentarse en la montaña de los elegidos de la Gloria!

* **

Desde aquí contemplo, más allá de los espacios infinitos, el egregio alcázar, magnífico de ornamentales pompas. De astros incendiados son sus lámparas; de excelsitudes artísticas, el tapiz que lo engalana. En el pórtico resuenan las orquestas; el altar resplandece como un sol y allá en el centro, presidiendo el congreso de los dioses, Rafael armado de los pinceles que enloquecieron á Lucrecia. Un mancebo garboso en el porte, en la acción gallardo, se acerca con paso regio como de un emperador, por entre filas de invictos precusores. Va coronado de amarantos, viste de púrpura, y en la mano, como escudo refulgente, el prodigio de *Penthesilea*. A su paso rompen en soberbios ditirambos las hadas celestiales, estallan en perfumes las hinchidas cornucopias y los turbulos de oro. Rafael, de pie, lo estrecha entre sus brazos y lo sienta á la derecha, y entonan, en coro, las arpas de la Inmortalidad!

La cuestión del toro

I—EN ESPAÑA

Es en España, bajo el espléndido sol de julio.

Grandes arenas, en las que doce mil espectadores, cautivados, anhelantes, siguen las peripecias de una corrida á muerte.

Frente á mí, en un deslumbramiento, toda la zona ardiente en que cae el sol; de arriba abajo del inmenso anfiteatro, por millares, cabezas que parecen apretadas unas contra otras; anchos sombreros, boinas, mantillas, pañuelos blancos

que se agitan, ó abanicos de papel rojo; y por sobre todo ese bajo pueblo vestido de vistosos colores, la potente luz de los veranos españoles.

Del lado de la sombra en donde me encuentro colocado, una multitud más selecta, pero también compacta, también partidaria ardiente de la antigua fiesta nacional. Luégo, detrás y por encima de mí, las tribunas en donde se instalan las señoras elegantes; tendidos de toilettes lujosas y frescas; filas de rostros morenos, de grandes ojos negros, delicados, bajo la clásica mantilla y el alto moño clavado de flores naturales.

En el aire, una alharaca de ruidos y de gritos; músicas que alternan, unas de cobres, otras de tambores y dulzainas; de tiempo en tiempo, silencios angustiosos, estremecimientos que corren como un calofrío de fiebre,—de pronto, silbidos irónicos, ó bien, el clamor formidable de la multitud, que hace retemblar todo como un trueno.

A una larga y desgarradora señal del clarín, pisa la arena el tercer toro; alta la cabeza y los cuernos; galopa soberbio, ligero, rápido, semejante á una soberbia gacela enfurecida,—y un murmullo de aprobación en la turba acoge su belleza de bestia combatiente. Bajo el peso de los caballeros guarnecidos de bordados, caballos macilentos, borrachos de avena y que pronto rodarán con el vientre abierto, hacen alegremente en redor de la pista, el postrer paseo. Van los toreros resplandecientes de oro, saltando en el sol ó en la sombra, ellos también soberbios; con movimientos fáciles y llenos de gracia, despliegan sus capas rojas frente á la amenazante cornamenta, evadiendo la muerte con pequeños saltos de lado, ó, más desdefiosamente, con simples flexiones de caderas. Y el toro se admira ó se divierte, por no encontrar ante sí sino la inconsistencia de las mantas

que vuelan, siempre el vacío, siempre la nada . . .

Al principio, aquel juego de espanto parece encantador, una cosa graciosa, ligera; se diría la lid más inocente de velocidad y elegancia entre la fiera y el hombre, á no ser por las charcas de sangre que han quedado aquí y allá de las corridas anteriores, mal cubiertas por el serrín que se les ha arrojado y que señalan aún el sitio de las agonías, los puntos por donde se extendieron vísceras y pechos reventados . . .

Es un pobre y viejo caballo extenuado de fatiga y sin duda modificado á golpes, un lamentable caballo tuerto, que, el primero, sufrió el choque de la fiera soberana y rodó volcado en el polvo.

En tanto que su caballero, calzado con botas aferradas, se incorpora pesadamente; él también, el jaco mísero se levanta, labrado el pecho por girones profundos, que sangran al sol.

Sus flácidos flancos tiemblan de sufrimiento y de dolor. . . En dónde buscar la salud, hacia qué lado huir? . . . Un minuto de vacilación,—luégo, se dirige confiado, implorante á un hombre que le tiende la mano y lo toma de la brida; á uno de esos *valets* inmundos, entregados á las bajas faenas mercenarias del circo; á uno de los que, en los entreacros, se complacen en sondar las heridas del cuerno en el vientre de los caballos, ó en hundirles las entrañas y recoser el rasgón, para que vuelvan al combate.

En efecto, el viejo jamelgo se siente reconfortado al entregarse en manos de los hombres, y en su mirada humilde parece decir:—“Ciertamente, me habéis golpeado á menudo, vosotros los hombres, pero nunca me habéis desgarrado de este modo, ni me habéis roto las entrañas. Espero que no queréis matarme, verdad? Soy un animal humilde que ha cometido sin duda sus torpezas, pero que ha trabajado mucho por vosotros, á costa de sus piernas hoy muy fatigadas . . .” Y entraba poco á poco en calma, á medida que el hombre le arreglaba la silla, le reajustaba los arneses y parecía acariciarlo; aunque con cierto aire socarrón. Luégo, cuando ha terminado la toilette y vuelve á su sitio el caballero, el muy tunante dirige una mirada al público más próximo, ata una venda á los ojos del caballo para hacerlo marchar con mayor seguridad á la muerte, diciéndole algo como esto:—“Espera, espera . . . Vas á ver lo que va á acontecer . . .” Oh! y qué placer, si no existiesen gendarmes, en extrangular á ese innoble bribón! . . .

Oh! Dios, y cómo se adelantan sobre los antepechos las lindas mujeres que se instalan detrás y por sobre mí! Mantillas blancas, negras, altas peinetas á lo Carmen, bouquets de flores amarillas entre sombrías cabelleras! Qué lástima que no aparezcan sino allí, en la arena sangrienta, esos atavíos de los antiguos tiempos, maravillosamente aderezados para aquellos blancos y finos rostros que sólo sabe crear el cálido mediodía, para aquellos anchos ojos de terciopelo, semi-dormidos bajo las entornadas pupilas! Qué lástima que las españolas no quieran comprender que aquel tocado añade á sus rostros el prestigio de la distinción y del misterio! . . . Una de ellas, sobre todo, joven, en toda la plenitud de la belleza de veinte y cinco años, prendido al corpiño un manojo de rosas thé, apoyadas las indolentes caderas á la balaustrada, inclinada sobre la

arena en una actitud que la proyectaba deliciosamente, remedando la personificación ideal de la morena *señora* de pálidas mejillas . . .

Momentos después, el pobre caballo, así vendado, pero siempre confiado á pesar del temblor nervioso que lo invadía, era conducido por el *valet* bufón y presentado cobardemente al toro, el cual le hundió todo el cuerno en el pecho.

Casi á mis pies, contra la barrera sobre la

vaba mi piedad hasta mí mismo y me sentía más miserable en aquel instante, que aquel caballo muerto.

Luégo, acordándome que hay algo que no enagaja, la belleza física, el encanto arrobador de una mirada, volví los ojos hacia la linda señora de azul, tocada con una mantilla blanca y prendido al seno un bouquet de rosas thé. . .

PIERRE LOTI.

II—EN FRANCIA

Desde que se las ha prohibido, las corridas de toros cobran todo su furor. En este verano ha habido algunas sesiones sensacionales y la estación del otoño se anuncia brillante. Ayer, en una ciudad del mediodía, hubo muerte en presencia de una multitud escogida; presidía el diputado del departamento, en compañía de otros dos diputados que le servían de asesores. Se esperaba también á un ministro que no pudo asistir. Pero la fiesta, á pesar de ese ligero contratiempo, dio un espléndido resultado y el *torador* fue sacado en triunfo. Hasta fue abordado á la salida por el comisario de policía, cuyo entusiasmo no conocía límites y que lo felicitó en los términos más calurosos:

—Ah! señor, le dijo, encantadora jornada, sesión admirable! Habéis estado maravilloso, positivamente maravilloso!

Después de lo cual, el excelente funcionario instruyó proceso verbal. El mismo juez de paz vino en persona á presentar sus parabienes:

—Amigo mío, después de Lagartijo no había visto nada tan bello . . .

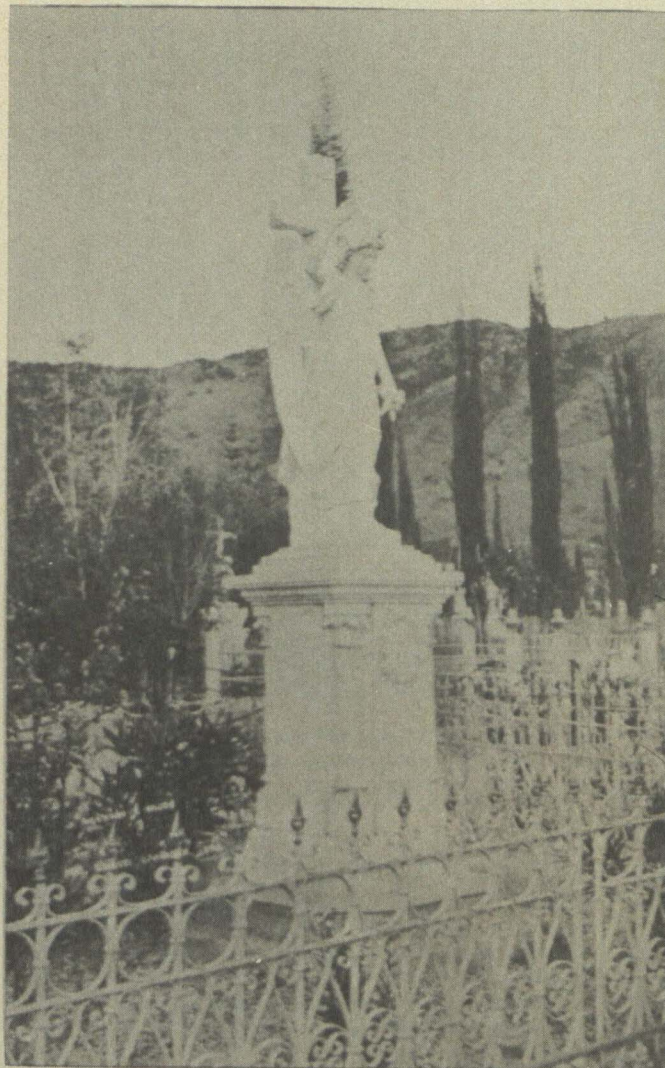
Y apretando afectuosamente la mano del torero, el buen juez agregó:

—Para la audiencia de mañana, vos mismo fijaréis la hora . . .

Pues desde ha poco se ha modificado ligeramente el ceremonial de las corridas. Al concluir la fiesta, interviene el comisario de policía y con mucha amabilidad invita al diestro á pasar al día siguiente por el juzgado de paz. Esta formalidad parece que la ha exigido la corte de casación para realzar el brillo de la ceremonia. Aquellos días el público en el juzgado es numeroso y no puede entrar sino con billete. El torero, que sabe que lo contemplan unos ojos negros, despliega todas sus gracias, y el mismo juez se entona para recibirlo. Le aplica dos leyes á la vez, la ley Grammont y la ley Béranger, 25 francos de multa que no tiene obligación de entregar sino en caso de reincidencia. Luégo, como el torero es generalmente español, se le expulsa del territorio, y de Bayona se va á Nimes.

Aquí comienza de nuevo la ceremonia, con mayor solemnidad aún, porque es una ciudad más grande, el verdadero boulevard de la tauromaquia. Allí fue en donde, durante mi juventud, asistí á las primeras corridas. No estaban entonces tan perfeccionadas como hoy; pero, en cambio, estaban permitidas, lo que hacía que no concudiese mucha gente.

Recuerdo que después de un poco de música, se soltaban dos toretes de la Camarga que inmediatamente exhalaban por todo el local el fresco olor de los prados salados. El torero mostraba una banderilla de precioso satiné rojo de Beaucaire, y comenzaba una lidia cortes que concluía siempre antes de las seis, pues en el Mediodía se come temprano.



Monumento de la familia Rivero — Cementerio del Sur. — De la casa de Rovers é Hijo.)

cual me apoyaba, rodó en la arena, abiertos los pulmones, perdiendo sangre á oleadas, que salían en sacudidas semejantes á las de una bomba. Y todavía el mismo perillán, se apresuró á arrancarle brutalmente el freno y la brida, para colocarlo á alguna otra bestia mártir. Luégo, como la multitud reclamase el término de aquella agonía, el mismo *valet* comenzó á golpearle la cerviz con un cuchillo viejo, que se oía chasquear contra los huesos del cráneo. Una sacudida convulsiva de las patas fue todo; ni un solo gemido, ni una queja; los caballos perecen en silencio. La cabeza dolorosa cayó contra el suelo y comenzó para aquel sér la paz suprema, la perpetua inmovilidad. Parecía como si la muerte hubiese bajado de repente, á cubrir con su grandiosa calma, aquel despojo miserable.

Pero al menos aquel había terminado para siempre jamás. Libre de la vida, había vuelto á ser una *cosa* que ya nadie podría hacer sufrir más.

Y yo, que no he terminado aún y á quien tal vez ningún *valet* vendrá á colocarme venda alguna en el minuto del grande horror, lle-



GANIMEDES ARREBATADO AL EMPIREO POR UN AGUILA. — Por Frank Kirnbach.

Sucumbían, ya el toro, ó bien el torero: un domingo el uno y otro domingo el otro, y esta convención, lealmente observada, no había dado lugar á ningún reclamo. Cuando era el torero el que quedaba fuera de combate, se le procuraba al día siguiente una pequeña recompensa, algún empleo en las oficinas si no tenía en donde ganar la vida, ó si prefería los honores, un sitio en el concejo municipal. Esto no compromete mucho en un país en donde siempre se anulan las elecciones. Cuando moría el toro, se le enviaba un cuarto al obispo, otro al primer presidente, un tercero al general y el cuarto al regidor. En cuanto al prefecto, era de uso reservarle la cabeza del toro; pero un día, uno de ellos, cuya mujer daba mucho que decir, creyó ver en el obsequio una alusión mortificante y, para evitar malas interpretaciones se dispuso que se reservase la cabeza para el obispo.

*

Aquella aventura, tan conocida en el Mediodía, ¿ha impresionado desagradablemente á la administración, ó bien, hay que creer, como se asegura, que la Sociedad protectora de animales se conmovió al ver mayor número de toros muertos que de toreros? El hecho es que un buen día el gobierno resolvió reglamentar las corridas y desde entonces aquello es un barullo. Primero se intentó colocar bolas de madera en las astas del toro, pero los toreros no ganaron nada con eso. En lugar de salir con una buena cornada en el muslo, ó más arriba, una de esas gloriosas heridas que trae el oficio y que se exhiben con orgullo, recibían de lleno la bola de madera y sacaban un cáncer en el estómago ó un quiste en el vientre, enfermedades burguesas particularmente humillantes para un *espada*. En cuanto al toro, al que se combatía con espadas rodeadas de estopa, quedaba literalmente perforado, con toda la estopa dentro del cuerpo; de modo que moría como antes, con la circunstancia de que su carne no podía comerse.

Entonces se resolvió suprimir las corridas: era no conocer el Mediodía. Eso bastó para que todo el mundo se aficionara; el asunto llegó á hacerse cuestión política y desde entonces son los toros los que hacen las elecciones. Puede estarse por el Rey, por la República, por Dios, por el Czar mismo, pero si no se está por el toro es inútil presentar candidatura. Cuando nuestro Ministro del Interior, en las últimas elecciones municipales, hizo una minuciosa clasificación entre las listas republicanas, radicales, conservadoras, adictas, radicales-socialistas y socialistas, no había previsto los innumerables telegramas que le llegaron del Gard, del Hérault, de las Bocas del Ródano, de los Pirineos y en los cuales leyó, con natural estupefacción: "La lista del toro ha triunfado con una abrumadora mayoría! . . ."

La situación, desde entonces, no ha cambiado. Los toros son la gran cuestión en el Mediodía y ante ella todos los sucesos, aun los más graves, pierden interés. Todos los domingos, á pesar de las disposiciones de los prefectos y las prescripciones de los ministros, las mujeres meridionales, nimesas con sus cofias encintadas, arlesianas de brillantes pañolotas, todas las hijas del Languedoc y de Provenza se instalan en las gradas del circo, tomadas de la misma pasión, del mismo amor de la fuerza y de la gracia que en otros tiempos hacía correr á la arena, en la Roma antigua, á patricias y plebeyas. Es la sangre latina que quiere eso, las cálidas vibraciones del aire, la savia ascendente de la tierra madre, y que no es peor que esa curiosidad menos noble, que empuja á las parisienses hacia los luchadores y atletas, en las barracas de las afueras, y aun que esa bella indolencia que las hace seguir en coche, so pretexto de caza, esas matanzas de inocentes en las que, pelo y pluma, liebres, perdices, cervatillos y faisanes cubren la tierra, asesinados!

*

Caza por caza, el toro tiene más fiero aspecto. El toro es la cacería del Mediodía. Allí se ríen de nuestras ridículas batidas; desdeñan las perdices y las liebres y para no verse tentados á tirarlas, no las tienen. Por qué no fijar también una fecha para las corridas de toros? Durarían mes y medio, dos meses, como la caza en otras partes; habría caballos maltratados, naturalmente; pero no tantos como perros reventados en la caza del jabalí. Además, el Mediodía volvería á sus hábitos tradicionales.

Pues hoy, por espíritu de oposición, se fuerza la nota, se exageran las cosas. Todo el mundo ve rojo, como el toro. El amor propio toma su parte, y los toreros se creen obligados á dar furiosas estocadas; los toros atacados replican con mayor viveza que de costumbre, y resulta que ambos se dañan. Así acontece siempre en los duelos en que hay galería: encerrad la mayor parte de los duelistas en una pieza, solos, sin testigos, sin médicos, y todo terminará por una partida de dominó. El torero y el toro no llegarán hasta allá, evidentemente; pero el día en que la Francia no los vigile más y en que el gobierno piense en otra cosa, todo se apaciguará como por encanto.

Poco á poco volveremos al viejo tiempo, cordial y franco, en que las corridas no eran sino un pretexto para reunirse los domingos y exhibir claras toilettes, bajo el sol risueño. Todos los toreros, entonces, no venían de España, ni todos los toros de la Camarga. Se hacía la fiesta con toreros nimeses, que en la semana eran vendedores de periódicos ó mozos de café; y en cuanto al toro, oh Dios! acontecían á veces incidentes como el del arzobispo de Avignon, que fue á Nimes justamente una tarde de corrida y se le quiso hacer, sin advertirle, los honores del cuarto de toro que acababa de enviarse al obispado. Lo gustó con mucho apetito y haciéndole una señal al criado, le dijo:

—De buena gana volvería á comer de ese ternero: está excelente! . . .

EMMANUEL ARÈNE.

REVISTA DE REVISTAS

La musa de Núñez de Arce

Un escritor anónimo publica en la *Revista de Chile* un interesantísimo trabajo, fragmento de un estudio que, á juzgar por la muestra, ha de ser tan curioso como profundo, sobre el insigne autor de *El Vértigo*.

Recogiendo aquí y allá, en poemas y romances, datos y noticias, reconstituye el anónimo escritor toda una página de amor y desengaños de la vida del gran poeta, y hasta llega á descubrir los rasgos de la mujer amada, que es la Musa inspiradora del vate vallesolano, cuyo recuerdo jamás se aparta de su mente, sugiriéndole constantemente imágenes y descripciones, gritos de amor y de amargura.

La historia es sencillísima: Núñez de Arce en su primera juventud amaba á una mujer, sin atreverse á declarar la pasión que por ella sentía; cogiendo cierto día la sazónada fruta de un árbol en el jardín de la casa de su amada, desajajóse la rama en que se apoyaba, y cayó al suelo sin sentido; al volver en sí hallóse á los pies de su ídolo, y de sus ojos brotó ardiente su declaración; un beso selló aquel pacto de amor, y Núñez de Arce separóse poco después de su adorada para proseguir sus estudios, no sin cambiar con ella el juramento de eterno cariño, propio de la situación. Al regresar, sin embargo, de la Universidad, con el corazón lleno de zozobra, halló á su idolatrada muerta, muerta para todos, como parece deducirse de la lectura de *El Crepúsculo Vespertino*, *Raimundo Lulio*, *La selva oscura* y *El Idilio* ó muerta para él, casada con otro y madre de

Un Ángel de rubias hebras
(Que) en su regazo dormía
el sueño de la inocencia,

como se desprende de sus *Recuerdos*.

¿Cómo se llamaba esta Musa del vate castellano? Inés, en *Recuerdos*; Blanca, en *Raimundo Lulio*; Beatriz, en *La Selva oscura*; Ella, en *El Idilio*; Duda, en *La Visión de Fray Martín*; Ada, en *La última lamentación de Lord Byron*; Rosa en *La Pesca*. Tenía ojos azules (*El Crepúsculo*) y claros (*La Selva*), con mirada de brillo y poder intensísimos (*Raimundo Lulio*); cabellos de oro (*El Crepúsculo*), como rayos de sol entretejidos (*Raimundo*); tez pura y sonrosada (*El Crepúsculo*) en la que resplandecían el matiz de la rosa y el campo de la nieve sin mancha (*Raimundo Lulio*); labios rojos, seno gentil (*La Selva*); figura hermosa y fulgurante, pero triste (*La Visión*); forma esbelta y gentil (*El Idilio*); voz, en fin, como arrullo de tórtola (*Raimundo Lulio*), á un tiempo arrebatada y suave (*El Crepúsculo*.)

¿Qué hay en el fondo de todo esto? ¿Una realidad, una historia, como parece desprenderse de la repetición de escenas y de la constante evocación de idénticos recuerdos é imágenes, ó simplemente una ficción de poeta, á la que Núñez de Arce ha permanecido siempre fiel, dándole las apariencias de una realidad?

Biografía

WEYLER Y SAGAETA

En un artículo de Alfredo Nicéforo, publicado en la *Nuova Antología* de Roma, con el título de *En España durante la guerra*, leemos estos juicios sobre Weyler y Sagasta:

"El partido de Weyler es uno de los más peligrosos para la salud de España. Nada más fácil, de un momento á otro, que una dictadura del ex-Gobernador de Cuba. El General Weyler es el hombre ambiciosísimo por excelencia: un Boulanger elevado á la quinta potencia, que saca sus aspiraciones y su conducta, más que de una ponderada selección de su cerebro, de un fermento de anormalidad de su psiquis. No vacilo en decir que tiene algo de excéntrico; y no estaría lejos de aprobar esta definición quien, después de haber examinado su conducta y su psicología, examinase sus cartas y sus autógrafos que, frecuentemente incomprensibles, tienen todo aquel aspecto desgraciado y desordenado que se encuentra en la escritura de los locos y de los maníacos. Es fácil imaginarse la popularidad de este hombre cuando se piensa que muchos de sus defectos son los caracteres mismos del pueblo español. No es este un pueblo que sepa calcular, esperar y trabajar larga y fatigosamente, hasta dolorosamente, por un lejano porvenir; no; quiere que la causa sea contemporánea del efecto, la chispa del fusil. Nada más natural, por eso, que las grandes simpatías de las masas se hayan vuelto hacia Weyler, el cual ejerce una verdadera sugestión sobre sus compatriotas."

"Si después de haber estudiado á Weyler—añade—se estudia á Sagasta y su conducta en las fatales circunstancias presentes, se halla profundísimo contraste entre los dos hombres. Después de haber examinado de cerca la política de Sagasta y observado su fisonomía moral é intelectual, me he formado la profunda convicción de que Sagasta no es el hombre débil é inepto que muchos creen, el hombre viejo de alma y de cuerpo que se deja arrastrar por los remolinos de la imprevisión y de la falta de sentido propio y práctico. Sagasta es uno de los pocos hombres equilibrados con que cuenta hoy España; es uno de los mejores hombres políticos que han actuado y actúan en la escena política de su país. Tiene cualidades individuales que son excepcionales en el alma española y que muestran el carácter de un hombre verdaderamente moderno, despojado de aquellas notas de puerilidad, ímpetu y ligereza que caracterizan la psicología colectiva de las poblaciones españolas. Sagasta es, ante todo, un temperamento equilibrado, mientras que la psicología española podría definirse "el desequilibrio continuo." El español procede por brinco, por impulsos; está bien simbolizado en la figura violenta, á veces demente, del General Weyler. Sagasta, por el contrario, es el hombre frío y calculador, que no pierde la cabeza en ningún instante, que no se dejaría hechizar por la temeridad, y uno de los pocos hombres que en su país haya comprendido desde el principio á qué horrible abismo conduciría la guerra. Sus buenas cualidades, sin embargo, naufragan en el mar de un inexorable destino que España debe hoy desentor; ella debe pagar los errores cometidos en muchos siglos por una condición de cosas que no sólo detuvo la evolución social del pueblo entero, sino que gastó además su médula é hizo degenerar su organismo."

Las misiones cristianas en el Japón

Aunque en la revista anglo-japonesa *Far East* se afirma que el Cristianismo no puede hacer progresos en el Japón, porque habiendo allí destruido el budhismo toda noción del pecado, no es posible impresionar á la multitud con la pasión de Jesucristo, ni con los llamamientos de "nostros pobres pecadores," es lo cierto que los budhistas están preocupados con el desarrollo de las misiones, habiéndose organizado una liga para impedir á los cristianos entrar en el Parlamento, cosa que no han conseguido, puesto que nada menos que el Presidente de la Cámara, un Ministro y dos Subsecretarios, son cristianos.

Para contener la propaganda cristiana, el Gobierno, al adoptar el servicio militar obligatorio por tres años, lo redujo á un solo año para los alumnos de los Institutos en que se da la educación nacional. Pero la gran escuela teológica *Doshisha*, comprendiendo la importancia de este privilegio se ha sometido á la intervención gubernamental á condición de que se hiciera extensiva aquella concesión á sus alumnos, habiéndolo conseguido, según noticias que de Yokoi insertan en el *Far East*.

Según una estadística publicada por Izawa en el *Kyokijuron* (Revista pedagógica), hay actualmente en el Japón 17 escuelas teológicas, con 276 alumnos; 864 escuelas dominicales, con 31.245; 148 escuelas comunales, con 11.863, y 69 escuelas medias, con 4.583, en junto unos 48.000 alumnos, que forman un excelente plantel para la cristianización del soberbio Mikado. La cifra de 150.000 cristianos que se señala nos parece muy reducida, si se atiende al número de alumnos antes indicado, que supone, por lo menos, 50.000 familias cristianas, ó 250.000 almas.

Anécdota

REYES Y CORTESANOS

En las páginas de la *Nouvelle Revue Internationale*, hormiguean los recuerdos históricos, personales unos, de referencia otros, como en la generalidad de los brillantes escritos de la señora Ratazzi de Rute, que tanto ha visto con los ojos de la cara, y con los de la imaginación.

Por ella sabemos que el malogrado Rey Alfonso, cuando era estudiante, se complacía en recitar en Viena los viriles versos de los *Gritos del Combate*, de Núñez de Arce; que Isabel II, que tantísimos favores había hecho, tantas mercedes prodigado y tantos millones regalado, al ser expulsada brutalmente de España, no encontró cortesía y caballerosidad sino entre sus adversarios de entonces, en Sagasta, sobre todo, que realizó con ella "un acto caballeresco, digno de las le-

yendas de los héroes de antaño, y que mostraría á Don Práxedes bajo un aspecto completamente nuevo, acto que sólo sabemos ella y yo... suponemos que también lo sabrá Sagasta; que cuando se casó Don Alfonso con Doña María Cristina, fue invitada á la boda por el Rey, que la llamaba su *mamá*, y que á consecuencia de unas correspondencias suyas á la *Noue Etre Presse*, interpretadas malamente por torpes cortesanos, estuvo á punto de reñir con su real amigo, hasta que éste informado mejor, la dio mil excusas por haber creído en ataques que jamás habían existido sino en la mente de los viles aduladores del monarca: todo esto, á propósito del estrepito producido por el famoso artículo de Castelar, en el que nada de pecaminoso ni de subversivo encontraba, y del que sólo los cortesanos podían pensar en sacar partido para extremar su celo y sus lisonjas; tan lejos estaba la *Ritazzi* del objeto que tal artículo había de producir, como que al despedirse de la Reina, de cuyas virtudes hace cumplidísimo y merecido elogio, estuvo hablando con S. M. de Castelar principalmente, por cuya salud le preguntó la Reina con grandísimo interés, asegurando que leía asiduamente los trabajos del eminente tribuno, é informándose de si los escribía en francés ó en castellano.

A propósito del *trap de zèle* de los favoritos de la corte en tiempos de fortuna y de su ingratitude en los de desgracia, recuerda la acerba frase de la Reina Gobernadora cuando se vio obligada á refugiarse en Francia, perseguida por innobles calumnias: "Los he hecho condes, los he hecho duques, pero no he podido hacerlos caballeros!"

FERNANDO ARAUJO.



Lo que ganan los toreros

El famoso Mazzantini dio hace poco tiempo en Tolosa, una función de toros, y consintió en no cobrar á los organizadores de la fiesta, sino un billete de 10.000 bolívares.....

Generalmente gana 20.000 bolívares por función..... Y sus compañeros no ganan mucho menos.

El año último, Guerrita funcionó sesenta y ocho veces y recibió 306.000 bolívares; Reverte, en treinta y ocho funciones ganó 143.500 bolívares; Mazzantini, en veinte y nueve, 131.000 bolívares; Bombita, 129.000 y Albagnino, 115.000.

Considerando el valor de los toros y el precio de los transportes, se calcula que España consagra todos los años cinco millones á las funciones de toros. Hay 23 matadores, y en 1897 mataron 1.218 toros.

Los niños encontrados en Londres

Un periódico inglés trae á este propósito interesantes datos históricos, que reproducimos á título de curiosidad:

Hacia 1750, á causa de una verdadera epidemia de infanticidios, un capitán de navío, de nombre Thomas Coram, provocó la fundación del primer asilo inglés para niños extraviados. Los diarios anunciaron por medio de un aviso el día y la hora de la admisión en el asilo. Entonces una multitud enorme se agrupó á sus puertas. El día fijado para la apertura del establecimiento, las mujeres que acudieron á entregar sus hijos á la caridad pública trabaron pendencia y hubo un verdadero tumulto. A causa de esto se modificó el sistema de admisión. Las madres debían reunirse determinados días en una segunda sala. Se examinaba al niño y un jurado votaba por medio de bolas blancas y negras la admisión ó no admisión. Se adoptó luego el sistema de turnos. Durante algunos años los asilos londinenses se encontraron repletos de niños abandonados. Ya se sabía que en aquellos establecimientos estaban bien alimentados y cuidados. Sucedió también que los padres, en toda la extensión del reino, encontraban muy cómodo poder desembarazarse de una prole estorbosa. El transporte de niños de todos los puntos de Inglaterra á los asilos de Londres llegó á ser un oficio. Un día, en Highgate, arrestaron á un ginete que llevaba ocultos en dos cestos atados á la silla, cuatro infelices chiquillos. Declaró énicamente que en aquel oficio ganaba ocho libras esterlinas por semana, sin contar el provecho que sacaba de la venta de los efectos de sus "pensionistas"; ciertamente, los remitía completamente desnudos á la asistencia pública.

Hoy la admisión está rodeada de ciertas dificultades. Una vez recibidos, los envían al campo, en donde permanecen hasta la edad de siete años. Luego se les regresa á Londres. A los varones se les enseña un oficio y á las mujeres se las coloca como criadas.

Sport peligroso

Un médico europeo acaba de publicar una revista contra la "cuerda de brincar"..... Este sport infantil que se creía tan inocente, este juguete que las madres más escrupulosas entregaban á sus hijos, atrae actualmente la reprobación de la Facultad. El médico de que hablamos parece que ha visto entre gran número de niños "casos graves de lesiones intestinales" y "enfermedades de los nervios," que atribuye á las sacudidas breves y con-

tinuas que exige el brinco de la cuerda. El principio de esta nueva afección señalada por el buen doctor, son dolores de cabeza, de espalda y de estómago, que las madres, maestras, ó las criadas de los niños, tienen generalmente por resfriados ó indigestiones. La gravedad creciente del mal es la que indica á los médicos, pero á menudo demasiado tarde, la verdadera causa de la enfermedad. El salto continuo exige una respiración precipitada y hace entrar mucho polvo en los pulmones. A fuerza de movimientos bruscos, y de saltos sobre el suelo duro, los pies se deforman y las terribles pulmonías acaban con los niños.....

Una estatua en la plaza de la Ópera

La Sociedad de artistas franceses acaba de tomar la iniciativa para la erección de un monumento á la memoria de Carlos Garnier, el arquitecto de la Ópera muerto últimamente.

Numerosas personalidades han ofrecido sus espontáneas suscripciones y ya están asegurados los fondos necesarios.

El coral en la antigüedad

Según una reciente comunicación de M. Salomon á la Academia de inscripciones, parece que los griegos conocían el coral desde el séptimo siglo antes de Jesucristo; pero lo usaban con muy poca frecuencia, lo mismo que los romanos. Es muy particular que se encuentren gran número de objetos de bronce enriquecidos con coral, en las sepulturas de la parte de la Galia, á que corresponde el departamento de la Marne, que parecen pertenecer al cuarto siglo y al principio del tercero antes de Jesucristo, y que no se vean en otras sepulturas. M. Reinach encuentra la explicación de esto en Plinio y en una obra griega contemporánea titulada: *El Periplo del mar Rojo*. La razón es que, á fines del siglo tercero el coral era tan solicitado en la India, que todas las pesas de coral del mediodía de la Galia y particularmente las de Hyères fueron explotadas por los Foccos que las trasportaron de Marsella á la India para cambiarlas por perlas finas y por especies, de tal modo que no quedó más coral en Galia y fue reemplazado por el esmalte.

En busca de André

La expedición polar alemana que salió en la última primavera en solicitud de André, ha regresado á Hammerfest, sin haber encontrado las trazas del ascensionista. Actualmente han corrido quince meses desde el día en que André partió á su temeraria empresa. Durante todo ese tiempo puede decirse que no se han tenido noticias de él. Hace próximamente un año se anunció que M. Lerner, el sabio alemán que dirigía la infructuosa expedición que acaba de regresar, había encontrado una barea cuya tripulación había matado una paloma portadora de un despacho dirigido á un periódico de Suecia y concebido en estos términos: "— Fraiqueado el 82° de latitud. Buen camino hacia el Norte.—André.—La fecha era ilegible. Desde entonces, han corrido los rumores más contradictorios con respecto al explorador y se necesita un caudal de fe para esperar todavía su vuelta.

La expedición polar comandada por M. Lerner no consiguió su objeto esencial, puesto que no obtuvo noticias de André. Desde el punto de vista científico, no ha sido, sin embargo, inútil: los sabios que se encontraban á bordo hicieron durante la travesía observaciones muy interesantes: sondearon el mar en los parajes de la tierra del rey Carlos, á una profundidad de mil cien metros. Las materias recogidas en el drenaje van á ser examinadas y estudiadas. La expedición Lerner llevó á Alemania una colección de osos blancos destinados á los jardines zoológicos del imperio, y el profesor Richard Friese, célebre animalista en Alemania, hizo gran cantidad de croquis.

No más velo en la India

Las mujeres de la India inglesa, aprovechándose del movimiento que en estos últimos años se siente en el país contra las costumbres orientales, que mantenían á la mujer completamente apartada de la vida pública y de la civilización, empiezan por su parte á rebelarse contra el uso de llevar siempre el rostro cubierto. En 1849 se estableció en Bombay la primera escuela de niñas; hasta esa fecha estaba excluido el sexo femenino de las escuelas de la India. Empezaron las familias principales y pudientes á procurar á sus hijas una instrucción elemental, y en breve alcanzó tan alto vuelo la inteligencia de éstas é hizo tan rápidos progresos, que á los veinte años se contaba ya una multitud de mujeres indias ilustradísimas, con profundos conocimientos científicos: profesoras de inglés, de francés y de otras muchas materias, como también escritoras y poetas sobresalientes y hasta doctoras en medicina. Cuando, como acontecimiento extraordinario, entró la primera

estudiante india en el Medical College de Madrás y fue á ocupar su puesto entre los jóvenes estudiantes y las señoritas inglesas, no se atrevía á quitarse el velo; pero al fin hubo de quebrantarse á la ley que por miles de años tuvo sometida á la mujer india. No dejó de haber quien se escandalizara, más sólo entre la gente vulgar, firme siempre en las antiguas costumbres; las personas inteligentes consideraron muy justo que estudiase el arte de curar las mujeres de un país que no permite que los médicos entren á visitar á las señoras. Cuenta hoy la India con una multitud de doctoras que gozan de magnífica clientela.

También han entrado á figurar en el periodismo; desde 1888 se fundó una hoja escrita por mujeres y para las mujeres, con el título de "Stri-Mitra" (El amigo de la mujer), dedicado á los intereses de las damas indias, con el principal objeto de estimular la afición á la literatura. Se han fundado escuelas de música y de pintura para señoritas; en suma, todas las carreras del saber están abiertas á la mujer india, que puede hoy ejercitarse libremente en la cultura intelectual y aspirar á grandes progresos en las ciencias y en las artes.

Ciudad curiosa

La ciudad de Saint-Ursanne, situada en la línea del Jura-Simplon, es actualmente teatro de acontecimientos que producen, en las regiones vecinas, gran agitación y curiosidad.

Enfermos, peregrinos y curiosos concurren allí, desde hace algún tiempo, para visitar la hoy famosa ermita, que fue fundada en la margen derecha del Doubs, á fines del siglo sexto, por el monje irlandés Ursanne, uno de los compañeros de San Columban.

Con el tiempo, los sucesores de Ursanne, en el gobierno de la comunidad de los cenobitas, á ejemplo de las de Bangor, de Clonard, d'Iona y de Luxeuil, han agregado á la ermita primitiva, que ha permanecido casi intacta hasta nuestros días, el claustro y la iglesia de la Colegiata.

Bajo el altar de esta iglesia se conserva el cuerpo del santo en un sepulcro de piedra de la época galoromana, semejante á otro cenotafio encontrado en las excavaciones y guardado en un rincón del claustro.

Entre otros hechos milagrosos verificadas en Saint-Ursanne, se refiere la resurrección de un niño de Seleute que había muerto de difteria y había sido llevado por sus padres á la ermita.

La exaltación de los curiosos y de la población es tan grande que el doctor Koch, de Berne, el profesor Bull, de Christiana, y otros sabios suizos y extranjeros han ido á Saint-Ursanne para observar lo ocurrido desde el punto de vista de las ciencias físicas. Se dice que la fuente de Saint-Ursanne posee la virtud de curar radicalmente á los ebrios más inveterados, con más eficacia que la Sociedad de temperancia, y hace algunos días, se veía en la calle el pintoresco espectáculo de un discípulo de Baco rebelde á la conversión, y que sus parientes arrastraban á la fuente, para hacer de él un *teetotaler* contra su voluntad.

La máquina humana

Un diario de medicina inglés ha calculado que un hombre con buena salud, y de apetito normal, absorbe, en el curso de setenta años, 96.000 kilos de alimento líquido y sólido.

Con un peso medio de 75 kilos, el hombre gasta, pues, durante su vida, un peso en alimento, equivalente á 1.280 veces su peso normal.

Los animales en la historia

VII

La señora de Pompadour divertía sus fastidios con una cotorra, en tanto que Latude distraía los ocios que dicha señora le había creado, y que duraron treinta y siete años, en conversaciones familiares con los ratones que frecuentaban su calabozo. Cada uno tenía un nombre que el prisionero le había puesto y por el cual atendía; y los más osados iban á comer en su plato hasta que al fin se vio obligado á contenerlos para no morir de hambre.

Los animales han sido grandes amigos de los prisioneros: Silvio Pellico, Pellissier y sir Roberto Bruce, cultivaban la amistad de las arañas; este último las consultaba sobre su porvenir y nunca lo engañaron. Lalande, que fue el matemático más célebre, el libre pensador más endurecido y el hombre más feo de su siglo—tan feo que al verlo se podía asegurar que Dios no había creado el hombre á su imagen y semejanza—tenía una especialidad por las arañas: se las comía, afirmando que eran muy sabrosas.

De las arañas á las moscas hay menos distancia de lo que ellas desearían: aprovecharé esta ocasión para hablar de la mosca que se introdujo en la nariz del emperador Antiocho Epifanio y lo hizo morir á

fuera de estornudos. No es menos célebre la que cayó en el vaso del papa Adriano VI y lo ahogó; aunque conviene advertir que fueron sus enemigos los que le atribuyeron este fin algo grotesco, pues la historia dice que murió de angina.

En las cocinas de uno de los sucesores de Adriano VI pasa el drama ó la comedia—esto depende del punto de vista en que se encuentren los actores—que La Fontaine ha referido en la fábula de Bertrán y Raton. Sixto V poseía un mono que era por lo menos tan fino político como su dueño. Un día miraba con delicia unas castañas que se cocían bajo la ceniza, discutiendo el modo de apoderarse de ellas: en esto pasó un gato, y el mono más ligero en obrar que el de La Fontaine, lo agarró sin preámbulos por medio del cuerpo y sirviéndose de él como de un rastriero sacó las castañas del fuego no sin perjuicio, como debe suponerse, de las patas del pobre gato.

Para terminar esta peroración hablaré del perro; y no sin pena paso de un animal tan dañino, astuto, mofador y travieso como el mono, á un ser lleno de dulzura, fidelidad, franqueza y valor, como el perro que tiene por sus buenas cualidades preferente lugar en nuestra existencia.

En todos los tiempos y en todas las lenguas han ensalzado las virtudes y las excelencias del perro. Desde Homero que al contar la historia de Ulises refiere que fue reconocido inmediatamente, después de veinte años de ausencia, por su viejo perro que murió de gozo al lamer los pies de su amo, hasta Juan Jacobo Rousseau quien dice que su perro *Duque* merecía más su nombre que la mayor parte de los que lo llevaban por título, todo los autores han dedicado á la raza canina justicieros elogios. Los egipcios adoraban el perro bajo el nombre de Anubis; aun cuando se cuenta que vieron á los perros disputarse los pedazos del buey Apis que el rey Cabrises había hecho matar y asar, perdieron todo respeto por un dios que se comía tan alegremente á sus colegas: lo cual no impide que el perro sea el mejor de los animales. ¿Cómo explicar que sea una ofensa calificar á alguno de perro, en tanto que prodigamos á las personas que nos son queridas los nombres de animales que no pasan particularmente por inteligentes ni heroicos? Conejo, cordero, gato, paloma y corza, son expresiones de cariño; y los ingleses emplean constantemente la frase: *mi patico*. Acaso la explicación de esta antinomia se encuentre en la excesiva humildad del perro. ¿Será, pues, la humildad un defecto?

No conozco sino una historia que se pueda recordar contra el perro: la historia del perro de Nivelles, aunque este perro era un hombre.

Juan de Montmorency señor de Nivelles, en Flandes, tenía una suegra la cual le inspiraba tanto horror que él se huyó para Borgoña. Su padre Juan II le apremió para que volviese á su casa y Juan no contestó; lo amenazaron y permaneció tranquilo. De aquí el dicho:—Este perro es como el perro de Juan de Nivelles que cuando lo llaman no atiende. No juraría que la rima no entró con mucho en el adagio: somos un pueblo sobre el cual las asonancias han ejercido siempre poderoso imperio.

Si se encuentra en la historia algún perro que haya faltado á las tradiciones de su raza, los ejemplos en contrario son muy abundantes. Citaré solamente, para ser breve, la venganza del perro de Montargis; y si alguien me preguntase de donde le viene este nombre, puesto que no conoce ninguna ciudad antigua ni moderna con tal título, yo le diría, antes de empezar mi relato, que del castillo de Montargis, uno de los más bellos de Francia, del cual la Revolución sólo ha dejado algunos muros. Castillo real cuyas hazañas estaban representadas en una de las seis grandes chimeneas que decoran la gran sala. El castillo dio su nombre al perro, y ahora el perro, por una justa compensación en las cosas de la tierra perpetúa el recuerdo del Castillo.

Hé aquí lo que ha hecho célebre al citado perro. Aubry de Montdidier favorito de Carlos V rey de Francia, atravesaba el bosque de Bondy acompañado de su perro, cuando fue asesinado traidoramente por un caballero nombrado Macario—no Roberto Macario sino uno de sus antecesores. El perro permaneció cerca de su dueño aullando lastimosamente hasta que un viajero que volvía á la corte pasó por allí, enterró el cadáver sin cuidarse mucho de profundizar el misterio de aquella muerte, y tomó el perro prosiguiendo su camino hacia la capital. Su asombro y el asombro de los asistentes fue grande cuando llegado al palacio el perro se arrojó con furor sobre uno de los gentiles hombres. El perro fue detenido, pero cada vez que percibía al caballero renacía su exasperación. El rey, testimonio de sus accesos de rabia, comenzó á encontrar la conducta del perro *extraña y maravillosa*, para emplear los térmi-

nos del viejo cronista que narra la historia. Algunos indicios despertaron las suposiciones; se inquirió la manera cómo el perro había sido encontrado; se hizo comparecer al gentil hombre, quien juró que no tenía ninguna participación en el crimen, y no se pudo encontrar ninguna prueba contra él. El rey decidió recurrir al *Juicio de Dios*. El gentil hombre y el perro fueron colocados frente á frente en un campo cerrado, aquí provisto de un grueso y pesado bastón y éste sin más defensa que las naturales; pero el rey había hecho colocar en el campo un tonel horadado que podía servir al perro de punto de retirada y de observación. El monarca, la corte y numeroso pueblo, asistieron á este torneo de nuevo género. A la señal de la trompeta el perro se abalanza sobre su adversario, da vueltas al redor de él, brinca á un lado y otro evitando los rudos golpes del bastón, se retira, vuelve á la carga y al fin consigue asirlo por la garganta derribándolo en el suelo. Para ser libre. do Macario confiesa su delito y recibe el justo castigo; en cuanto al perro no se sabe ni su nombre. En Atenas—agrega muy justamente el narrador—se le hubiera mantenido del tesoro público, su nombre habría sido cuidadosamente conservado y un bello monumento recordaría tan portentosa hazaña.

VIII

Cuando por consejo de Temístocles huyó de Atenas Jantipo el padre de Pericles, su perro se obstinó en seguirlo á nado hasta Salamina sobre cuya playa expiró: en premio de su fidelidad el animal fue sepultado solemnemente en un promontorio que llevó largo tiempo el nombre de: La tumba del perro.

El perro de Montargis no es el único que figura en asuntos de justicia; pues sin hablar de los perros llorones que Racine pone en escena en la comedia: *Los litigadores*, recordaré que en la edad media se obligaba á los nobles condenados á muerte por pilerías y atrocidades á recorrer antes de marchar al suplicio los lugares donde habían cometido sus fechorías, con un perro sobre las espaldas. ¿Por qué esta costumbre? Era, dice un comentador, para demostrar que habían disfrutado del noble derecho de caza, y hacer su vergüenza más grande. Alguna vez, y esto es más duro, se ahorcaba los perros con los culpables.

En el siglo XIV el tribunal civil de París al sentenciar un judío acusado de robo, ordena:—“Que sea guindado por los pies en medio de dos perros”.

El perro de Berthold, jefe de los asesinos de Carlos el Bueno, conde de Flandes, fue torturado con su dueño; pero en el suplicio encuentra el medio de devorar el rostro del que causaba su muerte.

Esto, se dirá, son memorias del tiempo viejo. Sin embargo bajo el Terror un perro fue condenado á muerte por un comité de barrio porque su dueño pasaba por aristócrata: el proceso verbal de la ejecución, que se hizo con todas las reglas, ha sido recientemente encontrado y publicado.

El caso de un gozquillo que estuvo á punto de convertirse en asesino, es demasiado raro para que no lo cite antes de terminar este juguete.

Catalina II quería mucho un perrito que le había regalado su banquero Suderland. El perrito murió. Al amanecer del día siguiente la casa de Suderland estaba rodeada por numerosos agentes de policía; el Jefe pide ser introducido y se presenta con aire conternado ante el dueño del alojamiento diciéndole que iba á cumplir una dolorosa misión. Cuál? pregunta Suderland. ¿Acaso he caído en desgracia?

—Si no fuera más que eso, responde el Comisario.

—Venís á arrestarme?

—La orden es más cruel.

—Me destierra la emperatriz á Siberia?

—Mucho peor.

—Entonces es la muerte?

—Algo más cruel aún.

Suderland recuerda la suerte de algunos favoritos de Catalina á los cuales ella había hecho decapitar, en rodar, descuartizar y torturar, cuando tuvieron la desgracia de incurrir en su enojo, y no se atrevió á pedir una explicación.

—La Emperatriz, dice el Comisario, me ha encargado haceros enterrar ahora mismo.

Suderland consternado pide permiso para escribir á su soberana solicitando otro género de muerte: entonces todo se aclara. Catalina había dicho á uno de sus Chambelanes:—Quiero que se entierre á Suderland al instante, olvidándose de precisar—y esto era muy necesario—que no se tratara del banquero sino del perro á quien había dado su nombre en prueba de amistad.

E. RODOGANACHI.

Fisiología de las hormigas

Las hormigas tienen un medio muy seguro de reconocerse entre sí, de tal modo que si alguna se introduce en una colonia que no es la suya, las otras la matan inmediatamente.

M. Albrecht Bethe, naturalista alemán, ha buscado por qué sentido especial se ejerce un conocimiento tan ingenioso, y dice que es por el olfato.

Ya M. Cook había observado que una hormiga que caía al agua, era infaliblemente atacada por sus hermanas al volver á su morada; y dedujo de esto que el agua hacía perder á las hormigas una propiedad especial, que les permitía reconocerse. En seguida M. Forel confirmó esta hipótesis, demostrando que se pueden reunir varias hormigas de nidos diferentes, con tal de que se les haya cortado las antenas que son órganos olfatorios.

Para agregar á todas estas consideraciones una nueva prueba, M. Bethe aplastó varias hormigas y el jugo que obtuvo lo untó á otra hormiga que introdujo en una hormiguera: si la hormiga ha sido perfumada con el jugo de las hormigas de ese nido, es aceptada, pero en el caso contrario la atacan inmediatamente. Del mismo modo una hormiga lavada con alcohol á 30° y devuelta á su nido es tratada como extranjera, pero si se separa durante veinticuatro horas, es bien acogida porque este tiempo basta para que recobre su olor familiar.

Es, pues, muy verosímil que el olfato intervenga principalmente en el curioso fenómeno del reconocimiento.

M. Bethe llama *materia del nido* la sustancia odorífica que debe variar de un nido á otro.

El alcohol y los animales

Decididamente á los animales les gusta el alcohol. Ya se ha demostrado que el alcoholismo existe también entre los peces y entre los mamíferos; que el caballo se aplica á los licores fuertes; que el perro se embriaga frecuentemente, que los elefantes beben botellas enteras de whisky.....esto es general, pero parece que se puede aplicar también á las abejas, á las moscas y hasta á las mariposas.

En una conferencia, el señor profesor Tatt, de Londres encerró igual número de mariposas machos y hembras.....y puso á su alcance flores de varias clases. Las hembras apaciguaron modestamente su sed absorbiendo dulcemente algunas gotas de rocío en el cáliz de las rosas y de las petunias; los machos se mostraron intemperantes.

Se dirigieron hacia las flores cuya destilación produce más alcohol y bebieron de su jugo hasta que cayeron por tierra inanimados. Estas mariposas estaban completamente ebrias. Para dar mejores pruebas al auditorio, M. Tatt introdujo en la jaula un vaso de agua y algunos vasitos de brandy y los machos escogieron el brandy. Este hecho es indudable, pues al poner los machos en libertad fueron atraídos por las emanaciones de un vaso de ginebra que había quedado olvidado en una mesa del jardín y, después de haber bebido con exceso, se durmieron con el pesado sueño de la embriaguez.

Lavatorio de las vías respiratorias

La terapéutica preventiva es muy recomendable. Es evidente que las enfermedades inflamatorias de las vías respiratorias tienen por origen el aire húmedo, cargado de gérmenes que penetran por la nariz y por la boca. Quizás los tejidos, encierran también algunos microbios patogénicos ocultos en sus repliegues, pero, en fin, hay muchas probabilidades de destruirlos, haciéndose lavatorios repetidos.

Es necesario recordar que por la nariz y por la boca nos llegan las enfermedades infecciosas como la gripe, la angina, la difteria, la pulmonía, el reumatismo articular agudo, la escarlatina, etc., y con estos lavatorios tres ó cuatro veces al día aumentamos considerablemente las probabilidades de evitar el mal que nos amenaza. Es un hecho que en 1890, los médicos que tomaron estas precauciones antes de ir á visitar á sus enfermos, quedaron inmunes y no contrañeron ninguna afección contagiosa.

M. Fiessinger recomienda el siguiente licor preservativo, muy fácil de preparar, y que conserva su acción durante semanas enteras:

Thymol.....	3 gramos
Esencia de canela de Ceylan.....	3 “
Alcohol á 90°.....	100 “
Tintura de eucalipto.....	25 “

Se ponen quince gotas en la cuarta parte de un vaso de agua, y se toma por gárgaras, tres ó cuatro veces al día. El enemigo viene de afuera; es necesario cerrarle las puertas.

HENRI DE PARVILLE.

Partida número 5

Jugada el 4 de junio de 1896, en el Torneo del Club de Ajedrez de Caracas

GAMBITO DE LA DAMA REHUSADO

Blancas: Sr. Carlos Perret—Negras: Sr. Dr. Rafael Ruiz

1—P 4 D	1—P 4 D
2—P 4 A D	2—P 3 R
3—C 3 A D	3—C 3 A R
4—A 5 C R	4—A 2 R
5—T 1 A D	5—P×P

Aceptación del gambito que á esta altura suelen adoptar algunos maestros.

6—P 3 R	6—0—0
7—A×P	7—C D 2 D
8—C 3 A R	8—C 3 C D

Es preferible el desarrollo habitual de P 3 C D y A 2 C.

9—A 3 D	9—C R 4 D
10—A×A	10—D×A
11—0—0	11—P 3 A D
12—P 4 R	

Las Blancas aprovechan la primera oportunidad para buscar un juego abierto.

13—A 1 C	12—C 5 A R
14—C 2 R	13—T 1 D
15—D 2 A	14—C 3 C
16—C 3 C	15—A 2 D
17—T R 1 R	16—A 1 R
18—C D 5 A!	17—T D 1 A
	18—D 3 A

Si P×C 19 P×P atacando la Dama al descubierta recuperaría la pieza con buena perspectiva de ataque considerando la libertad de las piezas blancas.

19—C 3 R	19—C 2 D
20—P 5 R	20—D 2 R
21—C 4 A D	21—C 3 C
22—C×C	

Era de considerarse el movimiento 22 C 6 D con la facultad de llevarlo eventualmente á 4 R etc. para proseguir el ataque directo. Conforme se verá, el plan de las Blancas era de doblar 4 Peones Negros y luego una liquidación general para obtener un final ganancioso, lo cual no pudieron lograr.

23—D 3 C?	22—P×C
	23—T 4 D!

Bien jugado. Si 24 D×P—T 4 C D recuperaba el Peón y haría colocar la Dama Blanca fuera de juego.

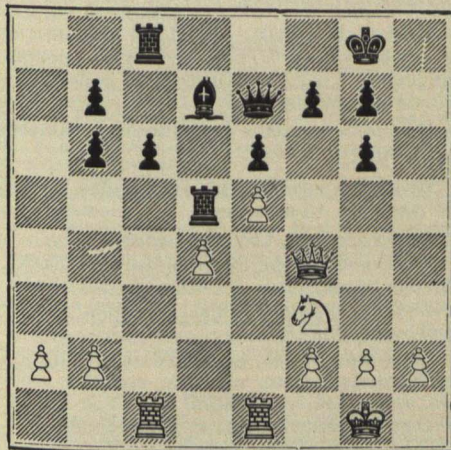
24—A×C	24—P T×A
--------	----------

El doctor Ruiz propuso aquí las tablas que no aceptó su adversario por una errónea apreciación de su posición. La partida se suspendió hasta la próxima sesión y entonces, al reanudarse, probó el doctor Ruiz lujosamente que su contendor había exagerado la desventaja de los peones doblados, los cuales, dada la peculiar debilidad de los peones Blancos del centro, pudieron disolverse cambiando completamente la faz del juego.

25—D 3 R	25—A 2 D!
26—D 4 A R	

Negras: Dr. R. Ruiz

Posición después del 26.º movimiento de las Blancas



Blancas: Sr. Carlos Perret

El doctor Ruiz juega el siguiente final con excelente criterio y con su acostumbrada serenidad. Las maniobras subsiguientes son un "specimen" de su habilidad en posiciones de esta naturaleza.

27—D 4 R	26—P 3 A R
	27—D 2 A

Mucho mejor que el avance del P A R 6 P C R que provocaban las Blancas para abrir brecha.

28—P 3 T R	28—P 4 A D!
29—T R 1 D	

Antes que someterse á la destrucción de su centro debían cambiar los peones sin vacilar aunque de todas maneras quedaba el juego Negro muy superior.

29—A 3 A!

Este golpe desorganiza el juego de las Blancas. Amagando un ataque al descubierta contra la Dama tienen en mira el cambio del caballo en 3 A R último sostén de los peones del centro.

30—D 4 C	30—T D 1 D
31—P 3 T D	31—T R 2 D!
32—T 4 A	32—A×C
33—D×A	33—P A R×P
34—D×D+	34—R×D
35—T 1 R	35—P R×P

Y las Blancas abandonaron.

CARLOS PERRET.

La Guaira: setiembre de 1898.

El tabagismo

Hace tiempo que vengo sosteniendo que el uso inmoderado del tabaco, acarrea no sólo los inconvenientes ya conocidos, sino también una modificación especial del ritmo respiratorio. No solamente se intoxican los fumadores por la nicotina, el óxido de carbono, etc., sino que concluyen por respirar mal. Y no puede suceder de otro modo: el fumador empuinado mantiene bajo la nariz su hornilla de tabaco, bien sea cigarrillo, cigarro ó pipa y es evidente que con el tubo dentro de la boca no se puede respirar bien.

Ahora bien, el doctor W. Marrow acaba de confirmar nuestra opinión. Según él, existe un tipo especial de respiración que caracteriza el tabagismo. ¿Es el sistema nervioso que bajo la influencia del veneno modifica el ritmo? ¿Es un efecto directo que resulta de la posición permanente del cigarro ó de la pipa en la boca? Siempre la respiración del fumador afecta el tipo siguiente: una inspiración profunda, seguida de una especie de pausa respiratoria durante la cual la respiración se hace muy débil y aun nula; luego, una nueva inspiración muy profunda, etc.

El doctor Marrow cita tres casos observados en jóvenes.

En el primero, desde que cesó de fumar desapareció el síntoma. En el segundo, el tipo respiratorio persistió por diez meses después de la supresión completa del uso del cigarrillo. En el tercer caso, se trataba de un estudiante de medicina, que se quejaba de no poder respirar profundamente desde hacía tres días, no experimentaba dolor, pero le parecía como si le faltase el aire. Este fenómeno sobrevino después de un verdadero derroche de tabaco; en un solo mediodía el estudiante se había fumado siete cigarrillos. La incomodidad respiratoria desapareció en algunos días, desde que el enfermo cesó de fumar. Este ejemplo es favorable á una intoxicación del sistema nervioso.

HENRI DE PARVILLE.

SUeltos Editoriales

Señor Eloy G. Palacios.—Nos complacemos en presentar nuestra cordial bienvenida á este distinguido compatriota é inteligente escultor, el cual regresa del extranjero, en donde ha obtenido nuevos aplausos por sus trabajos, una vez más recomendados por la prensa de los países en donde los ha ejecutado ó expuesto.

Nos prometemos reproducir algunas muestras de esas obras en nuestra próxima edición del 15 de noviembre.

Henrique.—Amargos, sombríos y dolorosos los días que corren; no les basta con llevar su crueldad á aumentar la rudeza y desolación del afán cotidiano, sino que persiguen implacables al luchador en esta brega de la vida hasta el más sagrado é inviolable asilo, el sereno y dulce santuario del hogar, en cuyo tabernáculo velan, como protectores, los más puros afectos, las virtudes más inquebran-

tables. La ley impía hiere hoy á un hombre distinguido por su ilustración y su talento, á un padre amante y noble, á un esposo carifoso y tierno: al señor doctor Nicomedes Zuloaga, quien ha acompañado en los primeros días de este mes á la postrera mansión terrenal á su pequeño HENRIQUE, á quien llamó en temprana hora su patria celestial.

Sean estas líneas la expresión cordial y sincera de la parte que tomamos en el duelo de los afligidos padres, haciéndola extensiva á las honorables familias Zuloaga y Ramírez.

Otra tumba.—La ciudad de los muertos ha abierto otra fosa para recibir las cenizas de un notable ciudadano y hombre público, el señor doctor FELICIANO ACEVEDO. Servidor de la República desde hace cerca de medio siglo, ocupó los puéostos más importantes de la Administración, en el parlamento, en las cortes judiciales y en el Poder Ejecutivo de cuya Jefatura estuvo en ocasiones encargado. En todos ellos se distinguió por su modestia, benevolencia y austeridad de carácter: fue un magistrado circunspecto, sobrio y moderado y mereció el aprecio y las consideraciones de cuantos á él se acercaron, como amigos personales ó como miembros de la Administración.

Ya tuvimos ocasión de honrar las columnas de esta Revista con el retrato del doctor Acevedo acompañado de extensos apuntes biográficos.

Enviamos hoy nuestro pésame á su familia y deudos.

Doctor Nicanor Guardia, hijo.—Los días de la última quincena han sido de tristeza y luto para nuestra sociedad; cada uno de ellos señala la desaparición de un sér querido, de un miembro honorable, el duelo de un hogar y se siente como el impulso irresistible de una fuerza fatal que empuja á la desolación, al desastre. En la mañana del 7 de este mes fueron sepultados los despojos mortales del doctor Nicanor Guardia, hijo. Facultativo acreditado, joven, inteligente, lleno de fe, de entusiasmo, de vida, cae de súbito en la voráGINE despiadada, ante la cual fueron impotentes los solícitos cuidados de familia y los recursos extremos de la ciencia.

A los afligidos padres y hermanos y á las familias Guardia, Díaz, Tirado y Ramírez, enviamos nuestro pésame sincero.

Dr. E. Teodomiro Ruiz.—Otro padre que llora también la eterna ausencia de su hijo: nuestro estimado amigo el señor Dr. Ruiz ha perdido en Santa Lucía á su niño LUIS RAMÓN.

Reciba nuestro pésame sentido.

Pésame.—Lo presentamos cordialmente al señor doctor Rafael Seijas, nuestro respetable y distinguido amigo, actual Director de la Academia Venezolana de la Lengua y Consultor del Ministerio de Relaciones Exteriores, por el fallecimiento de su señora esposa, acaecido el día 6 del mes corriente.

"El Pregonero."—El día 2 de este mes celebró el popular colega, en el local de sus oficinas, el 5º aniversario de su existencia. Periodistas, escritores, poetas y artistas se dieron cita en los salones de la Dirección y Redacción para ofrecer al señor Doctor León Ponte las más cordiales congratulaciones por el feliz resultado de su constante esfuerzo.

Vaya también, junto con nuestros parabienes, la expresión de nuestros votos por la prosperidad del apreciado colega.

Gral. José Nicomedes Ramírez.—Ha fallecido este conocido hombre público, que prestó durante muchos años constantes servicios á la Administración nacional, en puéostos de importancia. A su familia y deudos enviamos nuestra palabra de condolencia.

Duelo.—Registramos la infansta nueva del fallecimiento del señor Luis Felipe Carreño, acaecido en esta capital el día 6 del corriente. A sus hermanos y sobrinos presentamos la expresión de nuestra condolencia.

Bolívar.—Próximo el día onomástico del Libertador, damos cabida en nuestras columnas á un artículo que ha tenido la cortesía de traernos para EL COJO ILUSTRADO el señor don Baldomero Rivoddó, escrito el año 1874, inédito hasta hoy y que contiene algunas consideraciones relativas al Padre de la Patria.

Sexagésimo aniversario de la Sociedad Sostenedora del culto de Nuestra Señora de las Mercedes—El día 2 de este mes celebró esta asociación sus bodas de diamante, con festividades solemnes en el templo de las Mercedes y el local de la Sociedad "Vínculo de Caridad." En las ceremonias del templo pontificó el Prelado Metropolitano y estuvo á cargo del joven predicador doctor Lozano la oración.

En la noche se celebró la sesión artística y literaria, presidida por el Ilustrísimo señor Dr. Uzcátegui, el señor Dr. Avelado, Presidente saliente de la Sociedad y el señor Dr. Nicanor Borges, Presidente entrante.

Se dio lectura al acta de instalación, fechada el año 1838 y al veredicto del Jurado de académicos para el certamen promovido por la Sociedad. El Jurado lo formaron los académicos don Ricardo Ovidio Limardo, don Felipe Tejera y don Manuel Fombona Palacio; el premio fue adjudicado á una composición del poeta zuliano doctor Hdefonso Vázquez y el *accessit* á otra de nuestro vate J. M. Monasterios Velázquez.

La parte artística y musical estuvo á cargo de las señoritas Henriqueta Conde y Amelia Barboza y señores Jorge León, Ignacio Bustamante, Jesús M. Suárez y Manuel Pérez. Las composiciones premiadas fueron leídas por la señorita Luisa Emilia Innes y el bachiller Eduardo Innes.

Pronunció el discurso de orden el doctor Diego Casañas Burguillos, quien obtuvo numerosos aplausos de la escogida concurrencia.

Enviamos nuestras felicitaciones á los distinguidos funcionarios y miembros de la Sociedad, la cual las recibió de las Sociedades benéficas y religiosas de Caracas, en la propia noche del 2, presentadas por el señor Fermín J. Barrios, Presidente de la comisión elegida al efecto.

El Pensamiento de América.—De Buenos Aires nos ha llegado por el último paquete el libro de Berisso que anunciamos en nuestro número anterior y cuyo prólogo, de Víctor Pérez Petit, y preliminar del autor conocerán á esta hora los lectores de esta Revista.

Aquel prólogo habla ya del escritor y de su obra, en el galano estilo del ilustrado redactor de la *Revista Nacional*; y ese preliminar advierte acerca de la manera é idea que ha dirigido el libro del publicista argentino.

En gracia, por tanto, de la honrada cabalidad con que uno y otro recomiendan la obra, apenas pondremos cuenta y atención en los juicios que de los treinta y cinco escritores y poetas (éstos en mayor número) del continente, hace Berisso, no como última, única y definitiva muestra de lo que en ochenta años de producción literaria ha pensado la América intelectual; ni siquiera dentro del celoso criterio artístico en el cual declara haberse informado el joven crítico.

Creeríase que se trata de lo que pide, quiere, cree, piensa la América por sus oradores, poetas, escritores, diaristas; y así, uno ó dos de los más conspicuos representantes de ese pensamiento en cada país del continente aparecería en las páginas del nuevo libro.

Véase, empero, que no es ello lo que significa el amplio título: toma el autor indistintamente poetas de dos generaciones atrás y los coloca al lado de los jóvenes contemporáneos, de donde pudiera pensarse que ha sido uno el sentimiento continental en las letras y en el arte.

De nosotros exhibe, antes que don Andrés Bello, á Abigail Lozano, bien que le hace

seguir de don Rafael María Baralt. Véanse algunos conceptos relativos al uno y al otro:

"Siempre que podía (Lozano) iba á inspirarse en los sitios agrestes y solitarios, internándose en los montes misteriosos y sombríos; caminaba á veces leguas hasta llegar á orillas del Orinoco, frente al Océano Pacífico, invocando sus ondas espumantes, para arrancar algún secreto á las sirenas....."

Fue en 1893 cuando Berisso escribió acerca de Lozano y acaso para aquella época no poseía el joven crítico bonaerense informes completos y exactos de este poeta. La robusta constitución y grande obsesión de Lozano era irremediable inconveniente para realizar el penoso é imposible viaje hasta las márgenes de nuestro caudaloso Orinoco, hasta su inmenso delta frente al *Océano Atlántico*, como sin duda escribió el autor del *Pensamiento de América*.

"Los bohemios de Caracas invadían su casa, su mesa, su biblioteca y hasta su bolsa; tenía viva simpatía por esos desheredados de la suerte envueltos en andrajos, que llevan un rayo de luz sobre su frente! Para ellos hubiera deseado palacios de pórvido, lechos de púrpura, mujeres hermosas, el oro de Rothschild y los festines de Lúculo."

Refiriéndose á Baralt, el juicio de Berisso está contenido en los siguientes párrafos:

"Dominaba á fondo las ramas literarias, teniendo un tacto *sui generis* para desarrollar y ampliar los temas que cruzaban por su mente. Trozos escogidos de lenguaje castizo, son los que le sugirieron las bellezas naturales de Venezuela, las tradiciones remotas y las clásicas costumbres de aquel pueblo pastoril y trovador.

"... .. teniendo en cuenta su dición poética, su notable historia, sus escritos pedagógicos, hay que convenir ante y sobre todo, que descolló en la corrección, calidad y extraordinaria pureza de la lengua, que le sugiriera trascendentales observaciones, que por lo justas, hallaron repercusión en España y aceptación inconcusa en la academia respectiva.

"Venezuela le debe una estatua; y se la debe, porque los monumentos no se alzan únicamente á los guerreros y á los hombres de estado; deben tenerlos también los educacionistas como Baralt. Entre el soldado que lucha por la libertad de su patria, el estadista que la guía cautelosamente al través de los mares, salvando los escollos, y el varón que por ella se sacrifica, cabe el pensador que la educa y civiliza, sin el cual serían infructuosos é inútiles los esfuerzos de los demás factores.

"Vivió medio siglo para su patria, para las letras, para la humanidad; y expiró con la serena entereza de un filósofo, en posesión plena de sus facultades intelectuales, pidiendo como Goethe: "luz, más luz," é iluminando su último sueño la imagen sagrada de Dios, que él veía acercarse á medida que su espíritu iba penetrando en las regiones de la inmortalidad."

El libro de Berisso es, en resumen, un nuevo y loable esfuerzo en pro del estudio y conocimiento de la tierra americana, en una de sus mejores y más brillantes fases. Pero la obra está aún lejos de realizarse: la historia, la reseña intelectual, cuando menos, del continente latino, aguarda y pide la posesión de todos los elementos indispensables á su debido remate: la hegemonía que han solicitado los pensadores comienza apenas. Estamos en el período de presentaciones, de cortesías de estilo, de mutua *politesse*; con grave lentitud, ó con inexplicable timidez, van presentándose compañeros y correligionarios; la carencia de suficiente número de órganos literarios y artísticos que se crucen y circulen de extremo á extremo, llevando y trayéndonos el pensamiento, las tendencias y las ideas de los escritores; las dificultades de

la comunicación entre estos dilatados países, que nos obliga á veces hasta á olvidarnos de los que un día, por breves horas, llegaron á nuestros bufetes ó se sentaron en nuestros hogares, son causas que cuando menos retardan la realización de ese propósito de difusión intelectual. Una larga y paciente labor de años; una erudición vasta; la información cotidiana, tomada de la prensa y del libro y acaso una visita cuando menos á estos países de la América latina, que acercase é hiciese conocer mejor y *de visu* á los hombres de letras, de ciencia y de arte, serían indispensables para dar la noticia de lo que es la intelectualidad americana, qué rumbos lleva, qué promesas guarda.

El mismo Berisso ha tropezado con grave inconveniente para dar rápida información acerca de los pocos escritores que figuran en el libro.—"Los libros de Baralt,—dice—como los de la mayoría de los vates mejicanos, granadinos, ecuatorianos y los de las zonas centrales, no se encuentran en esta capital; no se explica la razón de esa necesidad que no se llena, si se considera que se solicitan con empeño y que día á día han ido escaseando, hasta el extremo de que ni buscándolas con la linterna de Diógenes podrían hallarse las *Poesías* ó la *Historia de Venezuela*....."

Y lo que acontece en Buenos Aires con las obras de nuestros escritores, pasa entre nosotros con los libros de la Argentina, Chile, el Brasil, el Perú: apenas cuando en raros viajes se atraviesan esos países y se trae en las alforjas alguna docena de libros, presente de sus autores ó compra festinada y sin selección, es cuando se obtiene alguna leve y pobre noticia de lo que se produce. Ni siquiera la prensa diaria puede tener noción exacta del periodismo continental.

Se explica luego que á falta de tan indispensables datos y elementos no tengamos otro recurso, cuando de tarde en tarde se nos presenta un trabajador literario, ignorado compañero de lejano país, sino aderezarnos para recibirle y cumplimentarle, celebrando la rara felicidad de su visita y haciendo que, á fuer de polidos, calle la crítica ante el poco conocimiento de las maneras y calidades del visitante. No sería refír, ni hay porqué, exhibirnos mutuamente nuestros dones y manifestar á quien haya menester que tal opinión va descaminada y amerita radical rectificación.

Bien hace Berisso en publicar un libro en que se nos diga, desde los mejicanos hasta los orientales, cómo se cree y hasta dónde se sabe de lo que piensa la América, puesto que por ello provocaría el estímulo, el celo por la propia reputación ante extraños.

Damos nuestras gracias al joven escritor por el envío de su libro y hacemos votos porque con obras semejantes continúe aproximándose y conociéndose mejor la juventud literaria de América.

Bodas de plata.—El 21 del mes anterior se celebraron en Mérida, con gran pompa, las bodas de plata del Ilustrísimo Señor Obispo de aquella diócesis.

Enviamos nuestros respetuosos parabienes al virtuoso Prelado.

Folletos recibidos.—Crisálidas, poesías de David M. Chumaceiro.

Higiene pública, Carúpano 1898.

El Crepúsculo, periódico quincenal ilustrado de letras, artes, ciencias y variedades; Director y Redactor Miguel M. Lima: Guayaquil—Ecuador 1898.

La Revista Selecta, periódico de arte libre y propaganda, letras, ciencias, estudios sociales, actualidad, variedades, etc. Vol. I N.º 1.º—Director Mario Centore, Chile 1898.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

La visión de Santa Elena

Esta obra clásica de la pintura veneciana contribuyó á consolidar la fama de Pablo el Veronés, quien después de su primer cuadro, *La tentación de San Antonio*, pintado en Mantua, logró sobrepujar en elegancia al Ticiano y al Tintoretto, á quienes se tenía por los dos últimos representantes del Renacimiento. No tiene, al decir de un escritor contemporáneo, el colorido mágico del primero, ni la potencia del segundo, que unfa al colorido del Ticiano el dibujo de Miguel Angel; pero se supo colocar entre ambos, con fisonomía propia, por la fecundidad de su imaginación, la naturalidad de sus figuras, la riqueza de sus composiciones, la frescura de sus tintas y la suave brillantez de su color argentino.

Pablo Caliari, el Veronés, por haber nacido en Verona, es con el Ticiano el gran maestro de la escuela veneciana, y uno de los más seductores decoradores que hayan existido. Tiene, por decirlo así, el instinto de las vastas composiciones: dispone sin confusión una multitud de personajes, ordenando los grupos, arreglando los contrastes, interesando por todas partes la mirada, mientras que del conjunto se desprende una impresión grandiosa. Dirige de igual modo los juegos y las combinaciones de los tonos, los temple ó los más calientes unos con otros, pinta sus figuras con trajes brillantes, sobre fondos de arquitectura imponentes ó sobre un cielo azul, sin otro accidente que algunas nubecillas blancas. Nadie es tan hábil y pomposo, con más naturalidad y soltura. Después del Veronés, la pintura veneciana desfallece; y la decadencia es general en Italia.

Su cuadro que reproducimos en el presente número, evoca la historia de la madre de Constantino el Grande, esposa de Constancio Cloro, cuando éste no era más que oficial de la guardia pretoriana. Repudiada por él, al ser nombrado César, se hizo cristiana. Fue toda su vida la bienhechora de los pobres; fundó la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem, y como hallase el leño de la verdadera Cruz en que expiró el Redentor, lo envió á Roma, donde sigue siendo objeto de constante veneración.

Consejo de Gobierno

El 7 de marzo eligió el Congreso Nacional los miembros que debían formar el Consejo de Gobierno, y el 10 del mismo mes se instaló dicho Cuerpo, nombrando Presidente al señor General Víctor Rodríguez y primer y segundo Vicepresidentes, respectivamente, á los señores doctores Jesús Muñoz Tébar y Gabriel Picón Febres.

En el presente número aparecen los retratos de los miembros del Consejo de Gobierno, el cual terminará sus funciones constitucionales el 20 de febrero de 1902.

Condesa de Blessington

Vicina á Flandes y á Holanda, Inglaterra, durante largo tiempo, no tuvo una escuela verdaderamente nacional; en el siglo XVIII fue cuando los ingleses tomaron una fisonomía más personal.

Esta opinión de Chesneau, citada por Bayet, no ha sido todavía contrariada por los críticos de la Gran Bretaña. Brillan en el retrato: Joshua Reynolds, Gainsborough, el uno más sabio y nutrido del estudio de los maestros, el otro más natural, y más gracioso que ambos; Lawrence, que agrada por la elegancia de sus figuras; William Hogarth azota las costumbres inglesas con espíritu de observación implacable, pero le faltan las cualidades esenciales del pintor, el color sobre todo.

De Lawrence, citado favorablemente por Chesneau, es el admirable retrato de la Condesa de Blessington, que figura entre los primeros del maestro, cuales son los de lord Turlow, Carolina, princesa de Gales, el duque de Richelieu, Pio VII y la actriz Fanny Kemble, obras en que sólo se censura la falta de corrección en el dibujo.

La existencia de Lawrence hace contraste con la de Greuze. Mientras éste sucumbe miserablemente, después de triunfos insólitos, aquél, humilde hijo de un posadero, sale de la obscuridad para ser hasta sus últimos días pintor de Cámara y Presidente de la Academia Real de Pintura.

Jules Lamaitre

Emilio Zola, en uno de sus artículos de combate, dijo no hace mucho que, poniendo á un lado á Taine, á quien considera como filósofo, no se encuentra actualmente en Francia un solo crítico. Convengamos en que el Maestro de Medan trata el asunto desde el punto de vista de su procedimiento artístico. Crítico-naturalista no existe sino uno: el mismo Zola; pero críticos de las demás tendencias literarias que privan en la producción intelectual francesa, hay muchos, y además de muchos, muy excelentes.

Julio Lamaitre es uno de ellos. Es el representante de la crítica puramente literaria, y su noble gracia é "impresionismo" exquisito, se estima tanto ó más que la erudición neo-clásica de Brunetière.

Anatole France es otro crítico encantador. Su procedimiento consiste en contar las aventuras de su alma al través de la obra artística que acaba de leer.

Recomendamos á nuestros lectores el artículo de France que acerca de Lamaitre publicamos en el presente número.

Piedad

El sentimiento y el arte se estrechan amablemente en esta alegoría para producir, de la manera más sugestiva, el concepto de la virtud que nos mueve á reverenciar todo lo grande en la infinita altura, como todo lo noble que poseemos entre las miserias de este mundo.

Grandes y pequeños . . .

Todos deben tomar la Emulsión de Scott, especialmente los pequeños. Muchos sufren por no recibir la grasa suficiente de los alimentos ordinarios. Todos ellos están expuestos á la anemia y al raquitismo. La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao que enriquece la sangre, é hipofosfitos de cal y de sosa, tónicos excelentes para el cerebro, los nervios y sistema óseo. La combinación de esos elementos, tal como se encuentran en este remedio-alimento por excelencia, forma el mejor reconstituyente que se puede obtener, y por consiguiente es insuperable para combatir el raquitismo. Crea carnes, purifica la sangre, tonifica los nervios y rejuvenece el sistema entero. Las impurezas de la sangre desaparecen cuando se usa la Emulsión de Scott, y el cuerpo se coloca en tal estado de vigor y salud que desafía las enfermedades.

No solamente debieran las madres tomar la Emulsión de Scott y darla á sus hijos con regularidad, sino hacer que las nodrizas también la tomen.

La Emulsión de Scott es un remedio de que se puede depender para que los niños anémicos y raquíticos se conviertan en fuertes, rosados y rollizos.

Hay que tener cautela con las imitaciones y falsificaciones. Desconfiese igualmente de las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. La legítima lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas pegada al envoltorio.

De venta en las Droguerías y Farmacias. SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

Cuadro de Greuze

Diderot, el crítico implacable de Boucher, á quien se tuvo en su época por el primer colorista del *Salón*, se manifiesta en sus célebres *Cartas* como entusiasta admirador de Greuze, titulado el pintor oficial de la moral, por las ideas y sentimientos que externa en sus obras. Pásmase la gente, dice un crítico autorizado, delante de sus cuadros llamados rústicos; y Madrazo, observando la *Santa Maria Egipciaca*, hace constar que es una obra maestra de belleza y de verdad.

El fragmento de Greuze, que reproducimos en la primera página, es una de las obras que indica el sello de la última manera del maestro, cuando decepcionado por sus derrotas en el empleo del estilo heroico, renunció á la imitación de los grandes pintores italianos, y encauzó sus aptitudes por el rumbo de la originalidad, que fue la característica de sus primeros trabajos. En posesión de sí mismo, produjo luego un gran número de obras maestras que aseguraron su reputación en todo el Continente. Los aficionados se disputaron sus obras y pusieron á ellas un precio proporcionado á sus méritos. El fin de su existencia, sin embargo, fue triste: la nueva generación le desdén, quizá porque su ejecución dejaba algo que desear; y á los setenta y cinco años veíase obligado á trabajar por vivir.

La obra de Greuze, conservada en el Louvre, inspiró al Abate Aubert una colección de cuentos morales, que goza en Francia de bastante popularidad.

Infancia

El cuadro de Stephanoff, pintoresco como las telas del pintor de las fiestas galantes, evoca la risueña edad de la gracia infantil, pura como el agua que brota de las altas cumbres, y suave como el perfume de las flores que se abren al beso del orto.

Valencia

Azotada la capital de Carabobo por la epidemia variolosa, la Cámara de Comercio de dicha ciudad se impuso la humanitaria obligación de contrarrestar el terrible azote con todos los recursos de la ciencia, sin detenerse en gastos de ningún linaje; y al efecto fundó un Instituto de Vacunación y difundió la linfa en todos los pueblos del Estado.

Uno de los grabados de la presente edición, representa la primera ternera que fue inculada en el Instituto creado por la Cámara de Comercio.

Partida empeñada

El mérito de la obra de Simoni consiste en la natural distribución de los personajes y en la actitud y gesto de cada uno de ellos. El asunto ha sido tratado por muchos pintores de nombra; pero en el presente cuadro, el talento del artista salva el escollo de la imitación, é imprime fisonomía original á los principales detalles de su obra.

Salón de París

Ofrecemos á nuestros amables favorecedores un nuevo grupo de los principales cuadros últimamente presentados al Salón de París.

Asalto

De Bouguereau, el insigne pintor que con sus originales creaciones mantiene la justa nombra del arte francés, es el cuadro intitolado *Asalto*, en cuya ejecución aparece de relieve la maestría que resplandece en su célebre tela *El avispero*, reproducida hace algún tiempo en esta Revista.

En espera

Reclinada en el muro, bajo el puro cielo del Levante, azul, como las aguas de Salónica, espejo de mezquitas y minaretes, la gentil oriental aguarda el amado de su alma, á la hora en que la brisa suspira entre las ramas de los viejos tilos y los abejarucos de cabeza azul cantan su canción melancólica en la copa de los cipreses.

Ganimedes

La antigua leyenda, renovada por la poesía, la pintura y la escultura de todas las épocas, presenta á Ganimedes como el más hermoso de todos los mortales, razón por la cual, según Homero, fue transportado por

los dioses al Olimpo para que sirviese de escanciador á Júpiter y le recreara los ojos y le recogiera el corazón con su imponderable belleza. Júpiter mismo, dice otra narración más popularizada que la anterior, fue quien, descendiendo á las llanuras de la Tróade, se transformó en águila, y arrebatado al bello adolescente, lo transportó al cielo. A esta narración obedece *El rapto de Ganimedes* por Miguel Angel, célebre cuadro que figura en la Colección Imperial del Ermitaje en San Petersburgo, y que en la exposición del asunto, se diferencia notablemente de la antigua escultura griega, existente en el Museo del Vaticano. En esta, aparece el joven príncipe troiano, jugueteando con el águila que debía llevarlo al Olimpo; y en aquella, donde resalta la exactitud anatómica del dibujo y la grandeza del conjunto, se ve al hijo de Tros y de Calirrhoes, arrebatado por el águila de Jove al través de los espacios. El cuerpo del protagonista se dobla dulcemente, en actitud de lánguido abandono, inclinando su interesante cabeza, como desvanecida al contemplar la Tierra, de la cual se aleja para siempre. La actitud y ligereza del manejo indica suprema maestría en la ejecución, y ennoblecen la suprema osadía del conjunto la figura del águila, potente y vigorosa, que extiende sus grandes alas en el espacio, mientras sostiene sin esfuerzo su extraordinaria y preciosa carga.

El pintor Kirchbach se aleja de la escultura griega, como Miguel Angel, y sigue á éste en el desarrollo y ejecución de su notable obra, que adquiere novedad por los nuevos detalles con que ilustra el asunto.

Fotografía del natural

Es una escena rústica, idealizada por la sonrisa amable de la protagonista, cuya hermosura no pasa inadvertida en medio de su aparente oficio de lavandera.

Música

Autoriza la página musical la firma de la distinguida pianista, señora Sofia de Pecchio. Su nueva obra se titula: *Foglie D'Autunno*.

Cementerio del Sur

El monumento sepulcral que aparece en las páginas del presente número, simboliza para la apreciable familia Rivero el imperio del recuerdo, eternizado por la virtud y el amor.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que serán remitidos por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

La Emulsión de Scott es el mejor medio de administrar las grasas fosforadas. Esto es debido sin duda á la facilidad con que es asimilada por el organismo.

Don Gabriel Igúina, Médico-Cirujano por la Universidad de Madrid,

Certifica: Que hace años viene haciendo uso de la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, habiendo obtenido buenos resultados en aquellos casos en que ha creído necesario su empleo.

Y para que conste donde convenga, expide la presente en Camuy, Pto. Rico, á 14 de Mayo de 1894.

DR. GABRIEL IGUINA.

La Zarparrilla del Dr. Ayer.

Purifíquese la sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer. Para la escrófula, floroneos, úlceras, llagas, carbuncos, granos, ronchas y todos los desarreglos originados de sangre viciada, esta medicina es un verdadero específico. La Zarparrilla del Dr. Ayer, como remedio es igualmente beneficiosa para el catarro como para el reumatismo y gota reumática. Como tónico ayuda el procedimiento de la digestión, estimula el hígado entorpecido, fortalece los nervios y reconstituye el organismo cuando está debilitado por fatiga excesiva ó enfermedad que agota las fuerzas. Ningún otro purificador de la sangre da tanta satisfacción ó es objeto de tan universal demanda.

La Zarparrilla del Dr. Ayer.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.,

LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales
Exposiciones Universales.

LAS PÍLDORAS DEL DR. AYER
CURAN LA BILIOSIDAD.

HAUTHAWAY'S Peerless Gloss

For Ladies' and Children's Boots and Shoes
Contains nothing injurious to leather

PRIZE MEDALS.

Sold by all New York Commission Houses

C. L. HAUTHAWAY & SONS,

346 Congress Street,
BOSTON, MASS., U. S. A.

**EL LUSTRE
SIN RIVAL DE
Hauthaway**

PARA

Calzado de Señoras y Niños

No contiene cosa alguna que pueda dañar el cuero.

Lo venden todas las casas comisionistas de Nueva York.

C. L. HAUTHAWAY & SONS

BOSTON, 1869.
VIENNA, 1873.
PHILA., 1876.

346 Congress Street, BOSTON, MASS., U. S. A.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).



Sozodonte
DIENTES Y LA ALIVIA.

Los principales Dentistas y Peritos piden un LÍQUIDO (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos POLVOS (que limpien el esmalte de los dientes) que Usados juntamente preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz
Madame BERNHARDT dice:—
"Estimo su Sozodonte como el dentrífico mas delicioso ó indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmaceuticos de todas partes.
Pedid por tarjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.
HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable; tan valiente y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los terminos más entusiastas.
ROSE CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

PLANO E INDICADOR DE CARACAS

Obra nueva editada en El Cojo.—B 2 el ejemplar

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGUYEN & CA.

Está ya á la venta.

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

TABLAS DE MONEDAS

De venta en esta Empresa.